

48
2EJ

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS**

**ELIAS NANDINO:
POETA DE LA VIDA, POETA DE LA MUERTE**

TESIS

que para optar por el título
de LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPANICAS

presenta

MARIO SAAVEDRA GARCIA

Asesora:

Maestra Marcela Palma Basualdo



México, D.F.
1995

FALLA DE ORIGEN

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la memoria de Rafael Solana

A Susana,
compañera incondicional

A René Avilés Fabila,
maestro y amigo entrañable

Al director Xavier Rojas,
quien mucho conoció, estimó
y admiró a Nandino

A mi amigo Leszek Zawadka,
muy paciente colaborador

INDICE

	Pg.
<u>Prólogo</u>	1
I. <u>Formación.</u>	5
1. Los primeros años.	5
2. Estudios.	9
II. <u>Poesía y Medicina.</u>	14
1. El médico poeta.	14
2. El poeta médico.	18
III. <u>Nandino y los Contemporáneos.</u>	26
1. Xavier Villaurrutia.	26
2. Los demás.	33
IV. <u>Nandino, el promotor de nuevas generaciones.</u>	44
1. Estaciones.	44
2. Otras publicaciones.	54
V. <u>Temática.</u>	59
1. La naturaleza.	59
2. La vida.	64
3. La muerte.	78
4. El erotismo.	96
<u>Conclusiones.</u>	123
<u>Bibliohemerografía.</u>	129
Bibliografía directa.	129
Bibliografía indirecta.	131
Hemerografía.	133

PROLOGO

La vida de cualquier simple mortal se expresa y adquiere sentido por lo que éste haga sobre la faz de la tierra. Sus actos, sean buenos o malos, serán el termómetro para cuantificar (mejor sería decir, cualificar) su paso por este mundo; la única y verdadera herencia a dejar, y por la cual lo recordarán las generaciones venideras, permanecerá en la imagen que los demás conserven de él. San Francisco de Asís decía: *Con nada nacemos, y de igual modo nada nos llevamos.* ¿Qué es lo que de nosotros trascenderá? ¡Absolutamente nada! ¡Si acaso nuestro recuerdo!

Un hombre rico deja su peculio; la mayoría de las veces quien o quienes con él se quedan acaban por dilapidarlo, y a la postre también por denigrar y hasta vilipendiar el apellido. La existencia de un artista, de una sensibilidad y un pensamiento particulares, no resulta, al parecer, tan efímera. Su herencia, aunque los tiempos --el nuestro es especialmente proclive a ello-- se resistan a creerlo, es mucho más considerable, sobre todo porque les pertenece a todos los de su época. El Arte ha sido, al fin de cuentas, y por más que la estulticia y la apatía hayan puesto siempre resistencia, la voz fidedigna de la condición humana, el reflejo de sus más atemporales angustias, miserias, frustraciones y debilidades. De no ser por él (Freud afirma que corresponde, como el inmarcesible o religioso "sentimiento oceánico", uno de los rasgos distintivos de nuestra especie), estaríamos condenados al olvido.

Cuando uno es lanzado, de buenas a primeras, a este complejo mundo en constante caos y siempre próximo a la destrucción, la existencia se torna agresiva y hostil... Hasta que surge ante nuestros sentidos el Arte, el único medio expedito para comprender y asirse a esta vida, que hasta entonces se enseña en toda su capacidad, y para hacer lo mismo con su consecuente --el Arte y la filosofía, precisamente, nos han hecho recapacitar en ello--, que es la muerte. Este ha sido una inmanente revelación de los verdaderos secretos, desazones y fortunas dei ser, y quienes se han sustraído al reconocimiento de dichos enigmas (amor, muerte, dicha, aprehensión; cada uno de ellos en su más profunda y real esencia) han quedado relegados al miedo y la zozobra.

Y entre todos los artistas, el poeta ha sido --como manifestación primaria, en sus orígenes la poesía estuvo estrechamente vinculada a lo ceremonioso-- portador del vaticinio, al que nuestra antigüedad le asignaba, como detentor del pasado y el futuro, memoria y destino comunales. La "masa" ha estado siempre ciega y sorda a este llamado; entonces nos vienen a la memoria unos clarividentes versos de Mallarmé: *Sobre el destierro injusto y el imposible olvido/ seré la caracola que afelpa su sonido,/ así me piense el vulgo fantasma del lenguaje.*

Fortuna la de aquellos pueblos con profetas que presagian, poetas que consiguen anunciar el porvenir; y no precisamente porque sean hechiceros, sino por poseer una capacidad intuitiva superior, que abarca la sensibilidad y el intelecto. Bien anotaba Gerardo Diego: *Crear en lo que no vimos, dicen que es la fe; crear lo que veremos, esto es la poesía.* El poeta habla en especial de elementos inasibles, de sustancias abstractas que --los ilusos no se percatan de ellas-- de igual modo ahí están. Infames las culturas que poseen memoria en sus poetas y carecen del juicio para recordarlos y rendirles por ello tributo. Ese es, al parecer, el signo de nuestro tiempo, material y superfluo, para el cual el arte, y en especial la poesía, está marginado. Aquello que sea susceptible de lucro, es decir, de ganancias, merece la aceptación abierta de las masas (he ahí el acendrado "marchantismo", sobre todo en las artes visuales); lo que no, estará relegado al anonimato.

Pero aquel eximio poeta que ha sido soslayado en su tiempo, se alza por encima de todas las épocas y todos los espacios, y se le restituye, al fin de cuentas, lo que en su momento le fue negado. Esta repatriación, justa y proverbial --un artista supera en visión futura a sus coetáneos--, en contadas ocasiones la experimenta el creador en vida; la mayoría de las veces tendrá que sufrir el menoscabo de los suyos, sobre todo cuando sentencia y desenmascara abyectas injusticias. ¡Su recuerdo, inscrito en la memoria de su obra, termina por condenar la ceguera de sus contemporáneos! Las generaciones artísticas, que agrupan esfuerzos y propósitos, mucho han hecho por consolidar las más constantes instancias de la creación: motivar cambios estéticos y sociales (aquí caben los demás hechos humanos: política, economía, desarrollo cultural, etc), prodigar entretenimiento y, por lo cual ha sido injustamente vilipendiado, ampliar las opciones críticas del individuo en relación a su entorno.

México ha sumado, por lo menos en lo que va de este siglo, ya varias promociones artísticas; antes la cohesión se había dado de una manera menos sólida y con menor frecuencia, con escuelas y movimientos (todos ellos inspirados desde fuera, incluso hasta después de la Independencia) a los que cada autor se unía aisladamente, y con los recursos que a bien tenía a la mano. El nacimiento de esta centuria, en especial liberal y aguerrida --al menos en el pensamiento y en el arte--, produjo en México grupos de enorme trascendencia. Ya mucho se ha hablado y dicho sobre el Ateneo de la Juventud, la Novela de la Revolución, el Muralismo y, desde luego, la Generación de los Contemporáneos, expresiones todas ellas fidedignas y de suma importancia.

Este último grupo, el de los Contemporáneos, aglutinó a no pocas de las mentes más lúcidas de nuestra cultura posrevolucionaria. Dicha instancia, especialmente literaria --pintores y músicos, aunque no se les tome en cuenta, fueron cercanos y comulgaron con los mismos ideales--, contó entre sus filas con poetas de primerísima talla, con sesudos ensayistas y con dos o tres valiosos dramaturgos, no sin dejar de lado la narración, campo este último en el cual se desarrollaron con menor frecuencia. Pero los Contemporáneos estuvieron más cerca de la poesía que de cualquier otro género, mismo que airaron, sin menoscabo de la nuestra y más auténtica, con tonificantes voces de otras latitudes; de ahí que se les denominara cosmopolitas, por volver los ojos a literaturas poco conocidas (había predominado, hasta el siglo XIX, el ascendente hispánico) y tomadas en cuenta.

Si la mencionada Generación de los Contemporáneos fue un brillante grupo literario, el más prolífico y tenaz de los que se han dado en lo que va de este siglo próximo a terminar, Elías Nandino representó uno de los tonos más auténticos de ese vastísimo crisol, aunque las más de las veces se le haya excluido inmerecidamente de él. Como en su correligionario y amigo Xavier Villaurrutia, uno de los poetas de mayor clarividencia dentro de nuestro acervo lírico, y con quien más suele comparársele, coincidieron en Nandino todos los atractivos de una personalidad literaria descollante: profundidad y juicio analíticos, luminosa inteligencia, talento poético y, rasgo no siempre presente en una figura de su tamaño, integridad y bonhomía que se transparentan en su obra.

Elías Nandino, poeta que murió ya nonagenario, y el último sobreviviente de la mencionada Generación de los Contemporáneos, uno de los grupos más

prolíficos y brillantes en toda la historia de la literatura mexicana, fue un ejemplo fehaciente de lo que entendemos por innata vocación lírica. Ya casi octogenario escribió uno de sus libros más significativos, Cerca de lo lejos, el que sentimos maduro, contundente y de una profundidad que nos descubre a su autor; nos lo pone en carne viva, latente y más sincero que nunca. En él, Nandino se nos entrega con decidido valor, con su verdad --que es una clara síntesis de su poética-- a flor de labio, revelación que también a nosotros, lectores, nos quema como brasa al rojo vivo; pero dicha sinceridad, que trasciende y circula en cada verso en imágenes inesperadas, inauditas, concierne en primera instancia al poeta mismo, pues todo el libro es un monólogo en el cual se interroga su propia existencia, todas sus dudas...

Cerca de lo lejos, obra de madura creación y uno de los textos esenciales de la poesía mexicana contemporánea, resulta ser la más clara exégesis de un poeta que, para llegar a ello, transitó sus más complacientes y amargas experiencias. Nandino es uno de esos autores cuya obra resulta ser todas las veces (éstos son los que permanecen) un diáfano y sincero reflejo de sí mismo... He ahí la verdad suprema de la poesía: el verso será revelación franca al lector, si antes lo es al poeta mismo; es decir, la obra poética, simplificada en el poema-unidad, será categórica a los ojos de la historia de la literatura, si previamente lo fue a los de su creador.

Dicha sinceridad es el conducto en la obra de Elías Nandino, y cada uno de sus libros, a lo largo de más de sesenta años de dilatada e infatigable producción -- la poesía y la medicina, que desempeñó con similares honestidad y detalle, ocuparon su existencia-- nos descubre a un poeta que luchó por la vida y escribió para la muerte.

FORMACION

1. Los primeros años

Elías Nandino nació con el siglo, el 19 de abril de 1900. Originario de Cocula, poblado jalisciense cercano a Guadalajara y famoso por ser la cuna del mexicanísimo mariachi, vio allí la luz en la más temprana de las primaveras de la presente centuria. Hijo de Alberto Morales Nandino, quien se firmaba simplemente Alberto M. Nandino, y María Vallarta de Nandino, tuvo una infancia poco acomodada y más bien intranquila, circunstancia ésta agudizada años después a causa de los avatares de la revolución.

El primogénito y único varón en el segundo matrimonio de su padre --en el anterior había tenido a María Guadalupe--, y del cual nacieron dos niñas más, Nandino recibió de su familia todo un primer cúmulo de experiencias. Don Alberto era comerciante, y tuvo en propiedad varios tendajones que dieron lo suficiente para mantener a los suyos. El poeta recordaba que en uno de ellos, no sabe exactamente cuál, su padre tuvo un pleito con uno de los clientes al venderle alcohol de más: *Se le pasó la mano al amenazarlo con un cuchillo, y el borracho se murió.*¹ Entonces su padre fue a dar a la cárcel de Cocula, y de allí a la de Ameca, donde continuaron su juicio. Todo el tiempo que estuvo preso, los tres infantes sufrieron mucho porque unos días se quedaban con una tía y algunos más con otros parientes distintos, ya que su madre iba seguido a Ameca a llevarle dinero al esposo para su defensa.

Duró poco más de un año en el presidio, y al salir de él fue a un pueblo cercano: Zacoalco, donde puso otra tienda de abarrotes y el pequeño Elías fue a alcanzarlo. De ese lugar apenas recordó siempre una laguna y unos enormes arenales, espacio que pronto se diluyó porque la mentada tienda no tuvo el éxito esperado. Ambos regresarían poco después a Cocula, donde se había quedado el resto de la familia.

El padre se regeneró y entonces vinieron tiempos mejores. Hizo éste algunos buenos negocios, ahora en el ramo de bienes raíces, y con el tiempo puso otra tienda más a un costado de la plaza del pueblo, inversión con la cual sí tuvo

¹ Elías Nandino citado por Enrique Aguilar, Elías Nandino: Una vida no/velada, México, Grijalbo, 1986, p. 22

excelente fortuna. En este lugar comenzó la vida laboral del pequeño Elías; ayudaba a despachar un buen número de horas al día y allí hizo relación con toda clase de marchantes. Fueron años, decía el poeta, de fructíferas relaciones, de encuentros que comenzaron a enseñarle otros aspectos de la vida y el mundo.

Su padre, sin embargo, siguió frugal en dádivas para con los suyos; proporcionaba poco dinero para el gasto de la casa y la madre tenía que pasar las de Caín para sostener el hogar.

Entonces aprendí a robar. De la tienda me llevaba en las bolsas unos cuantos pesos y se los daba a mi madre. A partir de eso comimos y vivimos mejor... Luego, al mediodía, iba al negocio una amiga de confianza de mi mamá con una canasta; ahí le ponía un tazón lleno de manteca, unas bolsas con arroz, frijoles y sopa o lo que hiciera falta para la despensa.²

El padre, muy dado a las conquistas, siempre andaba cambiando de amores, y por lo mismo casi nunca comía en casa. Desde entonces se empezó a manifestar en el joven una especial tendencia a la generosidad; aprovechaba las cada vez más prolongadas ausencias del padre para obsequiarles a quienes lo necesitaban, entre ellos un tío pobre que se mantenía de hacer y vender sillas, y lo que ganaba apenas si les alcanzaba para comer en su casa. A don Alberto, con un genio de los mil diablos y algo violento, le dio un tiempo por pegarle a la menor provocación a su esposa, abuso que fue deteriorando cada vez más la relación y terminó por decolorar en el imberbe la imagen que de su progenitor tenía.

A la larga el padre se cansó de la tienda y la vendió. En su lugar compró huertas, vacas de ordeña y puercos para engorda que colocaba muy bien. La madre, abnegada y trabajadora, realizaba la labor más dura, y entre sus muchas habilidades era muy diestra para pialar las vacas. Preocupada por atender y alimentar bien a sus hijos, al varón le llevaba todos los días un jarro de leche aún tibia, misma que le hacía tomarse casi dormido. Le decía eran los apoyos para las manchas blancas que entonces tenía por la debilidad, y éste y otros cuidados permanecerían siempre en el más hondo y sincero de los agradecimientos para quien lo trajo al mundo.

Este primer y animoso encuentro del niño con su madre, que personificaba el alma del hogar, el más transparente y devoto de los cariños, coincidió con una de

² Ibidem

las etapas de mayor desapego del hombre mayor de la casa. En esa época aumentaron las aventuras del padre, a quien le dio además porque de vez en cuando se le pasaran las copas y escatimara de más las obligaciones para con los suyos: *...se puso más tacaño que nunca e incluso había días que nos obligaba a vender la leche que era para la casa.*³

Desde ese momento ya muy responsable, el pequeño Elías cayó en cuenta de que era el único apoyo para la sacrificada señora. Comenzó entonces a robar de la troje chiquihuites llenos de maíz, que un tío se los compraba a medio precio, para subsanar las cada vez más apremiantes necesidades. Con fines similares, y junto con un primo mayor y más robusto para poder llevar a feliz término esta nueva empresa, confiscaba costales de harina y tablas que bajaban los rancheros de Atemajac --era otro de los negocios de don Alberto Morales-- para ofrecer al mejor postor. Algunos de los posibles marchantes, además de adquirir los productos a muy módico precio, se apiadaban por el esfuerzo de los imberbes y la lastimera situación que los orillaba a ello.

Ya plenamente adiestrado en esta clase de tretas, y cuando su padre comenzó a quedarse más tiempo en casa, urdió una manera distinta para allegarse el maíz. Como éste se guardaba en una troje que daba, pared de por medio, con la casa de un primo lejano, hizo un agujero para dejar que por ahí se deslizara el grano, que él y su cómplice recibían en unos chiquihuites del otro lado. El astuto ayudante, quien de igual modo quería sacar parte, contaba de menos y lo demás se lo embolsaba. La hosquedad de su padre, cada vez más dado a maltratar y herir a la señora, mantuvo al niño, quien se valía de toda clase de artimañas, en sus, aunque obligados, oscuros propósitos.

Esta austera y desdibujada imagen del papá se fue haciendo, al paso de los años, más lúgubre y deprimente: *No recuerdo que mi padre haya tenido algún gesto de cariño para conmigo, ninguna dulzura, aunque a veces sí me iba a comprar ropa, un pantalón o algo así...En el fondo yo no lo quería por la mala vida que le daba a mi madre. Lo odiaba.*⁴ Cuando se murió, apenas adolescente Nandino, sintió lo que suele sentirse cuando una persona apenas conocida falta, sin perturbarlo más allá de la cuenta. Por los valores y costumbres de la época, sobre todo tratándose de un

³ Ibid., p. 23

⁴ Ibid., p. 24

hombre de escasísima formación, su progenitor fue de esa clase de padres que creen que a los hijos es necesario formarlos con carácter y a golpes.

Estando chicos él y sus dos hermanas, la sola presencia del padre les despertaba pánico: *...en el momento en que él tocaba la puerta nos echábamos a correr y nos escondíamos abajo de la cama.*⁵ Por el contrario, la madre siempre representó el símbolo de la ternura, el más grato de los apegos a la vida. Ella, mujer de profundas convicciones religiosas, acostumbraba por las noches, antes de dormir, hablarle del Catecismo, de Dios y el demonio, del paraíso y el infierno, y para persuadirlo de sus continuas travesuras, le decía cómo era que por la impureza terminaba uno perdiendo a su ángel de la guardia. Esas dos fuerzas, antagónicas: la del impostergable y desprendido cariño de la madre, y la violenta y castrante del padre, harían en él honda mella y marcarían su espíritu.

Hacia 1912, cuando llegó la Revolución a Cocula, Nandino y su familia fueron a refugiarse a la casa de uno de los sacerdotes del pueblo, huida que se hizo inminente porque su padre, que tenía relaciones con la mujer de un revolucionario, había sido puesto en advertencia. A ese mismo lugar, y conforme se complicaban más las cosas, fueron llegando otras familias, por lo que el lugar se llenó de petates y colchones hasta los corredores. En el espacioso horno de esa casa, recordaba el mismo Elías, escondían a las jovencitas para que no fueran presa de los soldados hambrientos de poder y lujuria. Y como el peligro aumentó para todos, una madrugada los Morales Vallarta se vieron en la necesidad de emprender una azarosa jornada con rumbo a Guadalajara, ciudad para ese entonces todavía menos expuesta.

Y como su casa fue víctima del saqueo --se llevaron hasta el ganado-- y la quemaron, sin remedio alguno, Nandino y los suyos tuvieron que arrendar una más humilde e incómoda en la capital. Entonces de mantuvieron vendiendo huevos y naranjas de injerto que les enviaban de Cocula, comercio del cual el adolescente se hizo responsable, pues no había otra opción. Afortunadamente, algunos meses después las cosas se remediaron un poco y pudieron regresar a su pueblo, que encontraron, como era de esperarse, alterado y muy diferente.

⁵ Ibidem

2. Estudios

Luego de haber cursado, en período regular, la primaria en su natal Cocula, hizo la secundaria en Jacona, pueblo cercano a Zamora, Michoacán. Y ya que hubo terminado de estudiar "párvulos", la "superior" y "comercio", esta última especialidad técnica instado por el oficio de su padre y las apremiantes necesidades del hogar, Nandino anduvo un buen tiempo sin tener nada qué hacer. El encargado de la Oficina Recaudadora de Rentas de Cocula, a petición del mismo adolescente, le ofrecería entonces el primer empleo formal de su vida, en calidad de "agente fiscal".

Una buena relación con su jefe, con quien llegó a entablar excelente amistad, lo convenció para seguir la receptoría, la cual fue trasladada de lugar, hasta Ameca, localidad cercana donde tiempo atrás había estado encarcelado su padre. Este empleo, que el joven Elías cumplió con muy buena fortuna, constituyó el primero de sus distanciamientos de la familia; sería, por otra parte, una saludable oportunidad para comenzar a templar su carácter.

Esta separación le permitió, además, recapacitar con más detenimiento en una vocación poética que, aunque ya se había manifestado antes, permanecía incipiente: *En cierta forma, fue la poesía la que me sacó de mi pueblo porque, a pesar de que tenía trabajo, no estaba satisfecho con mi vida; por otra parte, los problemas con mi padre seguían...*⁶ Revivió así un primer encuentro que había marcado su vida, y por el cual había aflorado de improviso un talento lírico natural:

Es curioso, pero mi acercamiento a la poesía tuvo mucho que ver con la muerte de mi hermana. Fue una muerte que me tocó las fibras. Yo la quería mucho, éramos uña y carne. Cuando murió, fui ante un crucifijo a reclamarle a Dios por habérsela llevado tan pronto. Luego, era todavía un niño, recuerdo que salí al campo y sin saber por qué ni cómo, empecé a escribir en mis cuadernos de escuela un poema sobre su muerte, tratando de desahogar mi pena.⁷

Algún amigo cercano, seminarista, que estaba muy al tanto de sus inquietudes literarias, y después de leer emocionado sus más recientes versos, le aconsejó se fuera a acabar de estudiar a Guadalajara. Cuando los padres se enteraron de su pronta partida, manifestaron desaprobación absoluta; sin embargo,

⁶ Ibid., p. 39

⁷ Ibid., p. 47

pocos oídos puso a tal desavenencia y luego de vender una chispa con todo y caballo, y algunos otros objetos de su propiedad, se fue sin volver la vista.

Ya estando en la capital del estado, y cuando apurado buscaba dónde quedarse para resolver el imperativo de vivienda, se encontró un día en la calle a la señora del recaudador de rentas de Cocula, quien lo convidó a su casa y así solucionó los problemas más urgentes. En esta compañía transcurrirían los tres años que dura la preparatoria.

Después de terminar la preparatoria, que por cierto acabó con muy buenos promedios, se inscribió en la Escuela de Medicina. Como las aulas estaban anejas al Hospital Civil de Guadalajara, los alumnos podían tener desde el principio de la carrera trato con los enfermos, experiencia de la cual Nandino sacó el mejor de los provechos.

Quando cursaba el primer año universitario, y durante las vacaciones de Semana Santa, le llegó un telegrama urgente desde Cocula. En este le informaba uno de los doctores de su pueblo, a quien de cariño nombraban El Frijolito, que su padre estaba gravemente enfermo de neumonía. Juntó, como pudo, los tres pesos que costaba el pasaje, y se fue; al llegar corroboró, efectivamente, el frágil estado del paciente. El médico, algo alarmado, le pidió siguiera muy de cerca la evolución del enfermo y, de ser necesario (estaba al tanto de los progresos del joven estudiante), procediera a ponerle una inyección de morfina si los dolores se agudizaban, pues de lo contrario no iba a poder dormir.

Como su madre estaba muy mortificada por las cada vez más numerosas y apremiantes deudas --además de los honorarios del médico y las medicinas, debía a quienes le fiaban para preparar una dieta especial--, se propuso dar con el escondite donde su padre celosamente guardaba el dinero. Una de las noches, mientras velaba el sueño del enfermo, estuvo pensando en la manera de resolver la situación.

Y como quien dormía traía al cuello un grueso y sucio cordón en cual estaban amarradas las llaves, que eran las de los candados y chapas de una casa pequeña donde guardaba todas sus pertenencias de valor, el asistente comenzó a ingeniarse el modo de apropiárselas sin despertar al susodicho. Al no conseguir darse el valor suficiente para llevar a cabo la que consideraba era su primera gran fechoría, pues una recia formación cristiana por parte de su madre le despertaba toda clase de

remordimientos, se hizo por fin el ánimo al recordar el sinnúmero de carencias que todos habían sufrido a causa de una cada vez más enfermiza codicia de su padre.

Poco después --ya era más de la media noche-- salí de mi casa como un hábil ratero. Atravesé la calle y abrí la puerta de aquel cuarto inmundo que tenía mi padre lleno de todo... Entre vigas y costales había sombreros llenos de dinero y cajas con monedas de oro.⁸

Ya envalentonado para entonces, y en un acto que recordaría toda su vida, pues le permitió darse cuenta hasta dónde fue capaz de llegar luego de experimentar la inminente angustia de su madre, llenó dos morrales con la plata que fue encontrando a su paso. Una de estas talegas fue para su madre (en realidad, para las necesidades del convaleciente) y la otra, ya que se las había visto en serios aprietos, para subsanar sus propios gastos de estudiante en Guadalajara.

Al día siguiente, cuando fue a llevar la inyección de morfina que necesitaba el enfermo y le confesó al hijo mayor su apuro por resolver las necesidades del nuevo día, la madre se enteró de lo acontecido. Sin embargo, terminó por perdonarlo, pues ella también cayó en cuenta de que era lo más razonable y no había otra opción. Esa complicidad, acuerdo tácito entre quienes se sentían obligados a solucionar las incertidumbres del hogar --el ama de casa y el primogénito varón--, sería una de las anécdotas más significativas entre ambos y el hecho que selló un profundo e inextinguible amor mutuo.

A los pocos días regresó a Guadalajara. Antes de irse le pidió al padre, quien ya estaba mucho mejor, algo de dinero para la diligencia; como era costumbre, éste se lo negó. En vista de que "árbol torcido ya nunca endereza", emprendió el éxodo con la conciencia tranquila por lo hecho, y con el ánimo de hacer carrera por sí mismo y en poco tiempo convertirse en el único sostén de su tan sufrida madre. Con su parte del hurto, tampoco cosa del otro mundo, alcanzó a comprar un traje, un sombrero y los libros que más necesitaba para continuar la carrera.

Cuando terminó el primer año de medicina, un amigo los invitó a él y a uno de sus compañeros más cercanos a pasar las vacaciones de fin de año a México. Tuvieron que viajar en tren de segunda. Lelo de la Rea, como se apellidaba a quien habían conocido en Guadalajara y respondió a un telegrama urgente, los fue a

⁸ Ibid., p. 42

recibir a la estación, ubicada entonces en lo que ahora es el Monumento a la Madre. Los llevó primero a la alameda de Santa María de la Ribera, pues tenía que recoger algo en su casa y ésta se encontraba por aquellos rumbos. Enseguida los hospedó en una casa de asistencia que estaba en las calles de República de Chile, donde pagaron por adelantado el primer mes completo.

Esta ciudad fue para Nandino todo un descubrimiento. Desde el primer encuentro supo que era en ella donde tenía que vivir, y así lo decidió. Entonces se trataba de una metrópoli de apenas quinientos mil habitantes; verla crecer a sus sentidos se convirtió, sin eufemismos, en el más seductor de los espectáculos.

A Guadalajara sólo regresaría a poner en orden los documentos de la escuela. En cuanto se enteraron en su casa de los nuevos planes para el futuro, que él sabía eran impostergables, todos pusieron el grito en el cielo; México representaba para muchos provincianos, ni más ni menos, la imagen última e insalvable del infierno. Con todo y la falta de permiso, pues no hubo manera de hacer entrar a sus padres en razón, emprendió el éxodo.

Regresó a la misma casa de huéspedes, en pleno Centro de la capital, y se dispuso a resolver todo lo necesario para llevar a cabo su nueva vida. Allí conoció, pues él también había acabado de llegar de su estado natal, Oaxaca, a Andrés Henestrosa, para quien esta económica opción de vivienda (asistencia, lavado de ropa y luz hasta las 10 de la noche, todo por 45 pesos) fue de igual modo la más accesible. La Escuela de Medicina quedaba a una cuadra de la pensión, y aunque le dijeron que estaba obligado a cursar de nuevo el primer año de la carrera, lo cual significaba perder un año de esfuerzo, aceptó.

Los primeros días andaba desorientado, sin atreverse a salir del primer cuadro; pronto cambió esto. Lo más difícil fue encontrar trabajo, apremiante situación que se agudizó porque ya no tenía dinero y lo poco que había llevado consigo, luego de vender algunos libros, ya se le estaba acabando. Llegó a estar bastante deprimido por esta falta de recursos, pues en la Facultad ya le habían empezado a pedir libros y utensilios costosos. Uno de sus primeros amigos en México, Alonso Rangel, cayó como del cielo y mucho lo ayudó a remediar sus apremiantes necesidades. La generosidad de este joven llegó al grado, y a modo de préstamo, de liquidarle una de sus primeras deudas con la casera, detalle que incluso sorprendió --era el principio de una gran amistad-- al propio Nandino.

Rangel tomó con mucha seriedad el ayudarle con su vida de nuevo ciudadano en la gran urbe. Para su primer trabajo, por ejemplo, le obsequió uno de sus trajes, atuendo con el cual se presentó para cubrir una vacante que había visto anunciada en el periódico. Luego de una exhaustiva selección, por fin se quedó con el empleo, que consistía en atender tras el mostrador y tener en orden la bodega donde se guardaban toda clase de artículos escolares. Lo más difícil fue convencer al dueño de que le diera oportunidad de asistir a algunas horas de clase en la Facultad, las cuales tuvo la obligación de pagar sin demora los sábados por la mañana. Este riguroso horario sería una gran enseñanza para sus posteriores oficios compartidos de médico y poeta.

II

POESIA Y MEDICINA

1. El médico poeta

La primera de las vocaciones descubiertas por Nandino fue la de poeta. En los años en que se crió, la provincia como medio cultural no podía ser más pobre, y Cocula no tenía por qué ser la excepción en este sentido:

Quando tenía 15 años y estaba en mi pueblo, los versos de Manuel M. Flores me parecieron maravillosos, igual que los de Manuel Acuña. A esa edad y bajo la influencia de estos autores empecé a hacer versos, a veces rimando, y en otras asonantando, algunos de los cuales después me publicaron en Guadalajara --en 1919--, en una revista que se llamaba **Bohemia**, ya cuando estaba en la preparatoria.⁹

Sin embargo, su primer poema formal lo escribió a la muerte de su hermana Beatriz, dolorosa vehemencia que de igual modo lo hizo percatarse de su terrible desolación ante el dolor y el sufrimiento. Este aterrador hecho produciría en él una de las más inconsolables aflicciones de su vida, y lo incitó a enfrentarse a la imagen del Cristo que pendía arriba de la cabecera de su cama; engeguedada maldición sería, además, motivo suficiente para revelar una vocación lírica sin freno:

Ya tenía 17 años y le hablé de hombre a hombre, sin sumisión, echándole en cara el asesinato de mi hermana. Cuando sepultaron el cadáver se clavaron en mi mente varias ideas que me estuvieron atormentando hasta que unos días después tomé un cuaderno y le escribí una serie de interrogantes y lamentos al espíritu de mi hermana. Así, a fines de abril de 1917, de ese supremo dolor nació mi primer texto poético.¹⁰

Sin embargo, fue hasta Guadalajara donde empezó a escribir formalmente; comenzaron a surgir entonces, y a partir de las alocuciones empleadas por la gente en Cocula, los poemas que conformarían Canciones. Cuando les enseñó estos primeros versos, por él mismo considerados frescos e ingenuos, a sus compañeros de preparatoria, casi todos lo alentaron y coincidieron en que siguiera

⁹ Elías Nandino citado por Enrique Aguilar, Elías Nandino: Una vida no/velada, México, Grijalbo, 1986, p. 47

¹⁰ Ibid., pp. 47-48

escribiendo. De esta manera, sin proponérselo mucho y casi sin darse cuenta, salió a la luz el primer poemario de Nandino.

Y a México llegó con este cuaderno terminado, pero inédito, y la mitad de otro más intencionado: Color de ausencia. A pesar de ello, y por la enorme impresión que produjo en él el nuevo y desorbitado ambiente literario, pronto se decepcionaría ante lo escrito previamente; así, las agonías del Modernismo, el Estridentismo y el verso surgido de la Revolución --los suspiros previos a "la muerte del Cisne"-- lo sedujeron y desorientaron más. Y fue en esa época, también, cuando Elías Nandino decidió plantear una estrecha relación entre su carrera de médico y su vocación poética, maridaje que a su vez marcó las antípodas (como en Chejov o Enrique González Martínez) esenciales de su obra: dolor y muerte, amor y misterio.

Para intentar ponerse a tono con la que sentía era la voz poética de mayor resonancia, se propuso leer con detenimiento lo publicado por los estridentistas -- Maples Arce, List Arzubide o Arqueles Vela-- en **El Universal Ilustrado** y **Revista de Revistas**. Pero el primer personaje literario, de Carne y hueso, con el cual entabló relación fue el doctor Ignacio Millán (virtuosa coincidencia), quien a su vez lo introdujo con los mencionados estridentistas. Todos ellos se propusieron, aunque consiguieran precisamente lo contrario, orientarlo, y vía estas relaciones pudo publicar en las citadas ediciones periodísticas.

Bajo la influencia de este detonante movimiento de vanguardia surgió el tercer poemario, Espiral, publicado en 1928 por la Universidad. Entre otras asimilaciones estridentistas, allí aparecen algunos *hai kais* y dos o tres poemas de corte maldito que recuerdan al más atrevido de los Baudelaire, como el de "Locura" dedicado a la cocaína. Hombre honesto y generoso, Nandino siempre reconoció sus distintas y distantes asimilaciones literarias, y en su momento, contrariamente al predicamento de las tendencias posteriores, no negó el inminente grito de independencia que inspiró el Estridentismo ni satanizó a sus integrantes.

Ya más ubicado en el ambiente literario se le ocurrió crear una revista literaria en la Escuela de Medicina que llamó **Allis Vivere** ("Vivir para los demás"). Allí, junto con algunos compañeros de vocación similar, editó algunos poemas para mofarse de los maestros antipáticos y ácidos epigramas dedicados a aquellos condiscípulos que hacía blanco de sus picantes sarcasmos. Travesuras juveniles de esta índole descubrieron a un Nandino irreverente, naturaleza a la cual daría rienda suelta a lo

largo de toda su larga vida. Esta y otras publicaciones universitarias motivaron al doctor Santiago Ramírez para seguir promoviendo a los alumnos con inclinación literaria; mucho ayudó a **Allis Vivere** en los diez números que alcanzó y además animó al propio Nandino para publicar y dar a conocer su primer poemario: Canciones.

Esta intensa vida "cultural" la pudo hacer el poeta porque su actividad en la Facultad de Medicina no era aún muy ardua, debido a que todo lo del primer año de la carrera ya lo sabía. Con el fin de enseñarle su revista y conocerlo, pues su obra al frente de la Secretaría de Educación Pública mucho le entusiasmaba, se fue a ver a José Vasconcelos, encuentro que resultó definitivo para las aspiraciones literarias del joven poeta. El autor de Ulises Criollo se quedó prendado, como era de esperarse, del interés y el ánimo mostrados por el visitante para con todo lo referente a la vida cultural mexicana. Una vez informado sobre lo que estudiaba, y al tanto de sus sacrificios para hacer coincidir dos mundos tan dispares --el doctor Enrique González Martínez, admirado en ambos terrenos, había dado prueba fehaciente de ello--, don José le ofreció una envidiable oportunidad.

Sin que el Ministro estuviera para enterarse de ello, el prestigiado historiador Nicolás León, de quien sería Nandino su ayudante en el Museo Nacional, resultó un viejecillo de muy mal carácter: *...simplemente me mandó a otra pieza con la recomendación de que jamás lo viera, interrumpiera, ni le preguntara nada...*¹¹ Por fortuna, este trabajo duró tan sólo dos años y le permitió seguir escribiendo; para entonces ya estaba definitivamente convencido de lo que iba a hacer el resto de su vida:

Sin saber cómo, desde mi primer año de medicina se hicieron camaradas los libros de poemas, novelas, y los de anatomía, fisiología y terapéutica. El caso fue que, al titularme, me sentía poeta y era médico. La medicina era mi esposa y la poesía mi amante. A las dos les cumplía. Era una simbiosis tan perfecta que las dos se estimulaban y complementaban. Era un idilio como el del vaso limpio y el agua limpia. No se sabía cuál era el vaso y cuál era el agua. Se hicieron inseparables como el calor a la llama...¹²

¹¹ Ibid., p. 50

¹² Elías Nandino, Canciones, Color de ausencia y Espiral, México, Katún, 1983, solapa.

En la Escuela de Medicina conoció a Delfino Ramírez, joven amigo de uno de sus más cercanos compañeros. En cuanto éste se enteró de que era Nandino quien publicaba **Allis Vivere**, les prometió a ambos, aunque Roberto Rivera más bien poco tenía que ver con la literatura, presentarles a otros dos jóvenes muy vinculados al quehacer literario. Sus conocidos resultaron ser, nada menos, Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, quienes tenían estudios de trabajo contiguos en un pequeño edificio que se encontraba a un costado de la iglesia de Santo Domingo. En cuanto entabló relación con ellos, comenzaron a hablar de poesía y otros puntos de interés en común. Al enseñarles la revista estudiantil, hecha ésta más con entusiasmo que con experiencia, la vieron con cierta reserva y hasta les resultó chistosa. Luego de entrar en materia y mostrarles algunos de sus poemas, y oír dos o tres de los suyos, cayó en cuenta que para ellos él estaba bastante fuera --al fin y al cabo, provinciano recién llegado-- de las letras modernas.

Cada vez mejor relacionado, Nandino se fue poco a poco asimilando al rico y bullente quehacer literario. Con el tiempo ya no encontraría satisfactorio el Estridentismo --figuras como Villaurrutia y Novo, miembros de una nueva y pujante literatura, mucho harían al respecto--, el cual era considerado para ese entonces como una tendencia vaga y falta de identidad. Raimundo Lazo escribió:

Elías Nandino puede escogerse como tipo representativo de los poetas independientes que, entregándose a lo personal, viven y crean un tanto al margen de la actividad literaria dominante. Su profesión de médico lo hace convivir con el dolor humano, fuente de experiencias de lo primariamente humano, lejos de la literatura que suele estilizarlo en elegías, siempre de ardua elaboración, cuando no las impulsa el efecto de una impresión fulminante. Nandino vive dentro de la literatura y fuera de ella...¹³

A partir de su relación con Villaurrutia y Novo comenzó a tener una mayor conciencia de lo que era la poesía. Aumentó su interés por el soneto, forma poética con la cual pronto se identificó; la trabajaría, como un auténtico maestro, a lo largo de toda su larga producción. Gracias a la educación que estos dos personajes terminaron de promover y afinar en él, y por lo cual les estaría eternamente agradecido, logró darse cuenta que escribir un poema no era asunto de sólo querer

¹³ Raimundo Lazo, El Romanticismo: lo romántico en la literatura hispanoamericana del siglo XVI a 1970, México, Porrúa, 1992, p., 155

hacerlo, sino sobre todo de sentir la imperiosa necesidad de escribirlo: *Entendí también que un poeta es esclavo de su voz interior, y que, en el silencio o en el ruido, en la soledad o el bullicio, esa voz le habla al oído su primer verso, como si fuera el asomo de un pétalo en la formación de la rosa.*¹⁴

Así se acabó de revelar una vocación poética inaplazable, apego del que haría Elías Nandino la razón crucial de su existencia. Convencido de esta naturaleza sin freno, se entregó a ella por el resto de su vida:

Los pies de verso que aquí encontraba, golpeaban en mi pensamiento --como bronco pájaro preso en una jaula-- hasta que, sin saber cómo, ni pensarlo, comenzaba a escribir en el papel lo que sentía iba dictándome no sé quién. Las palabras surgían como mariposas inesperadas --muchas parecían casi desconocidas en mi vocabulario, y a semejanza del fluir de venero, seguía y seguía escribiendo hasta completar el poema. Luego guardaba eso que había escrito, no se lo mostraba a nadie, y un día cualquiera, instintivamente, lo sacaba de su escondite, y me admiraba o avergonzaba de mis versos.¹⁵

2. El poeta médico

En cuanto pudo Nandino utilizar lo aprendido en la Escuela de Medicina, luego de tres años de estar allí, comenzó por cuidar enfermos en las noches y aplicar sueros e inyecciones. Al poco tiempo consiguió, por fin, su primer trabajo en las comisarias, donde hacía guardias nocturnas tres o cuatro veces por semana. Gracias a este empleo pudo comenzar a vestir mejor, asistir con más regularidad a los teatros (a la Conesa la veía en las carpas) y hasta ahorrar, dinero que le llevaba a su madre cuando iba a Cocula en vacaciones. Todos se alegraban con su llegada, y era una auténtica fiesta romper sobre la mesa las alcancías.

Al terminar la carrera, en el invierno de 1930, tuvo oportunidad de irse a los Estados Unidos para realizar allí su tesis de licenciatura; con el apoyo de la propia Escuela de Medicina, y a raíz de sus excelentes calificaciones, pudo hacer residencia en un hospital de Los Angeles. Allí conocería los adelantos que en las áreas de las transfusiones y el uso de la anestesia se estaban realizando, aprendizaje fundamental en su futuro desempeño como destacado médico cirujano.

¹⁴ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 58

¹⁵ Ibid., p. 58

Las guardias nocturnas le permitieron de igual modo ahorrar para este propósito. Aunque los estudios en la clínica no rebasaron un mes, su estancia en California duró más de un año porque un director de Hollywood, que le presentó el actor Ramón Novaro --para entonces ya primera figura de la pantalla-- , lo estaba convenciendo para quedarse y "convertirlo" así en estrella cinematográfica.

Después de presentar su examen profesional entró como médico residente, en el área de cirugía, al Hospital Juárez. El que lo recomendó fue Moisés Sáenz, quien por ese entonces trabajaba en Asistencia Pública, la que con el tiempo se convertiría en Salubridad. Desde ese momento todo fue viento en popa, y el hecho de poder ya contar con una entrada fija de dinero, muy por arriba de lo recibido en chambas anteriores, le permitió rentar un departamento para él solo. A los pocos meses su madre escribió informándole que su hermana tenía deseos de estudiar, por lo cual decidió traerlas a las dos --había espacio suficiente y podía hacerse responsable-- a México.

Ya consolidada su posición de residente en el Juárez, en 1950 pudo por fin poner su primer consultorio, en las calles de Tacuba. Sus amplios conocimientos y habilidades prácticas, pues poseía un don natural para la cirugía, le hicieron en poco tiempo una muy buena clientela. Su carrera como médico se vio coronada, en esta época, y gracias a sus excelentes relaciones tanto con enfermos como con el personal del hospital --doctores, enfermeras y administrativos--, con su nombramiento como Jefe de Residentes. En los casi 20 años que duró trabajando en el Juárez, en varias ocasiones hizo las veces de director y tuvo a su cargo varias salas, entre ellas la número dos, que era la más difícil y había sido supervisada por el doctor Gustavo Baz hasta antes de irse éste a Europa.

A causa de su estrecha relación con Villaurrutia y de la práctica más intensa de la medicina fue perfeccionando dicha unión entre el médico y el poeta que había en él. La medicina le permitió un conocimiento más cercano y más profundo de la vida, del dolor y de la muerte, así como también a través de ella pudo entablar contacto y platicar con pacientes que le proporcionaron mucho material para expresar a través de la palabra elementos de los cuales se alimentó su poesía. Y aunque la relación entre la muerte y la vida surgió en Nandino desde que empezó a escribir, la práctica de la medicina fue determinante y acentuó su interés por lo mórbido. Esa inclinación por todo aquello relacionado con la parca, natural en él, lo

mantuvo investigando hasta el final de sus días, pues siempre fue una incógnita el saber si morir se constituía un dolor o un deleite...

Para aclararse en algo esta duda, en su largo ejercicio como médico nunca se guió por los gestos de la gente en agonía, los cuales estaba convencido son reacciones o actitudes muchas veces inconscientes, aprendizajes del organismo. Siempre quiso saber si el tránsito hacia la muerte resulta o no tortuoso; al fin de cuentas, dicho desprendimiento del espíritu, el alma o la conciencia constituyó una de sus mayores obsesiones y aparece como tema esencial en su obra.

Una de las experiencias más duras, y que mejor recordaría de su larga carrera como médico cirujano, fue cuando un joven de 18 años, a quien desde su llegada a urgencias le diagnosticó una apendicitis abierta, sufrió un terrible síncope sobre la plancha de operaciones. Luego de realizar lo que se llama una "intervención feliz", pues logró extirpar el apéndice sin que se reventara, y en el momento en el cual cerraba la herida, el paciente dio señales de una drástica y penosa descompensación: *En esos momentos --cuando un adolescente se nos va de las manos-- uno como médico se siente mal. No por orgullo ni vanidad, sino porque se percibe la sensación de haber participado en un crimen.*¹⁶ La relación inmediata da prueba fehaciente del impacto sufrido:

Al momento en que sus signos vitales desaparecieron nos dedicamos --con muchas ansias-- a darle respiración artificial, masaje cardíaco y le inyectamos lo que había a mano para intentar resucitarlo. Hicimos todo lo que pudimos durante treinta minutos. Para asimilar la derrota me senté en un banco con la espalda recargada en una de las paredes de la sala de operaciones. Con mucha depresión miré el cuerpo de ese joven, inerte ya, sobre la plancha ¡y de pronto vi que respiraba levemente. Di un salto y grité: "¡Hay que darle respiración! ¡Abran otra vez el suero! ¡Conecten el oxígeno!" Total que después de luchar casi veinte minutos más, empezamos a ver que este muchacho movía los ojos. Una vez que recobró sus signos vitales, lo pasamos a la sala de terapia intensiva hasta que se recuperó...¹⁷

A los pocos días de este terrible suceso, le contó al propio muchacho lo ocurrido. Seguro de que su paciente había experimentado la muerte, lo convenció para que le refiriese --¡por fin saldría de sus dudas a este respecto!-- sus sensaciones en trance tal. Después de mucho insistir, pues el joven tenía sus

¹⁶ Ibid., p. 93

¹⁷ Ibid., pp. 93-94

reservas y algo de pena le causaba poner al tanto a su médico de un hecho tan personal, al cabo decidió confesarse: *Mire, doctor, lo que pasa es que yo sentí como cuando uno está con una mujer y tiene el orgasmo, pero largo, laargo, laargo...*¹⁸ Aunque no muy convencido, al menos en su posición científica, Nandino acabó de caer en cuenta de por qué erotismo y muerte han estado tan estrechamente vinculados en el arte, desde siempre, y de que el cauce de su poesía no estaba del todo equivocado.

El Hospital Juárez fue durante mucho tiempo de los llamados "de sangre", por lo cual Nandino vio allí toda clase de horrores: acuchillados, baleados, quemados, etc. Otro de los escabrosos casos a recordar toda su vida, fue el de un campesino al que su caballo había tirado sobre una cerca; la pierna izquierda se le había hecho pedazos y, para colmo de sus males, lo habían atendido pésimamente en un hospital de su localidad. Enseguida de dar desde la recepción las tres campanadas con las cuales según el reglamento se llamaba de emergencia al responsable del área de cirugía, en ese entonces él, se enfrentó con una gangrena avanzada y por la cual había ya muy poco qué hacer. El paciente lo recibió con la siguiente súplica: *Doctorcito, no me vaya a cortar mi pierna. ¡Hágame lo que quiera pero no me la corte! Muy pronto me voy a casar y la necesito para trabajar...*¹⁹

Nunca olvidaría nuestro poeta, entre otras experiencias por el estilo de la anterior, la mirada entre implorante y desbordada en odio de este pobre campesino, para quien el silencio del médico le había hecho comprender que la amputación del miembro era ya la única salida. Luego de citar a una junta de emergencia a otros especialistas, quienes por el crítico estado del enfermo llegaron al mismo diagnóstico, Nandino intervino con todo el dolor de su corazón. Una paradoja más de esta altruista carrera, hacer esa operación fue sumamente doloroso: por un lado pensaba que sin su pierna ese muchacho iba a quedar casi inútil y en buena medida se le cortaban la esperanzas de vivir; por el otro, sentía la obligación de salvarle la vida a toda costa. El propio Nandino manifestaría, al respecto:

Nos recibió con unos ojos en que a las claras se veía las ganas de matarme...
Ese tipo de cosas provocan dolores tremendos: son los dolores de la responsabilidad.
Hay momentos en que uno llega a sentirse culpable, sin serlo. En esta profesión la

¹⁸ Ibid., p. 94

¹⁹ Ibid., pp. 97-98

muerte ajena se experimenta de cerca. Hay de todo: muertes tranquilas, violentas, súbitas, dolorosas; en cierto modo poder captar todo eso es como obtener una sabiduría que no está en ningún libro, sino que se aprende en cada rostro.²⁰

Patricio moriría, al fin de cuentas, por la fuerte intoxicación que ya traía en la sangre.

La noción más clara de la muerte la tuvo, sin embargo, con una adolescente de trece o catorce años. Hija de una de las directoras del sindicato del Juárez, y a quien Nandino llegó a querer mucho, se vio en necesidad de atenderla por una afección cardíaca producida por el reumatismo. El último encuentro con ella fue de lo más patético; en cuanto entró al cuarto, agarró una de sus manos y le dijo: *¡No me suelte, doctor, no me suelte porque me voy a caer!*²¹ Con los ojos cerrados, como si mirase nada más para adentro, apretó más fuerte y agregó: *Está muy hondo. ¡Me voy a caer, me voy a caer...!*²² Todo lo anterior en el escaso lapso de unos segundos, enseguida expiró. Desde entonces se formó la idea de que dejar este mundo implicaba el arribo a un lugar sin fondo, espacio inasible e infinito que muchas veces buscó describir en su poesía.

La medicina también ejerció en Nandino una excitación literaria. Luego de operar, visitar enfermos y recetar, y todavía impresionado por lo visto, escribía en la madrugada buena parte de sus nocturnos, estructura poética también heredada de Villaurrutia. Además de participar en ellos el tiempo real en que los concebía, es decir, la noche, comenzaron allí a hacer acto de presencia las sombras, el insomnio y los sueños --tan determinantes en su obra ulterior--, carga onírica de igual modo procedente de una prolongada y exhaustiva lectura de la teoría psicoanalítica de Freud. La poesía ayudó a que comprendiera la medicina, y viceversa; hay, en su caso, una estrecha afinidad entre una y otra, sobre todo por estar ambas en continuo contacto con las emociones más intensas.

El saber la vida de los enfermos, sus secretos más íntimos, pues ellos mismos lo ponían al tanto de todo para explicar sus males, le sirvió de material invaluable para enriquecer y hacer más vital su poesía: *Uno llega a ocupar el lugar de los confesores, y toda esa información, ese conocimiento del mundo le exige a alguien*

²⁰ Ibid., p. 96

²¹ Ibid., p. 99

²² Ibidem

con sensibilidad una canalización.²³ Y entre todo este conmovedor acervo, el dolor tanto físico como espiritual de los enfermos, que es justo decir el autor vivió muy de cerca --su altruismo, leal y auténtico, lo hizo también efectivo en las letras--, aflora con toda naturalidad en su creación. Un dolor de naturaleza trágica, el médico, al menos de la honestidad que fue Nandino, lo comparte y sufre junto con quienes tiene a su lado: *Nadie puede imaginar la satisfacción que da el poder quitar el dolor, el hacer que por medio de los medicamentos la gente no sufra.*²⁴

Pero también a causa de esta piedad por el dolor ajeno, cuando el paciente estaba desahuciado y no había ya remedio alguno que surtiera efecto, llegó a desear muchas veces poder practicar la eutanasia. Uno de esos casos fue, precisamente, el del dramaturgo Celestino Gorostiza, a quien un severo e irremediable cáncer lo postró por mucho tiempo y le ocasionaba el más terrible de los sufrimientos. Luego de un largo y difícil tratamiento, pues hacia el final tenía que inyectarle morfina tres o cuatro veces por día, el propio escritor, y según palabras de Nandino, le decía: *Ellas, tu eres poeta, tienes sensibilidad, ¿qué objeto tiene que yo permanezca así, sufriendo de esta manera?*²⁵

Nunca olvidaría, tampoco, la época que estuvo al frente de los Servicios Médicos de la Penitenciaría. Por instancia del doctor Baltazar Izaguirre Rojo, amigo cercano con el cual compartía el gusto por la poesía, y quien fue nombrado director de la Cruz Roja, llegó a Lecumberri. Luego de haber ayudado a su colega a enderezar en algo el hospital central de la institución, ya en el presidio tuvo que empezar, pues no se le ofreció presupuesto para más, por componer un poco el Departamento de Cirugía y comprar una pequeña cantidad de material de curación e instrumental. De igual modo se ocupó de mejorar el alimento de los reclusos y proporcionarles un más sólido abrigo por las noches. A su arribo al penal ya había allí una población que excedía en más del doble la capacidad de las instalaciones, y éste fue el mayor inconveniente con el cual se encontró para poder realizar una más equitativa e integral mejora.

Años de impresionantes y amargas revelaciones, los casi veinte que trabajó en la cárcel equivalieron a la lectura de miles y miles de las más sórdidas historias

²³ Ibid., p. 131

²⁴ Ibid., p. 130

²⁵ Ibidem

*con sensibilidad una canalización.*²³ Y entre todo este conmocionante acervo, el dolor tanto físico como espiritual de los enfermos, que es justo decir el autor vivió muy de cerca --su altruismo, leal y auténtico, lo hizo también efectivo en las letras--, aflora con toda naturalidad en su creación. Un dolor de naturaleza trágica, el médico, al menos de la honestidad que fue Nandino, lo comparte y sufre junto con quienes tiene a su lado: *Nadie puede imaginar la satisfacción que da el poder quitar el dolor, el hacer que por medio de los medicamentos la gente no sufra.*²⁴

Pero también a causa de esta piedad por el dolor ajeno, cuando el paciente estaba desahuciado y no había ya remedio alguno que surtiera efecto, llegó a desear muchas veces poder practicar la eutanasia. Uno de esos casos fue, precisamente, el del dramaturgo Celestino Gorostiza, a quien un severo e irremediable cáncer lo postró por mucho tiempo y le ocasionaba el más terrible de los sufrimientos. Luego de un largo y difícil tratamiento, pues hacia el final tenía que inyectarle morfina tres o cuatro veces por día, el propio escritor, y según palabras de Nandino, le decía: *Elías, tu eres poeta, tienes sensibilidad, ¿qué objeto tiene que yo permanezca así, sufriendo de esta manera?*²⁵

Nunca olvidaría, tampoco, la época que estuvo al frente de los Servicios Médicos de la Penitenciaría. Por instancia del doctor Baltazar Izaguirre Rojo, amigo cercano con el cual compartía el gusto por la poesía, y quien fue nombrado director de la Cruz Roja, llegó a Lecumberri. Luego de haber ayudado a su colega a enderezar en algo el hospital central de la institución, ya en el presidio tuvo que empezar, pues no se le ofreció presupuesto para más, por componer un poco el Departamento de Cirugía y comprar una pequeña cantidad de material de curación e instrumental. De igual modo se ocupó de mejorar el alimento de los reclusos y proporcionarles un más sólido abrigo por las noches. A su arribo al penal ya había allí una población que excedía en más del doble la capacidad de las instalaciones, y éste fue el mayor inconveniente con el cual se encontró para poder realizar una más equitativa e integral mejora.

Años de impresionantes y amargas revelaciones, los casi veinte que trabajó en la cárcel equivalieron a la lectura de miles y miles de las más sórdidas historias

²³ Ibid., p. 131

²⁴ Ibid., p. 130

²⁵ Ibidem

de un número igual de hombres y mujeres. Allí conoció lo vil, la escoria en pleno; pero también parte de lo más sensible de la humanidad. Se convenció de que en lo más hondo del espíritu de un criminal, satanizado en sus actos delictivos por el resto de su vida, algo de bondad existe, aunque esto a distancia sea difícil de creer. El infierno en vida, hecho de unos para otros, Nandino encontró en esta antítesis del paraíso desde tuberculosos hasta dementes: *A estos enfermos los tenían separados de los demás, y uno de los pocos que se les acercaba a llevarles comida era un fulano que debía como veinte muertes, y no lo hacía por castigo, sino por pura buena voluntad.*²⁶

En ese lúgubre Palacio Negro, como él mismo le llamaba, conoció a un hombre que había ingresado varias veces, al parecer todas ellas por la misma razón: robo. Lo que en un principio pareció ser producto de una deformante proclividad al hurto, en cuanto se hicieron los análisis pertinentes resultó ser ocasionado por un incontenible y voraz deseo de comer. Efectivamente, las pruebas de sangre revelaron que el preso padecía una diabetes casi mortal --su nivel de azúcar en la sangre estaba al tope--, por lo cual todas sus "fechorías" se reducían a auténticos, en la más clara acepción del término, actos de rapiña. Una vez diagnosticado el mal, el doctor Nandino hizo los trámites necesarios para reformar el expediente y trasladar al susodicho a un hospital donde pudieran darle el tratamiento obligado para contrarrestar las causas de su terrible polifagia.

Otro caso pavoroso e inconcebible, fue el de un adolescente que ingresó al penal por haberse robado a la novia. El padre de la muchacha lo había mandado detener y sobornó a los custodios para que en la penitenciaría lo metieran a la celda de los más violentos y perversos, donde lo violaron más de quince presos. Impresionado por los incontenibles gritos de dolor y rabia del reo, Nandino llevó a cabo una delicada y exhaustiva sutura del recto, que estaba desgarrado hasta lo más profundo. El tratamiento post-operatorio fue de igual modo largo. Antes de darlo de alta fue a hablar con el director de la cárcel, a quien puso al tanto de todos los detalles de la historia y exigió la libertad del joven. Víctima del soborno y la brutalidad criminal, la última obligación de ellos era resarcir en algo --una tragedia

²⁶ Ibid., p. 132

así marca de por vida-- el insalvable daño físico y psicológico que le habían hecho a este muchacho.

Además de laborar en Lecumberri y en el hospital Juárez, Nandino se daba tiempo para atender su propio consultorio y dar clases de literatura en la Normal de Maestros. Con algunos colegas llegó, incluso, a instalar una clínica en las calles de Amado Nervo, por Santa María La Ribera. La otra cara de la moneda, su prestigio como excelente y siempre muy bien actualizado médico cirujano lo llevó a convertirse en el doctor de los artistas y las figuras del espectáculo, entre estas últimas Dolores del Río, Yolanda Montes "Tongolele" y Celia Cruz. Fueron sus pacientes, entre otros, y con quienes llegó a hacer muy buena amistad, casi todos los Contemporáneos y los de la promoción siguiente: Taller (Octavio Paz, Rafael Solana y Efraín Huerta), y toda una pléyade de pintores de primerísima línea. A raíz de que muchos de los plásticos le pagaban sus servicios con cuadros, llegó a tener una extraordinaria colección de pintura: Rivera, Tamayo, Coronel, Montenegro -- desde luego, el formidable retrato que le hizo--, Rodríguez Lozano, María Izquierdo, Héctor Xavier, e incluso hasta unos dibujos surrealistas de César Moro y otros de Eisenstein.

III

NANDINO Y LOS CONTEMPORANEOS

1. Xavier Villaurrutia

Xavier Villaurrutia, una de las personalidades más sobresalientes y singulares dentro de la Generación de Contemporáneos --fundó, junto con Salvador Novo, la trascendental revista **Ulises**, que financiara Antonieta Rivas Mercado--, fue una de las primeras personalidades literarias con las que Elías Nandino tuvo contacto a su llegada a la ciudad de México. A quien le presentó Delfino Ramírez, como a Novo, Villaurrutia se convertiría, en muy poco tiempo, en una de las personas más cercanas no sólo al Nandino poeta --al compartir una misma y devota vocación--, sino además al Nandino ser humano. En una estrecha y fraternal relación de más de veinte años, que duró hasta el prematuro e inesperado deceso (en 1950) del autor de Nostalgia de la muerte, estos dos poetas fueron los mejores y más sinceros amigos. Desde un principio surgió una hermandad entre ambos que tuvo por lazos de unión no solamente la poesía y demás afinidades electivas, sino además un elocuente sentido del humor y mucha alegría de vivir. Eusebio Ruvalcaba dice al respecto: *...veían la vida con el donaire propio de un dandy, manifestaban más desparpajo que reverencia y no se inmutaban ante problemas que a jóvenes de menor empuje los habrían abatido...*²⁷

Casi enseguida de conocer a Villaurrutia y a Novo, quienes lo aceptaron de inmediato, comenzó a asistir con ellos al cine, al teatro y a cada vez más continuas tertulias literarias, reuniones estas últimas donde entabló relación con bastante gente y mucho aprendió. De esos paseos surgió una especie de complicidad porque se fueron haciendo de un lenguaje común, y los gustos y preferencias similares los llevaban a visitar los mismos lugares y departir con las mismas personas. Aunque sin la chispa picante y mordaz de Novo, quien difícilmente dejaba títere con cabeza, Villaurrutia lo sorprendió desde un principio por su espontánea gracia y un muy agudo ingenio para concebir las más raras --como en su poesía-- comparaciones e

²⁷ Eusebio Ruvalcaba, "Elías Nandino: poeta y maestro de la vida", en Forjadores del México contemporáneo, Tomo II, México, Planeta, 1990, p. 268

imágenes. Hacía reír a quienes conversaban con él y, algo casi siempre imposible en su compañero, se ganaba la simpatía de todos.

En cuanto Novo comenzó a ganar mucho dinero y a conseguirse puestos en el gobierno, se ausentó del grupo, motivo por el cual también la amistad entre los otros dos se hizo más estrecha e intensificó con intercambio de lecturas y experiencias: *El era generoso, se prestaba a compartir su información, su cultura, orientaba...*²⁸ El más inteligente y equilibrado de su promoción, Villaurrutia no decía más de lo que se tenía que decir, y una constancia de ello son sus poemas, siempre equilibrados y justos.

Los Contemporáneos actuaron como el núcleo de una célula que se nutría del protoplasma cultural mexicano de la época, y todos sus integrantes estaban receptivos a lo hecho, en otros terrenos, por personajes como Carlos Chávez, Diego Rivera, Roberto Montenegro o Rufino Tamayo. Pero quien más influyó y estuvo cercano a ellos fue, sin duda, Agustín Lazo, hombre inteligente y de una enorme cultura, un auténtico humanista. Miembro de una acomodada familia porfiriana que lo mandó a estudiar a Europa, se convirtió en el más versado traductor del francés y del italiano, y precisamente con Villaurrutia, de quien fue inseparable, tradujo a Pirandello y a Giraudoux. Fue Villaurrutia, también, el que más provecho sacó de Lazo, sobre todo en cuanto respecta al campo pictórico; pintor y crítico acertado -- además de autor teatral--, fue además un estupendo maestro. Juntos hicieron, en los ámbitos plástico y teatral, una excelente mancuerna, y parte de su producción conjunta vio la luz en la revista **Ulises**.

A raíz de una exposición de Rodríguez Lozano, quien por ese entonces pintaba una serie de paisajes sencillos, Villaurrutia comentó a sus amigos que el artista debería haber ilustrado los poemas de Ramón López Velarde. Esta nunca antes manifestada devoción por el poeta zacatecano, que entre otras anteriores voces parecía de las sepultadas por los Contemporáneos, motivó uno de los primeros, más brillantes y extensos estudios sobre la obra del autor de Zozobra, mismo que apareció en una antología promovida y realizada por el propio Villaurrutia: Ramón López Velarde: El León y La Virgen. Espléndido y sesudo

²⁸ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 60

acercamiento, fue para los condiscípulos del prologuista y compilador, entre ellos Nandino, toda una revelación.

Otra de las tantas experiencias compartidas por Nandino con Villaurrutia, fue el escribir ambos letras para Gabriel Ruiz. También tapatío, vino a México con la intención de estudiar música, por lo cual su paisano llevó a presentárselo a Carlos Chávez. Ya ambientado, y muy proclive a ganar rápidamente dinero, Gabriel Ruiz optaría en seguida por dedicarse de lleno a hacer melodías populares, terreno en el que se movía como pez en el agua y pronto hizo fama. Y si los dos ofrecieron textos para muchísimas de las canciones de este compositor, no los firmaban por miedo a que ello fuese en detrimento de su prestigio; ya se arrepentirían luego de comprobar las enormes regalías causadas en buena parte por su trabajo, y que el autor de la música se embolsaba como buen samaritano. Villaurrutia escribió más bien pocas; entre las de Nandino, quien sí produjo más de cien, se recuerdan, sobre todo, "Sé que te vas", "Entre tú y yo", "Dime que no", "Sin motivo", "Mazatlán" y "Estaba prohibido". Sin duda la más popular de todas las creaciones de Gabriel Ruiz, la letra de "Usted" se la han adjudicado erróneamente a Nandino, cuando en verdad fue de la inspiración de Chamaco Sandoval.

Mucho se intensificó la amistad entre Villaurrutia y Nandino a raíz de la graduación del segundo. Muy gastado a su regreso del internado en Los Angeles, fue Villaurrutia quien insistió --le prestó el dinero necesario para imprimir la tesis y le organizó una espléndida recepción después del examen-- para que se recibiera y empezara a trabajar así más de lleno en la medicina. Y si al principio a su amigo todo le producía asco y el dolor ajeno más bien lo dejaba impasible, conforme se fue enterando de la vida médica se hizo más tolerante. Al poco tiempo, ya que entabló amistad con los demás médicos, hasta llegó a asistir a operaciones difíciles, impactante experiencia que de igual modo encontró cabida en su poesía. Como por esas fechas no tenía un empleo fijo, y tan sólo entregaba colaboraciones a distintos periódicos y revistas, muchas veces acompañaba a Nandino en sus guardias nocturnas. Como intercambiaban sobre muchos asuntos, en especial sobre literatura --principalmente poesía--, su más estrecha relación con Villaurrutia y una práctica más intensa de la medicina fue perfeccionando la simbiosis entre el médico y el poeta que había en él.

Conforme fueron creciendo el afecto y la admiración de los demás médicos y el personal del hospital Juárez hacia Villaurrutia, que según Nandino los había ganado rápida y fácilmente, lo invitaron a dar conferencias y a hacer lecturas de poesía. La impresión mayor se la llevaron todos cuando el ponente, en el cierre de un simposio especializado, leyó su propia traducción del "Discurso de los cirujanos", de Paul Valéry. Ya para entonces Villaurrutia era otro, y mucho había contribuido a ello el estar en contacto con los enfermos y mirar de frente al sufrimiento. Llegó a compenetrarse a tal grado con los pacientes, y sus muy particulares casos, que dejaba, según también palabras del propio Nandino, dinero debajo de las almohadas para ayudarlos en algo.

Otra de las tantas aficiones compartidas, fue la de hacer ácidos y divertidos epigramas, buena parte de éstos la causa de un sinnúmero de ofendidos enemigos. No faltaron los dirigidos entre ellos mismos, saetazos que sabían recibir con el mejor de los humores. Género para acrecentar el prestigio, pero de igual manera aumentar animadversiones, tuvo en estos tres agudos escritores (Novo, Villaurrutia y Nandino) a sus más fieros y destacados exponentes. En una ocasión en que fue con Villaurrutia al teatro Ideal --estaba por las calles de López-- para ver en escena a Virginia Fábregas y Prudencia Grifel, para entonces ya la una con gran busto y la otra con enormes glúteos, las dos divas fueron el blanco de una picante y hoy ya famosa ironía improvisada en el acto por estos ingeniosos y sarcásticos poetas: ***Tanto han llegado a engordar.../...que bien se puede decir.../Virginia tarda en entrar.../...lo que Prudencia en salir.***

Así como tuvieron diferencias con respecto a sus amistades, como Porfirio Barba Jacob o Antonin Artaud, que Villaurrutia veía con recelo, también hubo entre ellos discrepancias de carácter literario. Luego de publicar en 1934 Eco, que el propio Villaurrutia prologó por su gusto, no recibió con el mismo entusiasmo, e incluso le aconsejó sacara de la imprenta, otro de sonetos editado por Chápero en 1937. Sus brillantes juicios esgrimidos en Eco, los más hondos y exactos sobre el Nandino médico y poeta, y que el mismo autor tapatío mucho presumiera a lo largo de toda su vida, bien merecen apuntarse por la deslumbrante inteligencia y el conocimiento de quien los escribió:

... En la soledad de su cuarto, en el cuarto de su silencio, el poeta avanza, inmóvil, sobre las olas de un mar interior y profundo; fatiga el agro de su alma con los

arados de la cultura; cautiva seres intangibles en la red de palabras que nadie que no sea él mismo teje; crea un porvenir que la vista no alcanza y aun escapa de la muerte. El hombre vive y no sabe que vive. El poeta se mira vivir. El hombre tiene miedo a la muerte y muere. El poeta se siente morir y... ya no morirá jamás.

Este hombre que arde y se consume en los ejercicios más diversos; que haya equilibrios momentáneos de la razón y del instinto, pero que se distrae y da con su cuerpo en la red que él mismo ha tejido a sus pies, pero que se levanta y vuelve a empezar... Este hombre que, en una palabra, vive y, sin tener una conciencia lúcida de su deseo, quiere verse vivir, se llama Elías Nandino.

Yo lo he visto sostener, alternativamente, el lápiz del escritor y el bisturí del cirujano; escribir y operar; escribir con fiebre y operar con frialdad.

La intuición luminosa y certera, la razón clara y fría, la mirada rápida y profunda, la mano firme y delicada de un cirujano salvan y prolongan la vida de un cuerpo enfermo, pero anestesiado, sumido en una muerte provisional. Sólo el poeta opera en un cuerpo sensible. Sólo el poeta corta en carne viva. Ese cuerpo sensible, esa carne viva son los suyos.

A medida que la mano fría saja el cuerpo febril, los poemas de Elías Nandino van siendo operaciones más felices. ¡Ya lo imagino, el día más pesado, desprenderse de sí mismo y con precauciones infinitas, lúcido y frío, auscultar su propio tronco ardiente, seguir las intermitencias de su corazón, poner al descubierto las capas profundas de la tierra del cuerpo y explorar las antiguas cavernas del pecho para extraer, de los complicados repliegues de la red de los nervios, los ligeros pájaros y los seres marinos que el hombre ha ido ocultando en el hombre!²⁹

Contra lo dicho y supuesto por Villaurrutia, quien aseguraba Nandino se iba a quemar con la publicación de este poemario, a instancia de otros amigos --Rafael Solana, entre ellos-- Sonetos 1937 fue editado y tuvo mucho éxito, tanto de ventas como de crítica. Aunque fue un tiraje pequeño, pronto Chápero se vio en la necesidad de hacer un segundo. A partir de este libro Elías Nandino consolidó su presencia en medio literario. Si algo le molestaba a Villaurrutia de este poemario, era el tono complaciente de algunos de sus versos; veía en ellos reminiscencias de un ya muy tardío Modernismo, afectividad que para nada casaba --según el propio Villaurrutia-- con las iconoclastas atonalidades vanguardistas de ese momento.

Algo de lo mucho compartido por estos dos poetas en su obra, sin embargo, es la presencia de la muerte. Además de haber representado una preocupación constante a lo largo de toda su carrera como médico, contra la cual luchó denodadamente, desde muy joven tuvo Nandino la impresión de que cada instante

²⁹ Xavier Villaurrutia, en el "Prólogo" a Eco, México, Imprenta Mundial, 1934, pp. 8-9

vivido por el ser humano constituye una fuga a través de la cual se busca no morir. En Villaurrutia, por su parte, el tema de la muerte surge como producto de una angustia existencial de proporciones trágicas e infinitas, la de un demiurgo que se solaza en la asimilación intelectual de su propia muerte cotidiana. Pero es también, en cierta forma, el motivo retórico a través del cual el poeta expresa los conflictos que su propia personalidad le produce, y que no encuentran otro cauce más que la poesía.

Aunque Nandino no reconoció nunca en su obra influencias directas de nadie, sí estuvo de acuerdo en algunas accidentales y momentáneas. El Juan Ramón Jiménez de Sonetos espirituales, por ejemplo, libro con el cual el poeta andaluz deslumbró a casi todos los Contemporáneos, se percibe en buena parte de los sonetos del escritor tapatío, sobre todo el de la década de los treinta. Como sucede inevitablemente con todo artista, Nandino fue descubriendo en sus lecturas otros cauces de expresión. El mismo Villaurrutia le decía al respecto, pues él mismo apreció en su creación voces ajenas --la innegable del francés-uruguayo Julio Supervielle, por ejemplo--: *¡Cuando plagies, asesina al autor..*³⁰

A mediados del mes de octubre, de 1950, y a raíz de un severo accidente en la cabeza, Xavier Villaurrutia tuvo que declinar, por prescripción de su médico, una invitación a España, donde iban a estrenar una de sus obras teatrales. Esta sería una de las últimas atenciones de Nandino, como especialista, a su amigo. Pocas semanas después de este hecho, Félix Jorge Martínez los invitaba, junto con otros conocidos, a pasar unos días en su casa de Córdoba, Veracruz, lugar en el cual Carlos Pellicer iba a montar uno de sus acostumbrados nacimientos navideños. Ya en plenas posadas decembrinas, la idea era pasar todos allí la Nochebuena.

Pocos días antes de la fecha fijada para emprender la excursión, Villaurrutia fue a verlo al consultorio porque, además de que la herida en la sien no cicatrizaba aún del todo, se sentía indispuerto. Había hecho un viaje rápido a Puebla con Agustín Lazo, y de allá regresaba mal. En la víspera de la salida a Córdoba, volvió para que lo atendiese y oyera unas décimas escritas la noche anterior. En cuento le recordó Nandino que al día siguiente una camioneta vendría de Veracruz a recogerlos, manifestó su desasosiego y respondió que de ninguna manera podía ir

³⁰ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 129

vivido por el ser humano constituye una fuga a través de la cual se busca no morir. En Villaurrutia, por su parte, el tema de la muerte surge como producto de una angustia existencial de proporciones trágicas e infinitas, la de un demiurgo que se solaza en la asimilación intelectual de su propia muerte cotidiana. Pero es también, en cierta forma, el motivo retórico a través del cual el poeta expresa los conflictos que su propia personalidad le produce, y que no encuentran otro cauce más que la poesía.

Aunque Nandino no reconoció nunca en su obra influencias directas de nadie, sí estuvo de acuerdo en algunas accidentales y momentáneas. El Juan Ramón Jiménez de Sonetos espirituales, por ejemplo, libro con el cual el poeta andaluz deslumbró a casi todos los Contemporáneos, se percibe en buena parte de los sonetos del escritor tapatío, sobre todo el de la década de los treinta. Como sucede inevitablemente con todo artista, Nandino fue descubriendo en sus lecturas otros cauces de expresión. El mismo Villaurrutia le decía al respecto, pues él mismo apreció en su creación voces ajenas --la innegable del francés-uruguayo Julio Supervielle, por ejemplo--: *¡Cuando plagies, asesina al autor..*³⁰

A mediados del mes de octubre, de 1950, y a raíz de un severo accidente en la cabeza, Xavier Villaurrutia tuvo que declinar, por prescripción de su médico, una invitación a España, donde iban a estrenar una de sus obras teatrales. Esta sería una de las últimas atenciones de Nandino, como especialista, a su amigo. Pocas semanas después de este hecho, Félix Jorge Martínez los invitaba, junto con otros conocidos, a pasar unos días en su casa de Córdoba, Veracruz, lugar en el cual Carlos Pellicer iba a montar uno de sus acostumbrados nacimientos navideños. Ya en plenas posadas decembrinas, la idea era pasar todos allí la Nochebuena.

Pocos días antes de la fecha fijada para emprender la excursión, Villaurrutia fue a verlo al consultorio porque, además de que la herida en la sien no cicatrizaba aún del todo, se sentía indispuerto. Había hecho un viaje rápido a Puebla con Agustín Lazo, y de allá regresaba mal. En la víspera de la salida a Córdoba, volvió para que lo atendiese y oyera unas décimas escritas la noche anterior. En cuento le recordó Nandino que al día siguiente una camioneta vendría de Veracruz a recogerlos, manifestó su desasosiego y respondió que de ninguna manera podía ir

³⁰ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 129

con ellos. Después de negar a toda costa los motivos del aislamiento, se soltó en llanto y se agarró a golpear la pared con los nudillos. Para quien nunca había visto en un trance igual a Villaurrutia, acostumbrado a solucionar sus conflictos con plena serenidad, esta explosión abrupta de ánimo fue una sorpresa. Sin insistir más, para no romper así el infranqueable hermetismo de su amigo, Nandino respetó la negativa rotunda de Villaurrutia, quien le prometió cenarían justos el último día del año, y se despidieron.

En la mañana del 26 de diciembre, luego de regresar a Córdoba de un paseo por Boca del Río, donde nadaron y pescaron buena parte del día de Navidad, el propio Nandino leyó un encabezado en El Universal que, él mismo confesaría, dividió su ser por la mitad: "XAVIER VILLAURRUTIA MURIO SUBITAMENTE". Villaurrutia, pese a que intentaba guardar su intimidad, y por sobre su afán de mantenerse en secreto, terminaba por manifestarse ante los demás casi de una manera transparente. Incluso su poesía, en la cual tantos críticos y especialistas han visto un cúmulo de símbolos indescifrables, acaba por ser una proyección bastante nítida de su personalidad.

Indudablemente, pues hay muchas constancias de ello, Villaurrutia fue el amigo más cercano a Nandino y una de las personas que éste más quiso en toda su larga vida. Como no fue testigo de su muerte, ni siquiera pudo verlo dentro de un ataúd --ya lo habían enterrado cuando pudo hablar por teléfono con la hermana del finado--, siempre lo recordaría como cuando estuvo con él la última vez. Lo soñaría muchas veces, siempre sonriente, agudo y pícaro. El dolor que le producía despertar y no encontrarlo, invariablemente, dio a luz estas líneas, del todo villaurrutianas: ***Si hubieras sido tú lo que en las sombras, anoche/ bajó por la escalera del silencio/ y se posó a mi lado...***

Por como se dieron las cosas, y el estado de angustia previo a su deceso, Nandino siempre tuvo la certeza de que Villaurrutia se había entregado a la muerte, sin llegar precisamente al suicidio. A sabiendas de que vivía una tragedia interior, porque si algo aprendió a lo largo de más de treinta años de cercana y estrecha amistad, fue a comunicarse con él sin tener que llegar a las palabras, Villaurrutia se convirtió en víctima de su propia intensidad frenética. El propio Nandino escribiría en su revista ***Estaciones***, para conmemorar el sexto aniversario de la desaparición del vate, y en el que resultó un retrato fidelísimo:

Xavier Villaurrutia no tuvo edad. Desde 1924 en que lo conocí hasta el de 1950 en que fue su muerte, jamás descubrí cambio corporal que lo alterara. Fue siempre un niño en plena madurez. Era de baja estatura, pero su inteligencia lo hacía crecer como la luz a la llama. Su tamaño interior le trascendía el cuerpo porque no cabía en él. Caminaba como queriendo alcanzar lo que de él mismo se evadía...

Su muerte, más que muerte fue una fuga. Nada ni nadie la sospechó. Un veinticinco de diciembre, en unos cuantos instantes improvisó su viaje y se hizo invisible en lo visible...

Al tratar de sacarlo a flote del removido espejo de mis recuerdos, me lo represento como una sola y enorme mirada, porque Xavier era todo ojos. Igual que las figuras pintadas por el Greco, miraba con el cuerpo entero. Su rostro no era sino el pretexto para sostener dos inmensas pupilas que se salían de sí mismas para vestirlo. Con ellas hablaba, reía, preguntaba o negaba; con ellas desnudaba sus estados de ánimo y, únicamente su ceja derecha, negra, indómita, era el timón con que acentuaba sus expresiones. Su ceja izquierda se conformaba con serlo, pero, la derecha, no. Esta tenía voz y voto en el temperamento del poeta y siempre se movía acorde a su pensamiento y denunciando sus climas escondidos. Era como la espada de Damocles, como el arco iris calmando la tormenta, o como un venado malicioso adivinando la proximidad del enemigo...

Como hombre, era sobrio, elegante, discreto, caballero, amable... Era ingenioso y jugaba a las canicas con las palabras. Muchas veces, una de sus frases hería más que un cuchillo y, otras tantas, con sólo una sentencia hacía de la mentira una verdad o desnudaba a la verdad de la mentira. Cuando conversaba era sutil y, afirmación, negación o pregunta, siempre estaban respaldadas por la claridad y por la justedad de su palabra. Siempre daba su amabilidad y pocas veces su amistad. Era de carácter alegre, sabía gozar y transmitir su alegría.

He aquí, en unas cuantas palabras agrupadas, el intento de forjar un retrato del gran poeta Xavier Villaurrutia que, en este mes de diciembre, cumple seis años de habernos dejado. De todas maneras, si estas líneas son ineficaces para representarlo, bastará que cada uno medite en su poesía que es el mejor retrato viviente que nos ha heredado.³¹

2. Los demás

Luego de la aventura pasajera del Estridentismo (1922-1927), movimiento al cual le fue más fácil destruir las formas cerradas del arte que construir otras de más prolongada significación, surgió en México un grupo de jóvenes, de mayor vitalidad en la intención y en sus logros, que se agruparon en torno a la edición de la revista Contemporáneos (1928-1931). Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jaime Torres

³¹ Elías Nandino, "Retrato" en *Estaciones*, Año I., No. 4, Invierno de 1956, México, pp. 457-459

Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo, Enrique González Rojo y Octavio Barrera formaron en primera instancia esta fraternal sociedad literaria a partir de una nueva publicación, y que a la postre daría nombre a una de las más significativas promociones de las letras mexicanas. A ella se unirían, pasado el tiempo, Carlos Pellicer y Elías Nandino, quienes si bien no formaron parte del grupo a lo largo de los tres años en los cuales apareció la revista, manifestaron pronto características e intereses semejantes: cultura, disciplina, decoro artístico, mesura y un creciente instinto para apreciar los valores de la literatura europea y elegir nuevos modelos. En este sentido, y con respecto a la asimilación de Nandino, Raimundo Lazo anotaría:

Más que con sus contemporáneos, que cronológicamente eran los de la múltiple promoción de Contemporáneos, le gusta dialogar con el espíritu poético que naturalmente siente agitarse en él. En realidad, no es tan independiente como para vivir sin regulares relaciones con los creadores de poesía de su generación, de los que se dijo que formaban una asociación de soledades, lo que en muchas tierras, y particularmente en México, no puede considerarse como algo excepcional, el archipiélago literario, en el que cada autor, desde su isla observa lo que pasa en las demás y sostiene más o menos cautas relaciones interinsulares. Pero la independencia de Nandino sólo se refiere a lo literario, lo que puede definirse como una hermosa y serena libertad de estilo, poético espíritu creador...³²

Conscientes de sus compromisos estéticos, los Contemporáneos no permitieron --en este sentido contradijeron a sus predecesores-- que la agitación social adulterara su arte. Para todos ellos, como en buena medida lo hicieron los de la Generación del 27 en España, la poesía era un juego de imágenes y abstracciones movido por la intuición, la inteligencia y la ironía. Pasados los primeros años de gracia y agitación juveniles, cada uno optaría por recogerse en sí mismo y, aunque con algunos elementos en común, buscar su propia vertiente expresiva. Con la excepción de Pellicer, quien se convirtió en el poeta de la luz y el trópico, el tema dominante en el grupo fue el de la muerte, con la que cada uno de ellos estableció un contacto diferente.

Nandino se fue asimilando a la generación en cuanto entabló relación con Villaurrutia y Novo, a quienes conoció cuando todavía estaba en la Escuela de Medicina. Si bien fue con el primero con el que tuvo una más larga y cercana

³² Raimundo Lazo, op. cit., p. 156

amistad, Salvador Novo sería también de crucial importancia para su definitiva inclusión en el ámbito de las letras modernas mexicanas:

Al recordar esas primeras salidas veo a un Novo joven, alto, delgado y bonito, por lo que le decían El Venadito. En ese tiempo estar con él era un privilegio porque en cuanto abría la boca demostraba su cultura y su talento, pero también su capacidad de satirizar. Xavier y yo --y sus amigos en general-- a él le aprendimos la gimnasia sarcástica que después empleábamos para contestar comentarios o críticas a nuestras obras o personas, porque también para pensar cosas malas Salvador era único, rápido como relámpago; para esos casos tenía una lengua de serpiente. Se la pasaba contando anécdotas, cosas chistosas o que él las volvía graciosas al narrarlas, con tal de hacernos reír. Para posesionarse de la atención de quienes le rodeaban no le importaba ironizar sobre lo que fuera, incluso él mismo.³³

Camaradas de igual modo de parranda, Novo acostumbraba acompañar a Villaurrutia y a Nandino a los llamados entonces antros de farándula, a los cuales (el Playa Azul o el Salón México) iba con ellos de vez en cuando también Roberto Montenegro. La intensidad se convierte por estos tiempos en su compañera y su ángel guardián, y el grupo, que llama la atención por la vestimenta y las desinhibidas maneras de Novo, se interna en lugares y situaciones donde la vida se externa en toda su crudeza. Novo sería, sin embargo, el primero en desistir de estas andadas, y el hecho de enlistarse en la burocracia y comenzar a ganar mucho dinero lo empezó a convertir en una especie de dromedario. Si Nandino y él estrecharon amistad luego de la muerte de Villaurrutia, y el primero admiraba el ingenio y la habilidad con los que el segundo crecía en la vida cultural mexicana --logró Novo, en vida, su calle--, esta camaradería de más de cincuenta años se desvaneció en cuanto el Cronista de la Ciudad comenzó a hablar mal y despectivamente de quien había sido para Nandino más que un hermano. En estado, más de indignación que de sorpresa, surgió este epigrama: **...me preguntaron un día/ con muy profundo interés/ si Novo es inteligente/ y contesté simplemente: eso-es...**

Y había sido precisamente Villaurrutia quien lo había puesto en contacto con Jorge Cuesta y Gilberto Owen, quienes ya se conocían entre sí y con los que logró hacer muy buena amistad desde un principio. Inteligentes y de muy amplia cultura, como todos los demás de su promoción, se integraron de inmediato a las tertulias organizadas por los primeros. Ya mucho más nutrido el grupo, las reuniones para

³³ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 59

hablar de libros, autores, noticias y de arte en general se hicieron más frecuentes. Cualquier café cercano a la Plaza de Santo Domingo, donde tenían un despacho compartido Villaurrutia y Novo, era suficiente para la causa. También se sumarían, sin reticencias, a las parrandas nocturnas, juergas que en mucho intensificaron la hermandad y el hecho de ser cómplices de una misma vocación. En los primeros tiempos de esta tan benéfica amistad, surgió un grupo a partir de intereses literarios semejantes y preocupaciones existenciales de igual modo análogas. Hacían esa vida de jóvenes, en este caso brillantes y de muy amplio criterio, en la que no hay falsos pudores ni límites para la conversación o la controversia.

En cuanto empezaron a circular los primeros textos de estos jóvenes, quienes manifestaban originalidad y un especial ímpetu para innovar, pronto figuraron en los ambientes literario y periodístico con cierta relevancia. Si bien el México de esos años no era un medio propicio para los grandes cambios, el talento acabó por sobreponerse y los más anquilosados medios --había quienes escribían ya por mera costumbre-- por aceptar las nuevas corrientes. Y quienes mucho favorecieron la real e intelectual formación de este séquito de condiscípulos, pues su presencia en el medio cultural mexicano era sólida --en su momento intervendrían, como es sabido, el ingenio y la fuerza moral de José Vasconcelos--, fueron los pintores Roberto Montenegro y Manuel Rodríguez Lozano.

Por ese tiempo, en que encargaron a Montenegro hacer unos murales en el ex-convento de San Pedro y San Pablo, edificio para entonces ocupado ya por una secundaria, pudieron entablar contacto con Diego Rivera, José Clemente Orozco, Rufino Tamayo, el doctor Atl, Carlos Chávez, Moisés Sáenz y Carlos Pellicer, a quienes el pintor en obra invitaba a impartir charlas en un estudio acondicionado en la que antes había sido la sacristía. Pellicer se integraría también, desde entonces, al grupo. Esta época les sirvió a todos para informarse sobre las novedades en el área de las artes plásticas, la música y el cine, pues fue allí también donde conocieron a Eisenstein.

Al grupo se fueron incorporando, paulatinamente, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Jaime Torres Bodet y los Gorostiza --José y Celestino--, con quienes Nandino sólo compartió, en una relación más formal que con los otros, lecturas, críticas de libros, análisis de textos inéditos y la asistencia a conciertos, conferencias y estrenos de teatro. Con algunos de éstos, en cuanto a

gustos literarios y tendencias en la escritura, no coincidió porque los sentía por demás desarraigados de lo mexicano. Quizá Nandino haya sido, de todos, quien más estuvo inclinado a conservar un cierto apego a sus raíces, a la provincia --por su más bien tardía llegada a la capital, no faltó el que lo considerara "payo"-- y a su primera asimilación de poetas como Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Gutiérrez Nájera y López Velarde, para algunos ya más que sepultados. En lo relativo a las letras extranjeras, por el contrario, todos se sintieron motivados a leer detenidamente a autores como Rimbaud, Rilke, Mallarmé, Proust, Gide, Valéry, Huysmans, Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez, Lugones, Julio Herrera y Reissig.

No pocas veces se aventuraron varios de ellos a subir el Popocatepetl, el Iztlacíhuatl, el Nevado de Toluca y hasta el Pico de Orizaba, odiseas en las cuales Nandino mostraba su excelente condición. Ocupado las veinticuatro horas del día, en las mañanas estudiaba medicina, en las tardes hacía vida cultural, en las noches andaba de parranda y por las madrugadas escribía. En las desveladas, Villaurrutia, Owen, Cuesta, Nandino, y en un principio Novo, quienes anduvieron más tiempo juntos, se arriesgaron muchas ocasiones al meterse en algunos lugares de poca monta, aventuras de las que salió material vivencial para nutrir la obra de casi todos.

Sin embargo, los años de consolidación intelectual del grupo coincidieron con los periodos en los cuales Nandino realizó sus estudios de medicina, primero como practicante interno y luego como médico interno en el Hospital Juárez. A pesar de ello, buena parte de sus ratos libres convivía con los más y compartió sus mismas inquietudes e influencias:

Ahora no tengo interés en la identificación o en la desidentificación con ellos que respecto de mí suelen hacer los críticos, porque lo que sé es que a aquellos jóvenes de entonces les guardo una gran estimación; buena parte de mi formación intelectual y de mi autocrítica literaria las adquirí con ellos, así como ellos lograron, gracias a mí, cierta humanización, porque al principio eran de los que veían pasar un ciego en una esquina y se iban para otro lado porque decían que los ciegos eran de mal agüero, o si veían sangre se desmayaban. Se daban mucho a la superstición, en parte por chiste y en parte por seguir costumbres burguesas. Puedo decir que les infundía --aunque no a todos, sí a la mayoría-- un mayor gusto por vivir la vida y por conocer hechos y gente reales porque eran dados al disimulo unos y otros al viaje

inmóvil: se sentaban en una equipal y se ponían a imaginar que andaban en muchas partes.³⁴

Por la época en que anduvieron más unidos, a alguno de ellos se le ocurrió la idea, y los demás lo secundaron, de rentar entre todos una amplia y hermosa casa por las calles de Independencia. Con un imponente árbol en medio del patio, esa casa la usaban sobre todo para leer entre sí sus textos; allí se dieron a conocer, por ejemplo, algunos de los Nocturnos de Villaurrutia, las Canciones para cantar en las barcas de José Gorostiza, Nuevo amor de Novo y Eco de Nandino. Ya llegaría el momento en que algunos se entusiasmarían por el teatro; comenzaron por traducir algunos textos, como La puerta reluciente de Lord Dunsany, que luego montaron en la pieza más grande de una casa ubicada cerca del Hospital Juárez, y a donde Nandino iba a oírlos discutir sobre la escena y a verlos ensayar.

Con el afán de reformar el gusto anquilosado que para entonces había en México con respecto al teatro, surgió el reducido grupo de la revista **Ulises**, integrado éste por quienes, como decía Celestino Gorostiza, *traían en la cabeza el disco del teatro*³⁵. Fue entonces cuando apareció la figura, indispensable para esta causa, de Antonieta Rivas Mercado, quien ya se había visto deslumbrada por el talento y la cultura de estos jóvenes; a Novo y a Villaurrutia los seguía desde que publicaban en **El Universal Ilustrado**, donde escandalizaban con traducciones, poemas y reportajes de una temperatura hasta entonces desconocida. A otros, como Ortiz de Montellano y Torres Bodet, los había leído en **La Falangue**, nueva revista dirigida por ellos mismos.

Generosa y entusiasta mecenas, Rivas Mercado puso a disposición del grupo su espléndida y amplia casa de las calles de Monterrey, la cual se convirtió, en la segunda mitad del año de 1927, en una especie de salón literario en el que, siguiendo la tradición de la casa de Héroes, la anfitriona recibía a intelectuales, filósofos y pintores. Diario había allí varios invitados a comer; por la tarde se tomaba el té, y en la noche asistían los más para conversar, escuchar música y tramar planes para la vida cultural del país. Muchas de estas jornadas terminaban, invariablemente, en derredor del tema del teatro, y Nandino era uno de los escasos

³⁴ Ibid., pp. 80-81

³⁵ Celestino Gorostiza citado por Fabienne Bradu, Antonieta (1900-1931), México, F.C.E., 1991, p. 100

que asistían de vez en cuando como público a los trazos preparativos de los distintos montajes. Novo apuntó, al referirse a esta agrupación de la cual parece excluirse, y con su característica animosidad:

Este grupo Ulises... fue en un principio un grupo de personas ociosas. Nadie duda, hoy día, de la súbita utilidad del ocio. Había un pintor, Agustín Lazo, cuyas obras no le gustaban a nadie. Un estudiante de filosofía, Samuel Ramos, a quien no le gustaba el maestro Caso. Un prosista y poeta, Gilberto Owen, cuyas producciones eran una cosa rarísima, y un joven crítico que todo lo encontraba mal y que se llama Xavier Villaurrutia. En largas tardes, sin nada mexicano que leer, hablaban de libros extranjeros. Fue así como les vino la idea de publicar aquella pequeña revista de crítica y curiosidad.³⁶

La primera obra que les vio Nandino ensayar a los "Ulises", ya en el periodo con Antonieta Rivas Mercado, fue Símili del dramaturgo francés Claude Roger-Marx, texto escogido por Villaurrutia porque coincidía con los recientes experimentos hechos en su novela Dama de corazones. Pieza de análisis psicológico, en ella se trabajaba el tema, tan villaurrutiano, del doble y el juego entre la fantasía y la realidad, intercambio de planos que constituía uno de los mayores atractivos de la obra. Comenzaron los ensayos bajo la dirección de Julio Jiménez Rueda, quien desde hacía un par de años trataba de montar teatro serio y había hecho ya algunas puestas de Pirandello, y el elenco lo integraban, entre otros, Isabela Corona, Clementina Otero --hermosa adolescente de quien se enamoraría, perdidamente, Owen--, Antonieta Rivas Mercado, Savador Novo, Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen. Los escenógrafos, capitaneados por Rodríguez Lozano, eran Roberto Montenegro, Adolfo Best Maugard y Agustín Lazo. La empresa se animó con los nombres de Celestino Gorostiza --figuraba de igual modo en el rubro de dirección--, Carlos Luquin, Lupe Medina de Ortega, Ignacio Aguirre, Rafael Nieto y el joven, recién venido éste de Oaxaca, Andrés Henestrosa.

La primera y única temporada en el Fábregas se echó a andar y Nandino, quien gracias a los "Ulises" se aficionó a la escena y comenzó a hacer su cultura teatral, pudo conocer otras obras de elemental trascendencia para nuevo quehacer dramático de la época: Ligados de Eugene O'Neill, Peregrino de Charles Vildrac y Orfeo de Jean Cocteau, puesta esta última incomprendida del todo por el público --la

³⁶ Salvador Novo citado por Bradu, *Ibid.*, pp. 95-96

crítica más anquilosada se ensañó con ella-- y que significó en mucho el puntillazo último para el fracaso de la temporada. Como todos creían "la función debía continuar", regresaron al acecho, esta vez tan sólo con dinero salido del grupo mismo, con El tiempo es sueño de Henri Lenormand. El aliento final previo a "la muerte del cisne", la intempestiva partida a los Estados Unidos de Gilberto Owen, quien tenía a su cargo uno de los roles masculinos más importantes en la obra y ahora se iba a cumplir una asignación diplomática, fue una de las tantas causas del desmoronamiento del grupo.

Más estrechamente vinculado con unos que con otros, Elías Nandino tuvo al fin de cuentas relación con todos los demás Contemporáneos y de cada uno hizo referencia:

De los Contemporáneos puedo decir que los que vivían más limitados eran los que querían hacer carrera política o diplomática: Jaime Torres Bodet, los Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo; eran más burócratas. Novo fue más hábil que todos porque fue burócrata, pero de criterio amplio. Torres Bodet y los demás vivieron guardando las apariencias para que a su alrededor la gente no murmurara. Fueron púdicos con la intención de escalar más pronto y más alto la pirámide burocrática...

Vistos en conjunto y en la intimidad, Torres Bodet tenía un carácter dulce; Montellano, González Rojo y los Gorostiza eran educados, amables; Gilberto era graciosísimo, era el más jovial de todos; Cuesta era el dominante en cuanto a las ideas pero creo que su carácter duro era producto de la fealdad que le confería su párpado caído; Xavier era serio y a veces dominante, pero no era de arranques, Salvador producía vergüenza en ciertos instantes. Así como era un amigo divertido, ingenioso y simpático, también tenía momentos en que era insoportable porque socialmente provocaba que le diera a uno pena ajena ver todos los dengues que hacía; en cambio, los demás no hacían cosas así.³⁷

De quienes estuvo más cerca, por ejemplo Gilberto Owen, daría Nandino una relación más larga y detallada:

Owen, como Villaurrutia, tampoco era burócrata pero Genaro Estrada le dio una chamba diplomática en Colombia y Gilberto se casó allá, tuvo hijos y ahí comenzó su tragedia...

Owen fue, entre todos los Contemporáneos, el más sano, tanto por su manera de pensar como de vivir. Era un escuincle, siempre andaba jugando. Tenía una cara amable y no era presuntuoso. Creo que era el único integrante del grupo, al fin y al

³⁷ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., pp. 82-83

cabo, al que no le interesaba la poesía como vía a la fama. En sus comienzos tuvo influencia de Juan Ramón Jiménez, pero después cambió. Tenía muchos conocimientos tanto de la mitología como de la Biblia. Hizo poesía un poquito a lo Borges para poner en sus poemas cierta ambición y cierto oficio comparativo...

Gilberto era el candor. Dulce. Al principio no tenía complicaciones en su vida. Era un deleite tratarlo...

En Colombia se casó con una muchacha de familia acomodada y conoció el derroche. Hastiado de todo eso comenzó a tomar. Allá, también, publicó algunos libros...

A su regreso a México ya no era el mismo. Bebía y andaba hablando solo en la calle. Lo que terminó de hundirlo fue que lo separaron de sus hijos, a los que quería mucho; los mandaron a estudiar a París...

En el tiempo de su mayor depresión visitaba con frecuencia la casa que yo tenía en la calle de Sahagún, que era de puerta abierta; ahí iban mis amigos cuando querían y a la hora que les gustaba. Por esa época yo trabajaba mucho, operando y dando consulta y desde que salía de mi casa en la mañana no regresaba sino hasta como las nueve y media o diez de la noche y ahí estaban cantando Elvira Ríos, Paco Malgesto, Amparo Montes, Gabriel Ruiz, Lupita Palomera, pero también Lupe Marín y María Izquierdo y gente del ambiente taurino. Gilberto acostumbraba ir a esas fiestas que se hacían aunque yo no estuviera y había días en que yo llegaba muy entrada la noche y nada más lo encontraba dormido en un sillón con una botella de Whisky al lado...

Después, cuando fue cónsul en Filadelfia, me escribió unas cartas bonitas, algunas de las cuales aún conservo; otras las presté para que hicieran un libro sobre él y su obra...

Desde allá mandó a su amiga predilecta, Josefina Procopio, a que me conociera, y congeniamos mucho porque ella es una mujer extraordinaria. Fuimos buenos amigos. Cuando venía de vacaciones se quedaba en mi casa y eso nos ligó más a Gilberto y a mí, pese a la distancia...

En una de las idas que dio Josefina para verlo, Gilberto se puso malo y ella habló para decirme que él quería que lo fuera a ver. Cuando estaba arreglando mis papeles para irme, se murió...³⁸

Owen también admiró y apreció mucho tanto a la persona como a la obra de Nandino, y de esta mutua afinidad, que duró hasta el distante deceso del primero, da razón la siguiente y devota misiva:

Tú eres Elías, ¿en dónde estás, dónde te sitúan los críticos en el mentado panorama de la poesía mexicana? ¿Ya te están enfermado romántico, o monstruotizándote clásico? En mi inteligencia y en mi sensibilidad eres solamente poeta. No entiendo en esto los adjetivos, ni grande ni pequeño, ni asombroso, ni

³⁸ Ibid., pp. 83-84

nada. Poeta solamente. Tu libro me ha llenado de alegría, es la parte más pura y más hermosa de tu obra. Lo he leído temblorosamente. Me he olvidado por completo de tu amistad, que me brilla en el corazón, para leerlo, y tu amistad se me ha metido por la cabeza y por los nervios. Me siento emocionado, Elías. ¿Leíste tu ley en uno de mis esperpentos? ¿Dónde estás, sino en mi admiración intelectual y en mi amor de hermano?³⁹

A diferencia de Owen, quien resultaba ser locuaz y divertido, Jorge Cuesta era más bien reservado y pensaba mucho lo que iba a decir antes de expresarlo. A Nandino lo unió con Cuesta, además de leerse mutuamente con entusiasmo lo que escribían, los descubrimientos que éste decía haber realizado en el área de la química, sobre todo con la ergotina, compuesto empleado en la medicina para tratar las hemorragias. Nandino estaba anonadado con la inteligente y poética teoría de Cuesta sobre este alcaloide, con el cual aseguraba haber logrado, mediante distintas combinaciones y alteraciones, suprimir algunos de los elementos en su estrecha cadena de carbonos, y crear así otras cadenas nuevas que hacían de la ergotina una supuesta panacea. Llegó a pasarse tardes enteras en su consultorio, después de las cuales ambos terminaban exhaustos, dándole explicaciones al respecto e intentando convencerlo de que empleara con algunos enfermos esa combinación por él inventada; según Cuesta, tenía las propiedades suficientes para controlar a los epilépticos:

Un día llegó a verme con unos frascos como de perfume que contenían su descubrimiento, y me dijo: --¡Usalo! Es eficaz. Te voy a mandar a un sobrino mío que tiene epilepsia. Comienza a emplearlo con él... Antes de irse, anotó en un papel las dosificaciones para otros casos para los que según él servía ese líquido... Por supuesto que el día que fue el sobrino le receté otra cosa, porque pese a todas las alabanzas de Jorge yo sabía que por la forma en que lo había hecho, ese líquido tenía componentes que hacían peligroso su empleo porque eran cáusticos. Todos los frascos que él llevó se enlamaron con el tiempo y luego los tiré.⁴⁰

Nandino fue testigo de la inesperada relación entre Cuesta y Lupe Marín, quienes a la postre terminarían por casarse. A ella y a Diego Rivera los visitaba mucho en una casa medio pueblerina que este tan sociable como popular matrimonio tenía por el rumbo de Mixcalco, y a la cual iban varios de los

³⁹ Gilberto Owen citado por Carlos Monsiváis, en "Prólogo" a Erotismo al Rojo Blanco, Guadalajara, México, Agata, 1991, p. 8

⁴⁰ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 85

Contemporáneos a comer y a jugar bridge. Cuando Rivera se fue a Rusia, en donde estuvo varios meses, Lupe Marín y Cuesta comenzaron a tratarse de otra manera, y sus amigos mutuos --las reuniones en casa de ella se hicieron más frecuentes-- fueron testigos de cómo sucedió lo que ya se veía venir. En una amplia carta informaría a su esposo lo sucedido y, alentada por las circunstancias, le pediría sin más el divorcio; el pintor accedió siempre y cuando pudiese seguir habitando, en cuanto regresara de su largo viaje, la segunda planta del caserón de Mixcalco. Todos pudieron corroborar, a su vez, el fin dramático de esta intempestiva unión, la cual terminó en chismes y conflictos familiares que el difícil carácter de ambos llevó a una rápida y violenta ruptura referida por Lupe Marín en sus novelas autobiográficas La Unica y Días patrios. Lo que vino después: el agudo shock nervioso de ella, y sobre todo el trágico suicidio de él --confieso no conocer otro caso de emasculación--, es ya de todos conocido.

Luego de la que debió haber sido la época más dura y espinosa en la vida de Lupe Marín, quien por estos tiempos se volvió algo huraña y taciturna, Nandino estuvo muy cerca de ella. Ambos llegaron a ser, incluso, padrinos de bautizo de uno de sus nietos, hijo de Lupe Rivera. Con respecto a Jorge Cuesta, entre otras cosas fue testigo de cómo los demás miembros de su promoción lo indujeron a firmar él solo la trascendental Antología de la poesía mexicana moderna, de 1928, que en realidad habían trazado y hecho entre todos. Acontecimiento raro si tomamos en cuenta lo riguroso de su carácter crítico, se vio forzado a asumir íntegramente la responsabilidad de un trabajo que a ratos es separatista, y por momentos incluso hasta injusto, y que al fin de cuentas se armó conforme a las opiniones de todo el grupo y no nada más de él. Pese a esta circunstancia, Cuesta sobresalió por ser un individuo con mucha energía, y los artículos periodísticos que en esos tiempos hizo en contra del gobierno resultan justos y valientes. Nandino, quien lo trató de cerca y lo llegó a conocer muy bien, fue uno de sus más declarados admiradores:

Era extraordinariamente inteligente; exigente y riguroso en su crítica... Por encima de su genialidad, sin embargo, Cuesta poseía, como mucha gente, complejos hondísimos, desviaciones de carácter y conducta que no se las imaginó ni Dostoyevski; una tendencia inmensa hacia el incesto fue lo que finalmente lo llevó al suicidio. No obstante todo lo anterior, la fama que aún tiene su talento está bien ganada; respecto de eso no se exagera.⁴¹

⁴¹ Ibid., p. 86

IV

NANDINO, EL PROMOTOR DE NUEVAS GENERACIONES1. Estaciones

Consciente del hondo vínculo que en su vida se había dado entre medicina y poesía, ejercidos ambos oficios por él hasta sus últimas consecuencias, Elías Nandino llegó a interesarse por todo el panorama de la literatura nacional. Inconforme por la elitista y excluyente situación de nuestras letras, fundaría junto con Alfredo Hurtado, en 1956, la crucial --tribuna para los nuevos talentos-- revista **Estaciones**, publicación con la cual sus editores buscaron una más amplia, democrática y justa participación de los diferentes grupos y tendencias. Para entonces los responsables de esta nueva edición periódica estaban convencidos, como otros, de que Octavio Paz deseaba dominar el medio cultural mexicano, con la complicidad de algunos otros escritores que a su alrededor estaban dispuestos a aceptar sin reparo todo lo dicho por el maestro. Mucho los inspiró, de igual modo, el manifestarse en contra de un trasnochado surrealismo que buscaba ser impuesto por quienes creían tener la única y más valiosa opinión sobre el curso que debería tomar la poesía mexicana. El primer llamado de atención al respecto, pronto surgieron otras revistas de altisonante oposición, como **Metáfora**, de Jesús Arellano, mucho más irreverente e iconoclasta.

El primer número de **Estaciones**, nombre sugerido porque se buscaba apareciese al inicio de cada estación del año --además de por dar cabida a diferentes generaciones, y con ello a disímiles estilos y conceptos--, vio la luz en la primavera de 1956. Una opción para aquellos jóvenes y talentosos escritores que luchaban por acceder al quehacer literario nacional, y no encontraban siempre la oportunidad de figurar como lo merecían, los propósitos e intenciones de esta tanto ecléctica como generosa publicación --al igual que su fundador-- quedaron muy claros desde las notas preliminares del número inicial, escritas por el propio Nandino:

Estaciones aparece animada del propósito de juntar en sus páginas, sin distinción de tendencias o de grupos, a todos los escritores mexicanos. Quienes la dirigimos no tomaremos en cuenta, por tanto, más razones que la calidad de los textos de aquellos que aquí colaboren. Al mismo tiempo, será preocupación nuestra alentar a los que ahora se inician; en consecuencia, estaremos atentos a la producción de los jóvenes con auténtica vocación por la literatura.

Otro propósito es el de incorporar a nuestra revista colaboraciones del extranjero y estudios acerca de la situación literaria, artística o filosófica de algunos países, a fin de informar de manera amplia a los lectores. Queremos ser mexicanos en nuestro impulso inicial, escribir desde el cielo que nos ampara; pero eso no nos hará sordos para atender a lo que, llegado desde fuera de nuestra fronteras geográficas, signifique una aportación a nuestra cultura. Especialmente por lo que se refiere a la lengua española, intentaremos exaltar los lazos con los pueblos del continente hispánico, que con hallarse tan cerca unos de otros no existe un conocimiento estrecho entre sus escritores.

Nuestra crítica se realizará dentro de la honradez literaria. No haremos uso de la burla malintencionada para denigrar a nadie, pues nuestra posición sobrepasa el afán negativo que cifra sus laureles en el encono y en el resentimiento. No venimos, pues, con la vanidad de "aparecer" sino con el deseo de trabajar por la verdadera cultura nacional.

Con estas breves líneas, **ESTACIONES** saluda a sus lectores y protesta su honradez tanto en el desempeño de sus tareas dentro del panorama general de nuestras letras como en la elección de sus colaboradores.⁴²

El número de entrada de **Estaciones** contó en su directorio, además de con los ya citados Elías Nandino y Alfredo Hurtado como editores --eres quienes hacían el trabajo duro: convocar el material, corregirlo, estructurar los números, y tratar con el diseñador y la imprenta--, con los de Alí Chumacero, José Luis Martínez y Carlos Pellicer en la dirección. Los cinco mencionados aparecían como responsables de la publicación y eran además quienes integraban el consejo editorial. Como sede de la revista, y a donde se podía enviar correspondencia o suscribirse, figuraba el propio despacho del doctor Nandino: Calle Revillagigedo No. 108-202.

Este primer número se conformó con colaboradores y material diversos. Quien se puede decir apadrinó su arranque, que como toda nueva edición resulta ser apenas promisorio, fue don Alfonso Reyes, que firmó el primer artículo: una brillante exégesis sobre la poética de Mallarmé. Allí mismo cupieron, dentro del campo del ensayo y la crítica literaria, una exhaustiva disertación de Salvador

⁴² Elías Nandino, "Palabras preliminares", en **Estaciones**, Año I, No. 1, Primavera de 1956, México, pp. 1-2

Echavarría sobre los derroteros de la poesía contemporánea, y un hondo y sentido comentario de Germán Pardo García a raíz de la aparición de un cuento americano de Rubén Salazar Mallén. En el terreno de los géneros de fabulación, algunos versos de Luis Marré, un poema y un hermoso cuento de Margarita Michelena, y sendos relatos cortos de Alfonso Toral Moreno y Miguel N. Lira. Acerca de la música, un brillantísimo estudio de Arturo Rivas Sáinz en torno al elemento de la melodía. Para abordar las artes plásticas, el fragmento de una conferencia de Raúl Anguiano en favor del triunfo de la pintura mexicana, y un artículo de José Luis Cuevas sobre Jean Cassou y Philippe Soupault.

Entre quienes editaban la revista, Carlos Pellicer dio a conocer tres intensos sonetos a Dios, y Alfredo Hurtado un largo y acucioso ensayo sobre la poética de Nandino, estudio este último en el cual se pueden distinguir apuntes muy valiosos en torno a la obra del autor de Nocturna palabra. Las notas fueron supervisadas por Fernando Sánchez Mayans, Mauricio de la Selva y el propio Nandino, quien también incluyó como cierre un suplemento en homenaje a la memoria del poeta y pintor peruano César Moro. La mejor manera de arrancar un proyecto literario, en este primer número de **Estaciones** se echó, como es habitual decir en este tipo de publicaciones periódicas, toda la carne al asador.

El número dos fue enriquecido, entre otras aportaciones, con el talento del espléndido pintor y dibujante Héctor Xavier, quien realizó, ex profeso, una hermosa viñeta (simbolizando el verano) para la portada. El prestigio de don Alfonso Reyes volvió nuevamente a encabezar el sumario, en esta ocasión con la segunda parte de su ya mencionado acercamiento a la poesía de Mallarmé. Otros nombres locales y extranjeros, además del de Xavier Villaurrutia --se le recordó, a poco menos de seis años de su muerte, con un poema inédito--, dieron permanencia a la publicación: Moreno de Tagle, Max Aub, Ricardo Garibay, Rafael Solana, Ivan Zull, Mauricio Gómez Mallorga, Carmen Toscano y Enrique Prompolini. Entre las curiosidades de lujo, poemas de Juan Ramón Jiménez y del propio Alfonso Reyes. La edición se cerró con una traducción de Ricardo de Alcázar de "Introducción a la poética", de Paul Valéry. A la nómina encargada de revisar y apuntar las notas se sumaron Germán Pardo García y Arenas Betancourt.

La revista alcanzó en su primera etapa veinte números, es decir que apareció ininterrumpidamente a lo largo de cinco años, y más los colaboradores habituales --

Reyes, por ejemplo, lo hizo hasta su muerte, en 1959--, otros prestigiados escritores y algunos nuevos talentos se fueron agregando. Al lado de las ya citadas figuras, fueron apareciendo, entre otros, los nombres de José Emilio Pacheco, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, José de la Colina, Francisco Cervantes, Laszlo Moussong y Gustavo Sáinz. Miembros todos estos últimos de una nueva y vigorosa generación de poetas y narradores, todos ellos encontraron en **Estaciones** la oportunidad de ver publicados sus textos al lado de los de los ya consagrados. Sáinz sería el único que, a la postre, negaría esta acomodada pista de despegue, ingratitud que llegó a pesar al doctor Nandino. Casi todos los demás, como lo ha expresado abiertamente Monsiváis, sí reconocieron dicho débito:

José Emilio Pacheco, Sergio Pitol y yo aprendimos mucho del doctor Nandino. (En particular, José Emilio afinó en **Estaciones** esa disposición natural para el diálogo y el servicio culturales que es parte indispensable en su obra). El doctor nos animó, leyó con algo que no me gusta calificar de "gusto sincero" nuestras primeras producciones, nos entregó una sección juvenil y nos permitió participar en el nuevo periodismo cultural de los cincuentas. De los años de **Estaciones**, yo retengo imágenes, lecturas, anécdotas, y la gratitud permanente al modo en que un escritor maduro ni imponía su autoridad, ni pretendía homenajes, prefiriendo en cambio compartir democráticamente su experiencia.

Estaciones fue, quizás, una revista frenada por el eclecticismo. Así lo exigía la manera de ser de Elías Nandino, su creencia en una literatura plural, contradictoria, antidogmática. Pero lo que encuentra en **Estaciones** (y que está presente también en México Nuevo y Cuadernos de Bellas Artes, otras publicaciones coordinadas por el doctor), esta voluntad de incluir y respetar todas las tendencias, no tiene que ver con su poesía que, de Sonetos (1937) a sus "Alburemas" y cantos contra la senectud física de hoy, mantiene un tono continuo, si se quiere depurado y acrecentado, pero fiel a la línea del inicio...⁴³

Y si todos estos nuevos valores de la literatura mexicana formaron en torno a **Estaciones** un "grupo sin grupo", sobre todo por la amplitud en el número de ellos y la variedad de sus propuestas y estilos, esta misma diversidad impulsó al responsable de la revista a fundar, con el mismo nombre de la publicación trimestral, una editorial. En un principio sólo dedicada a editar títulos de poesía, de los cuales imprimió casi cuarenta, pronto amplió sus interés hacia otros géneros: novela, cuento, ensayo y teatro. Para esta causa se crearon diferentes concursos,

⁴³ Carlos Monsiváis, op. cit., pp. 8-9

premiados éstos con la edición de las obras ganadoras, y del primero de ellos salió, en el que fuera uno de sus más importantes y celebrados descubrimientos, Los prodigiosos, de Hugo Argüelles. Uno de los dramas elementales de la dramaturgia mexicana contemporánea, y sin duda de todo el amplio y generoso catálogo de este autor veracruzano, fue punto de partida en la brillante carrera de quien con justicia ha sido denominado el creador de la trascendental vertiente del "humor negro".

Entre otros importantes dramaturgos que publicaron en **Estaciones**, ya fuese piezas cortas enteras o fragmentos de otras más amplias, también figuraron Emilio Carballido, Edmundo Báez, Federico Inclán, Sergio Magaña, Jorge Villaseñor y Alejandro Jodorowsky. Aquí aparecieron buena parte de las más interesantes opciones en el nuevo rumbo de dramaturgia nacional, que para entonces ya se empezaba a manifestar vigorosa y renovada. Algo anquilosado en décadas anteriores, salvo algunas excepciones --desde luego, la insoslayable de un Usigli--, el teatro mexicano contó en los cincuenta y sesenta con autores mucho más aplicados y conscientes de la importancia de una escena propia. Firmes en los propósitos originalmente planteados, los editores (Nandino y Hurtado) redactaron un valiente editorial para el primer número del segundo año, 1957, en el cual además daban la bienvenida a Enrique Moreno de Tagle y Salvador Reyes Nevares, connotados ensayistas y críticos que se sumaban a la directiva de la revista:

La revista literaria **ESTACIONES** al entrar en su segundo año de vida, reafirma con vigor sus convicciones y, propugna con mucho mayor ahinco, por el estímulo y la publicación de todo lo que de calidad se produzca en nuestras letras, así como también por su divulgación dentro y fuera del país. Además, desarrollará una juiciosa lucha para combatir la sistemática imitación extranjerista, la farsa y el engaño de los que pretenden pasar por innovadores, la crítica de mafia y de mutuo halago, tratando, a la vez, de extinguir las políticas de grupos que tanto daño hacen al genuino desenvolvimiento de nuestra literatura.

Su posición seguirá siendo la de brazos abiertos para todo el que haga obra de calidad, sin distinción de nombres ni apoyos de falsa propaganda; porque en verdad lo que se quiere, es reavivar el entusiasmo y el amor por las letras para honra y prestigio de México, y no para crear nombres acéfalos, que quieran flotar como unidades desarraigadas del pedazo de tierra que les da vida y amparo...⁴⁴

Esta clara e incisiva instancia a forjar una literatura propia, manifestada desde el arranque, terminó por violentar a quienes se habían erigido como los más

⁴⁴ Elías Nandino y Alfredo Hurtado, "Palabras preliminares", en *Estaciones*, Año II, No. 5, Primavera de 1957, México, pp. 3-4

declarados detractores de la publicación, y que aún persistían en su afán por desprestigiarla. **Estaciones** ya se había ganado a pulso, para entonces, un lugar; gozaba de una presencia en el ámbito de la cultura mexicana y su opinión, aunque muchos no quisieran verlo así, era escuchada. Tan se convirtió en tribuna indispensable, que una personalidad como Diego Rivera optó por ella para exponer su determinante reprobación (invierno de 1957) ante el infame curso de la guerra fría. A la publicación de este llamado, por lo cual el famoso pintor no alcanzó a verlo impreso, el firmante acababa de morir:

Al Sr. Dr. Elías Nandino
y a todos los artistas y hombres de cultura del mundo.

Me dirijo a usted para pedirle que su voz --autorizada por su justa fama-- refuerce el clamor para exigir, a nombre de todo lo que en el mundo significa cultura, bienestar, belleza, alegría y paz, la suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas termonucleares, pues la continuación de ellas no puede llevar sino a un final seguro: la guerra atómica general con la consiguiente destrucción humana en masa...

La amenaza continua, respondida inmediatamente con otra peor, ha producido en el mundo entero una tremenda angustia y una espantosa histeria colectiva, que están desembocando en desequilibrio de todo orden que todo lo envilece y lleva a la sociedad a una degeneración rapidísima, visible con completa evidencia.

Todo lo que significa arte, cultura y vida superior está ya en peligro inminente y estamos obligados a defenderlo inmediatamente. Tal parece que la inteligencia no basta ya al hombre para hacerlo comprender que, de todos lados, está preparando su propia destrucción. ¡Levanten, pues, la voz la sensibilidad y el amor para despertar esa inteligencia de su letargo pasado!

...Pero, ¿acaso las bombas de prueba están hechas de material diferente que las bombas que se aplicarán definitivamente en la guerra? El mundo entero puede preguntárselo a los marinos y pescadores japoneses, víctimas de la lluvia atómica procedente de una prueba de bomba norteamericana en el Pacífico, y a los envenenados por comer pescado contaminado como consecuencia de la explosión...

Contra cualquier opinión, la experiencia demuestra que en la pugna armamentista nuclear de los grandes poderes de la tierra, la humanidad de las pequeñas naciones, con tanto derecho a vivir como la de las grandes, es ya, y lo será infinitamente más en caso de guerra atómica, una víctima indefensa del choque del poder de los grandes...

Por eso levanto lo más alto que puedo mi voz insignificante, para llamar a todos los que viven por el amor y la sensibilidad humana construyendo belleza --el indispensable alimento de la vida superior-- para clamar, para exigir, para hacer que

todos los humanos clamen, exijan y obtengan la suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas, por lo menos por los tres años propuestos...⁴⁵

Transcribo buena parte de esta carta concebida con la enjundia y el ánimo de quien así vivió y creó, porque Nandino la hizo resaltar en la edición mencionada -- toda ella, como era de esperarse, a la memoria del ingente pintor-- y coincide en mucho con la esencia del médico que tanto luchó por salvar y mantener la vida. El poeta tapatío respondió con un soneto, post mortem, que mucho revela su enorme admiración por el gran pintor desaparecido y la conmoción causada por su elocuente, a modo de testamento, llamado a la paz. Esta contestación a Diego Rivera, el más sincero de los homenajes, fue el primero de tres poemas más publicados en este número especial de evocación al inolvidable muralista:

Tú carta recibí, querido Diego,
y la contesto al reino de tu muerte
en donde libre de materia inerte
eres pupila universal, sosiego
en plenitud de eternidad. Te entrego
con estas líneas un abrazo fuerte
por la verdad que tu protesta vierte
contra la furia de este mundo ciego.
Un día, gran pintor, verás cumplida
la paz humana que soñaste en vida
--tu palabra en las razas germinada--,
y entonces, los que hoy buscan la guerra,
serán huesos malditos, bajo tierra,
y cenizas de historia avergonzada.

(**Estaciones**, Invierno de 1957)

Entre otros de los poetas que aparecieron con cierta frecuencia en **Estaciones**, Marco Antonio Montes de Oca y el chiapaneco Jaime Sabines manifestaron diferentes etapas de su creación a lo largo de los cinco años en que fue publicada la revista. Algunos de los más destacados españoles de la Generación del 27 que a raíz de la Guerra Civil vinieron a vivir entre nosotros, como Luis

⁴⁵ Diego Rivera, "Carta al Dr. Elías Nandino...", en **Estaciones**, Año II, No. 8, Invierno de 1957, México, pp. 365-367

Cernuda, Manuel Altolaquirre y León Felipe, además de esporádicas colaboraciones de dos o tres de la importantísima promoción anterior (la del 98), también ayudaron a darle realce.

Fiel a sus afectos y admiraciones, Nandino nunca olvidó a quienes habían sido sus más cercanos condiscípulos y amigos. Casi todos los Contemporáneos tuvieron en **Estaciones** no sólo un incondicional espacio abierto para publicar sus más recientes textos, ya fuesen de creación o de juicio sobre diversos aspectos, sino además una importante tribuna donde se hablaba de ellos y de su obra. El mismo director se encargaba muchas veces de realizar dichos análisis o comentarios. Cuesta, Ortiz de Montellano, Villaurrutia y Owen, quienes en este orden y para entonces ya habían muerto, fueron aquí continuamente recordados.

Para el número 11, del año III, correspondiente éste al otoño de 1958, **Estaciones** experimentó notorios cambios en nómina. En lugar de Alfredo Hurtado, quien había acompañado al doctor en este proyecto cultural desde su concepción, Andrés Henestrosa figuraba entre los editores. Como jefe de redacción, responsabilidad por primera vez tomada en cuenta, José de la Colina sería ahora el encargado de supervisar todo el material, y su carta de presentación la hizo en este número, como colaborador, con una inteligente y aguda disertación crítica sobre la recientemente estrenada cinta La strada de Federico Fellini.

Para la siguiente edición resultó sobresaliente que apareciera un amplio y exhaustivo panorama de la poesía mexicana, desde el Ateneo hasta la propia **Estaciones**, que tomó en cuenta a los casi treinta líricos vivos más destacados. En un recorrido que fue desde Alfonso Reyes hasta José Emilio Pacheco, un pequeño prefacio de los editores a esta rápida antología puso énfasis en la trascendencia del género dentro de nuestra literatura y en cómo cada uno de los grupos ha hecho lo propio --algunos con mayor presencia o suerte que otros-- por mantener pujante dicha tradición poética. Los poemas incluidos, para ocupar casi todo el número, fueron estrictamente seleccionados, y toda esta apología constituye un muy confiable instrumento para reconocer lo esencial en el circuito de la lírica mexicana de los primeros sesenta años de la presente centuria.

En el siguiente número, más cambios se dieron. Desde entonces Elías Nandino apareció como su único director y Alí Chumacero, estrechamente vinculado a **Estaciones** desde sus orígenes, reemplazó a José de la Colina en la jefatura de la

redacción. El comité de colaboradores permanentes, también nueva nominación, fue integrado por los mismos redactores: Monsiváis, Moussong, Pacheco, Padilla, Pitol, Sánchez Mayans y, ahora más ligado a la revista, Gustavo Sáinz. Como todo, y una publicación no tiene por qué ser la excepción --los constantes cambios eran un claro signo de ello--, **Estaciones** se acercaba a su ocaso, a su cierre. Ya había, sobradamente, cumplido su función y, en este sentido, hecho historia:

Con escasísimas excepciones, los escritores no le interesaban a los medios masivos, y eso hacía posible el autoconsumo intensivo, la búsqueda no muy animosa de lectores, la concentración de poderes y saberes literarios en unas cuantas publicaciones y las jerarquías casi explícitas. (En la cumbre, el humanista Alfonso Reyes).

A la distancia, **Estaciones** resulta una proposición insólita. En ningún momento, el doctor vio en ella una plataforma de lanzamiento personal. Nada más alejado de su temperamento que las maniobras literarias. Por lo contrario, le interesaba el quehacer ajeno, la reivindicación de la obra de sus amigos Jorge Cuesta y Gilberto Owen, la insistencia en los múltiples méritos de Pellicer y Villaurrutia, el aprecio por la literatura (no por la persona) de Novo, el entusiasmo ante la producción de los jóvenes..⁴⁶

En el último año de esta primera época de **Estaciones** figuró, entre otros talentos, el de Elena Poniatowska, quien publicó aquí sus primeros cuentos. En su momento, fue de los pocos que escribió sobre el retorno de Alvaro Mutis a la libertad, y una brillante crítica suya ayudó a prender el ánimo en favor de un espléndido y escalofriante libro de relatos escrito por el autor colombiano en la cárcel.

Se recordó además, pues había sido un muy cercano promotor y colaborador de la revista, a don Alfonso Reyes, cuya reciente muerte había dejado un vacío insustituible en el ámbito de la cultura mexicana, y por ende en las ediciones -- **Estaciones**, una de ellas--donde regularmente aparecía su nombre. Una de las pérdidas más dolorosas y significativas, Nandino organizó una serie de actos para rememorar al inigualable humanista y en su publicación aparecieron toda clase de textos en su honor.

De igual modo, y cuando fue oportuno, esta publicación se manifestó en apoyo y favor de la Revolución Cubana, para lo cual redactó un decidido y violento

⁴⁶ Carlos Monsiváis, op. cit., pp. 7-8

editorial que recriminaba toda actitud colonialista y atrabiliaria por parte del imperialismo estadounidense. Texto amplio y muy virulento, sobre todo en lo que respecta al hecho económico, es ejemplo fehaciente de cómo respondió en su momento casi todos los medios intelectuales de América Latina:

ESTACIONES, revista eminentemente literaria y por lo mismo apolítica, ha decidido, tomando en cuenta el alto significado histórico y la innegable trascendencia de la Revolución de la República de Cuba, aprovechar el presente número para sumarse en apoyo a la lucha que por la libertad, bienestar popular, progreso y libre determinación está realizando el pueblo cubano.

Considera esta revista que es deber de legítimo latinoamericano no sólo ver con simpatía, admiración y respeto el movimiento revolucionario del pueblo de la Perla de las Antillas, sino defenderlo y asegurar su desarrollo, porque es defender y asegurar el futuro de América Latina.

La dura y sangrienta historia de estos pueblos que se extienden desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos nos habla claramente de las repetidas agresiones de que han sido objeto; de las intervenciones, abiertas unas y veladas otras tantas, pero que han tenido un mismo origen: las oficinas protegidas por las paredes que guardan el Departamento de Estado de Washington...

ESTACIONES, una revista, como se dijo al principio, eminentemente apolítica, pero dirigida y mantenida dentro de sólidos principios de dignidad y democracia, eleva su voz aunada a la de todos sus colaboradores para patentizar su apoyo a la Revolución Cubana, confiando en los trascendentales objetivos que le han trazado sus dirigentes.⁴⁷

Estaciones apareció por última vez en el invierno de 1960, y con ella se fue una importante y plural publicación que invitó a los diferentes grupos a convivir en paz y armonía, todo por el bien de la cultura mexicana. Aunque la idea era que con Gustavo Sáinz tuviera una segunda etapa, este propósito no se pudo llevar a feliz término. Elías Nandino, quien por su natural generosidad y su carácter influyó para hacer de esta revista literaria una tribuna abierta y sin disputas más allá de lo estrictamente cultural --las controversias siempre son saludables--, cumplió con **Estaciones** una obra fundamental en su curso literario.

⁴⁷ Elías Nandino, "Editorial", en **Estaciones**, Año V, No. 18, Verano de 1960, México, pp. 3-5

2. Otras publicaciones

Hacia 1919, cuando estaba estudiando la preparatoria, Elías Nandino vio impresos algunos de sus primeros poemas en la revista **Bohemia**. Allí tuvo, también, su primer contacto con una edición periódica, aprendizaje que lo puso en contacto con los compromisos y tejemanejes --favoritismos y preferencias-- de casi toda publicación por el estilo. Sería, a la larga, una enseñanza de enorme beneficio. Por este tiempo concluyó su primer e ingenuo poemario de juventud: Canciones, e instado por algunos de los conocidos en **Bohemia**, la iniciación del segundo: Color de ausencia.

Ya en México, y al entablar relación con los Estridentistas, se acercó por primera vez a importantes publicaciones de carácter nacional. En **El Universal** y en una edición semanal de este mismo periódico (llamada, precisamente, **La Revista**), aparecieron algunos de los poemas de Color de ausencia, y más tarde otros de Espiral, libro este último muy influido por Manuel Maples Arce y de pronta impresión en los talleres de la Universidad. El estar relativamente cerca de los Estridentistas, y sobre todo del autor de Memorial de la sangre, quien entre todos los mencionados era quien más activa participación tenía dentro de la prensa cultural, lo incitó a hacer en la Escuela de Medicina la revista **Allis Vivere**.

Esta **Allis Vivere** ("Vivir para los demás") sólo duró de ocho a diez números y era impresa con algunos compañeros de la carrera, a quienes los motivaba más la novedad que una auténtica vocación literaria. Sin embargo, fue el primer esfuerzo de Nandino en la materia, y gracias a él entablo relación con otros importantes personajes de las letras mexicanas y algunos de los jóvenes que más tarde editarían **Contemporáneos**. El doctor Santiago Ramírez, catedrático en la Escuela de Medicina y quien lo había convencido tiempo atrás de publicar Canciones, fue uno de los más entusiastas promotores de **Allis Vivere**, sobre todo por la devoción y el desparpajo con los cuales sus alumnos mantenían dicha instancia universitaria. Apenas conato juvenil, esta experiencia le proporcionó a Elías Nandino la ocasión de establecer un vínculo más directo y estrecho con el siempre cansado y riesgoso oficio de editor, tarea que aquí conoció en todas sus etapas.

De 1936 a 1937, y luego de su regreso de Los Angeles, Nandino creó la colección de Cuadernos **México Nuevo**. Además de estar ocupado para entonces

en Lecumberri y en el hospital Juárez, y de dar algunas horas de clase de literatura en la Normal de Maestros, oficios que parecían ya suficientes para agotar a cualquiera --con todos cumplía a tiempo--, todavía se hizo un espacio para ser editor. En esta empresa lo acompañó Salvador Chápero Torres, entusiasta impresor que tenía muy cercana relación con los jóvenes escritores de la época y a casi todos ayudaba a sacar, con un costo mínimo, sus primeras ediciones de autor.

Con similar empeño al que ponía en favorecer a aquellos escritores en proceso de darse a conocer, la labor de Chápero fue indispensable para que Nandino pudiese mantener por más de un año los Cuadernos **México Nuevo**. Colección en la cual aparecieron, entre otros títulos, la farsa en un acto Sea usted breve de Villaurrutia, Poesías escogidas de Novo, Conversación desesperada de Usigli y un libro de sonetos del propio editor, acabó por falta de tiempo de Nandino y también por escasez de recursos. Otras obras no estrictamente literarias, como Cauce y atmósfera de Carlos Luquin y Más allá de la moral de Kant de Samuel Ramos, vieron la luz gracias a este esfuerzo.

En el tiempo en que estuvo al frente de **Estaciones**, sin duda la más ambiciosa y triunfal de las varias gestas emprendidas por él como editor, Elías Nandino fue de igual modo cercano colaborador de Jesús Arellano en la revista **Metáfora**. Interesante publicación de índole irreverente, su ríspido carácter iconoclasta hizo de ella la más temida y, por lo mismo, censurada de las ediciones de su tipo, sobre todo por la manera como enfrentaba el sectarismo y la soberbia de los grupos elitistas que pretendían dominar el ámbito de la cultura nacional. Allí Nandino publicó algunas críticas severas y sarcásticas que después los poetas a cuyos libros se refería --entre otros, de Jaime García Terrés-- jamás le perdonaron: *Sin duda, esas críticas leídas con excesiva vanidad, y esas tonterías vistas con una gran falta de humor propiciaron que se estableciera un enorme desdén hacia mí y hacia mi obra, y un gran silencio, a manera de castigo.*⁴⁸

En **Metáfora**, precisamente, apareció una carta-reseña de Nandino con motivo de la edición de Tarumba, de Jaime Sabines, de la cual resulta interesante transcribir una parte:

⁴⁸ Elías Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p.156

Me parece que, sin usar espuelas ni hablar de nopales y tunas, su poesía es netamente mexicana y de voz universal. Habla desde donde se nutre, goza y sufre, y la tragedia que bebe es la que contempla y respira en ese pedazo de tierra que es una célula de México.

Su vocabulario nace del paisaje que lo rodea. Huele y sabe al fruto virgen y al agudo dolor de la espina. Por esto sus poemas tienen la virtud de comunicarse; porque son de cosecha directa, humanos, vividos, de un ser que participa en el goce y la pena de los demás.

Solamente le hago notar un pero y, con perdón de Usted, se lo voy a señalar.

Si es que piensa que tengo razón, hágame caso, y si no, con no tomar lo dicho en cuenta habrá cumplido.

Su poesía es directa, limpia (agua fresca de cántaro), íntegra, sencilla, honda. Si es así ¿para qué entonces recurrir a las palabras procaces? Existen, pero para otro uso, mas nunca para la Poesía. No las use. Cuando se está gozando de una catarsis con su poema son como una piedra en un espejo. No olvide que el poema es como una esposa, que hay que amarlo pecando, pero sin pervertirlo ni empañar su castidad. No imite a esos poetas que, como los charros, necesitan tirar balazos y proferir malas palabras para que la gente los descubra. No; usted es poeta de verdad y debe respetar su jerarquía.

También admiro mucho la devoción profunda de su innato panteísmo y su adentrado amor por su suelo. Esto es ser mexicano, escribir desde la tierra que pisamos.

No sé cuál preferir de sus poemas, pero sí debo decirle que no tiene ninguno que esté vacío. Todos encierran su angustia, su desesperación, su trágica ironía, su verdad agobiada y el apego instintivo al nativo polvo a donde se denuncia unido con hambre de raíz.⁴⁹

Sabines contestó con la siguiente misiva, luminosa e interesante respuesta hasta la fecha (antes de la relación referida) inédita:

Tuxtla, Junio 2 de 1956

Sr. Dr. Elías Nandino
México, D.F.

Leí hace unos días su carta publicada en **Metáfora**. Quiero darle las gracias por ella. Me conmueve su sinceridad tan fraternal, su interés de hermano mayor, su bondad.

Me he preguntado muchas veces cuáles son los límites de la poesía (hasta dónde es lícito ensuciarla, revolcarla en lo cotidiano, emputecerla como a una esposa, llevarla a la blasfemia como a un santo, a la traición como un héroe, al horror como a un niño; retorcerla: colocarla en lo absurdo; darla a lo monstruoso...) pero ¿cuáles son los límites míos?

⁴⁹ Elías Nandino, "Tarumba", en **Metáfora**, Año II, No. 8, 3er. Bimestre de 1956, México, pp. 32-33

Creo que uno es el aspecto estético y otro el moral. El único límite de la poesía es la verdad, la autenticidad, la conformidad con el hecho emocional.

¿Qué derecho tengo yo, ni nadie, a quitar de la boca de un poeta las palabras groseras y vulgares, si éstas expresan el momento vulgar y grosero que vive el poeta? Quitarlas sería adulterar el poema, falsear la verdad, pura hipocresía e inmoralidad.

No quiero decir que la poesía deba ser un ramillete de procacidades, pero si que puede, en algún momento, respirar a pesar de ellas.

Coloquemos al poeta en otra circunstancia y será otra su poesía. Esto quiero que sea la poesía; una cosa viva, de carne y hueso, con mis defectos y mis virtudes, con mi lucha; no uniforme, ni parecida siempre a sí misma como una idea.

Después de todo, la poesía no es más que un testimonio, un relato, una carta de lo que vivimos.

Tenga piedad de mí, o moléstese conmigo, no con mi poesía. Yo soy el que arroja esa piedra contra el espejo cuando aparece Dios. Me gusta Turumba porque es entero y fiel. No me gusta el poeta de Turumba porque es un hombre en crisis, desorientado, torturado y sin ganas --no me gusto yo, aquí, sin hacer nada, sin vivir nada--. Es probable --es necesario-- que me vaya a México a fines de año. Aquí me estoy perdiendo, hundiendo, nada más".

Jaime Sabines⁵⁰

Nandino, profundamente emocionado y consciente de la sinceridad en las palabras del para entonces joven poeta chiapaneco, guardó esta carta (del 2 de junio, de 1956) y fue él quien la dio a conocer. Jaime Sabines se convertiría, después de ella, en uno de los colaboradores más asiduos de **Estaciones**. El encuentro de dos generaciones de poetas, y por lo mismo de dos visiones distintas de la poesía, revela mucho del espíritu --a modo de síntesis creativa-- de ambos autores. Admirador y promotor de su obra, como de la de otros jóvenes, Nandino refirió alguna vez la manera en que el hermano de Sabines rescató un poema ("Tío Changua") de las llamas, en medio de una borrachera, y se lo dio a Rubén Salazar Mallén para publicarlo en la revista del doctor.

En cuanto dejó la dirección de **Estaciones** vinieron, de 1960 a 1964, los **Cuadernos de Bellas Artes**, proyecto oficial en el cual, por obvias razones, Nandino ya no pudo actuar con la misma libertad. Hasta donde le resultó posible --no cabía igual flexibilidad que en la revistas anteriores, aquéllas realmente fundadas

⁵⁰ Jaime Sabines citado por Aguilar, op. cit., pp. 159-160

por él--, su tónica al frente de esta otra edición fue la de ayudar y promover la obra ajena, en especial la de los jóvenes. Remedo disminuido de lo hecho con antelación, la parsimonia y el burocratismo terminaron por cansar al entusiasta y generoso promotor de nuevas generaciones.

Al regresar, ya septuagenario, a su natal Cocula, Elías Nandino mantuvo viva, casi hasta su muerte, una natural y auténtica inclinación por formar y favorecer a nuevos talentos literarios. En su propia casa tuvo un taller en el cual daba clases y hacia lecturas dirigidas a adolescentes, y esta fue la última y no menos animosa -- no lo arredraban los achaques propios de un hombre nonagenario-- de las tantas empresas altruistas fijadas por quien supo y pudo vivir con absoluta plenitud.

V TEMATICA

1. La Naturaleza

Las primeras experiencias del Nandino poeta nos remontan a su pueblo natal: Cocula. Espacio pródigo y exuberante, y ante el cual la precoz sensibilidad del joven poeta se extasía, sus primeros versos nos remiten a un ámbito natural donde con frecuencia aparecen toda clase de maravillas de la fauna y de la flora.

Cautivado por la obra de José Juan Tablada, quien trajo a nuestro país el Hai Kais japonés, Elías Nandino afinó en su propio cauce lírico --desde Espiral-- una natural vocación a descubrir en la naturaleza todo lo que en ésta se puede albergar. De dicha experiencia va a emanar un sinnúmero de imágenes, unas deleitantes y otras melancólicas, que confieren a su poesía plástico efecto:

ALAMO.

¡Entre sus ramas
cuelga un millón
de monedas de plata!

ARBOL DE MAGNOLIAS.

Eres una jaula verde
donde duermen
blancas palomas extáticas
con el pico bajo el ala.

Otras veces aparece como referente de pasiones o estados de ánimo, pues en la naturaleza ve Nandino reflejados los deseos que pueden simbolizar una pasión humana, como acontece en buena parte de los poemas incluidos en Río de Sombra:

Todo rodeaba mi lecho
al milagro vegetal
del paisaje de tu cuerpo
sobre tu forma dormida,
a mi tacto respondieron

las pestañas de las rosas,
 los rumores de los ríos
 y las nubes enredadas
 en las copas de los pinos.

Pero el poemario que mejor define la presencia de este tema en la obra de Nandino es Poemas árboles, de 1938, en donde la imaginación, el sentimiento y la inteligencia persisten en impecable equilibrio. Por otra parte, el libro en el que establece mayores vínculos con la lucidez característica de Jorge Cuesta --la observación científica del médico participa aquí denodadamente--, se convierte casi en un diagnóstico de laboratorio. Retórico y largo recuento de términos del otro lenguaje que le es propio, el de la alquimia médica, Poemas árboles contiene en suma algunas de sus más vanguardistas y audaces imágenes:

El árbol vascular, del corazón a los dedos,
 encarnado en mi carne,
 enterrado en mi tierra,
 y frutado en el ritmo
 de los golpes constantes de sus ramas calientes...

Y más adelante, con lo que nos recuerda al José Gorostiza de Muerte sin fin, lo móvil del agua le sirve para referir su propia búsqueda:

...pero, siendo yo, estando yo, viviendo yo,
 no he podido encontrarme;
 me pasa exactamente
 como si el agua anhelara su forma precisa,
 como si la luz quisiera mirarse a sí misma,
 o como si todo el aire buscara su sitio.

Con el mar representa la inmensidad y el origen de la vida, por lo que esta segunda constante se desprende de la anterior. Gnóstico propósito, Elías Nandino intenta representarse el que habrá sido el origen del mundo; incluso hasta mesiánica, su poesía presagia un necesario e inminente volver al origen (ni el hombre será capaz de aplacar la furia de los mares):

Todo es del mar y todo vuelve al mar,
 diverso sacrificio de materias

que regresan al seno de las aguas
 por lluvias, brisas, ríos,
 naufragios o destinos,
 y se hunden poco a poco, hasta llegar
 a confundirse con los peces monstruos
 o los perros marinos buceadores.

En Décimas a la flor, de 1945, el autor es capaz de contener la verdad y el instante eternos que la flora alberga. Remate de belleza y esplendor supremos, como escribe Juan Ramón Jiménez al semejar la rosa con el poema perfecto y acabado (*¡No le toques ya más/ que así es la rosa!*: Piedra y Cielo), Nandino delinea a la flor en su esencia. Una de las tantas maravillas que a diario la naturaleza inspira, el poeta llama la atención, como Azorín, en aquello que al común denominador de los hombres pasa inadvertido:

Una flor... ¿qué es la flor?
 ¿A quién una flor conmueve?
 Su nacimiento es tan leve
 que no desnuda un temblor.
 Su existencia es el color
 --eterno en su vida breve--
 y el aroma en que se atreve
 a coronar su esplendor.
 ¡Sólo el que sabe de amor,
 a enamorarla se atreve!

Búsqueda persistente y enconada de una existencia atemporal, eterna --mas no en términos cristianos--, Elías Nandino centra dicha perseverancia en su imperiosa necesidad por asimilarse todo lo que es ajeno a la invención del hombre. Su dicha mayor deviene, precisamente, de este instante a la vez fugaz y eterno, y en el cual, a través de la palabra, consigue la sublime "ilusión" (Borges y El Aleph) de representarse y captar el Universo. La poesía simula, por el poder que el poeta le confiere al lenguaje, el vehículo para tal fin:

Este desembocar en el universo es el momento fundamental de su poesía, el descubrimiento más personal que Nandino nos entrega. La noche, que despliega el amplio mundo de su sensoriedad, constituye el punto de referencia no entre alma y cuerpo, entre un alma que piensa y un cuerpo que la encarcela, sino entre la vida del

universo integrada en una sola instancia suya y la comunión panteísta que lo hace vibrar, estremecerse, pensar, buscar la almendra primordial de todo lo que vive...⁵¹

Y todo lo que vive está imbricado, sin más, en la NATURALEZA, en concepto tomado por Nandino directamente de Spinoza; su perfección es, para el poeta, sinónimo de eternidad... "la naturaleza no se crea ni se destruye; sólo se transforma". Y como Dios vive en la eternidad, parafraseando a San Agustín, el tiempo de Nandino se sitúa en una dimensión del presente --el hoy: el tiempo de todos los tiempos-- que muy nos recuerda la relación entre hombre, naturaleza y sustancia divina planteada por los panteístas. Su poema "La naranja", incluido en Décimas solas, de 1947, da clara cuenta de ello:

Se ve en la rama oscilar
la naranja iluminada.
Es redondez realizada
por una flor de azahar.
Una flor que al expirar
construye con su blancura:
la dorada arquitectura
de un templo inmerso en esfera,
donde se acendra y supera
la acidez con su dulzura.

En Eternidad del polvo hombre y naturaleza participan dentro de un mismo equilibrio, que es el que hace el ciclo de la vida. El polvo implica tan sólo sucesión de lo existente, y tras un leve reposo se transmuta otra vez en vida:

Corporal resurrección
porque todo resucita
y es el polvo en el que habita
la secreta transmisión
de la total sucesión.
En su entraña adormecida,
lo muerto vive escondido
--hombre, instinto, fauna y flora--,

⁵¹ Carlos Montemayor, "El nocturno en Elías Nandino", estudio preliminar a la edición conjunta de Eternidad del polvo y Nocturna palabra, México, CONACULTA (Lecturas Mexicanas No. 43), 1991, p. 16

que al gestar lo que atesora
lo transforma renacido...

...porque no hay lobo ni rosa,
árbol, tigre o mariposa
que algo no tengan del hombre...

Desde de la psicología y la filosofía, Gaston Bachelard abordó el proceso de la creación estética con el afán de descubrir cómo el poeta une el dinamismo psíquico y la reflexión filosófica en su imagen poética. Tratada con un sentido eminentemente lírico, en libros tan esenciales para la causa como La poética del espacio y El aire y los sueños, la teoría bachelardiana ha sido la que mejor ha planteado la función de la poesía y sus estrechas relaciones con lo imaginario. Quien abre todo un campo de estudio, hasta antes de él más bien virgen, pues ni Freud ni Jung habían profundizado lo suficiente en este terreno --marcaron apenas la pauta--, no se concibe hoy ningún acercamiento de carácter poético sin al menos la mención de sus teorías.

Conceptualizador, por antonomasia, de la "fenomenología de la imagen poética", este extraordinario pensador francés descansa sus brillantes y siempre reveladoras disquisiciones en la primicia de que los cuatro elementos naturales son el germen primario e inconsciente de todo ejercicio estético. Hilo conductor de buena parte de la poesía de Elías Nandino, el propio autor llega a reflexionar sobre la presencia de dichas sustancias elementales:

Agua, tierra, aire y fuego:
invencibles elementos
que mezclando sus alientos
con exacerbado apego,
encienden la vida y luego,
cuando su química en guerra
de su nexo los destierra,
la matan con su escisión.
Y libres de nuevo son
aire, agua, fuego y tierra.

En dos de sus últimos libros: Cerca de lo lejos y Ciclos terrenales, en los cuales plantea en muchos sentidos una síntesis de su poética, Nandino abrevia y

concatena los que han sido los temas esenciales en su obra. En el segundo de ellos, uno de los más nostálgicos, rememora el poeta su infancia en un nagauta de haikais asonantados --otra vez las formas japonesas-- que lleva por nombre, precisamente, "Añoranzas". Recuento de sus primeros años en Cocula, el ámbito natural es aquí, y a un mismo tiempo, atmósfera y motivo:

No se olvidan:
primaveras repletas
de golondrinas.

Recuerdo ayer
en los que aún cantaban
saltaparedes...

Las madrugadas:
en que cantos de gallos
me despertaban.

Tardes sin viento:
con bramidos de vacas
y de becerros...

2. La Vida

La primera y juvenil obra poética de Elías Nandino, y aunque en intermitentes fulgores dé cabida ya al que será el motivo neurálgico de su creación futura y mejor acabada: la MUERTE, es un canto matinal a la vida. En Canciones (1915-1919), libro todavía de sondeos y por lo mismo en muchos sentidos ingenuo --Nandino, a diferencia de poetas precoces como Rimbaud, alcanzará su madurez discursiva después de sortear un largo y sinuoso trayecto--, aparece como el más natural y recurrente confesionario de un adolescente. A modo de diario, a través del cual se descubre una vocación y da rienda suelta a pasiones del todo vitales, este primer poemario y el siguiente, Color de Ausencia (1919-1924), ligan a su autor con una muy tardía escuela romántica y con autores como Bécquer y Jorge Isaacs. Por el tono desenfadado de su contenido y muchas de sus imágenes, también es posible hallar en ellos voces posteriores como las de Rubén Darío y Enrique González

Martínez, pues las lecturas del joven poeta ya habían aumentado hasta llegar a los modernistas, para esos años todavía muy leídos, sobre todo en la provincia.

El despertar de un poeta que, conforme avanza el reconocimiento de sí mismo y va ensanchando su cúmulo de experiencias tanto mundanas como librescas, reafirma la imperiosa necesidad de expresarse por medio de la escritura, los libros iniciales de Elías Nandino constituyen apenas un documento biográfico. El mismo escribiría años después, con motivo de una muy exhaustiva revisión que la editorial *Katún* hizo de su obra, y en la cual se incluyó además en el primer volumen aparte de los dos títulos mencionados Espiral (1924-1928):

En este volumen que lleva el número cero, está mi obra de aprendizaje, de la que ahora he retirado algunos poemas por creerlos innecesarios. Con todo lo que encierra este volumen quiero que se le juzgue, tomando en cuenta las fechas y el ambiente en que apareció cada poemario, antes de condenarlo.⁵²

Sin embargo, hay en este primer llamado todo un cúmulo de anécdotas personales que ya muestran el deseo de su autor por asimilarse al mundo y comprender la vida en su más tangencial y pura trascendencia. Sobre todo en Espiral, que publicó la Universidad Nacional y en su gestación estuvo influido por el último --y ya agónico-- impulso del Estridentismo, hay líneas que enfatizan dicho impulso vital de enfrentarse a sí mismo, como las de su poema de entrada "Autodefensa":

Un día,
la voz de la conciencia
me laceraba tanto
que, desesperado,
me coloqué
frente al espejo
y discutí...

(Salí absuelto
y los dos terminamos
llorando...)

⁵² Elías Nandino, "Aclaración" en Canciones, Color de ausencia y Espiral, México, 2a. ed., Katún, 1983, p. 87

Y será a través del verso libre, que Nandino comenzará a trabajar con mayor soltura desde Río de sombra de 1935, donde encuentre el mejor de los cauces para expresar su apego a un existir eterno y sin tiempo:

¿Para qué volvernos viejos
si podríamos vivir
como pájaros, sin flechas?
Las estrellas y la luna,
que tienen siglos de siglos,
no saben de las edades,
porque nacen, siempre nacen
sin saber aniversarios...

El tiempo de Nandino es un tiempo sin barreras, suspendido en la en la eternidad, y ante el cual el escritor absorto experimenta la belleza y el equilibrio absolutos. Sus "Poemas en el vacío", incluidos en el mismo Río de sombra, y que dedica precisamente a Xavier Villaurrutia, nos recuerdan al más astral y ambicioso Jorge Guillén, al de Cántico:

...y subir, subir, subir
hasta el regazo del éter
y mirar desde la altura
la redondez de la tierra.

En el absoluto vacío
--como en el tubo de Newton--
rodar en leve descenso
y bajar todos iguales:
mi cuerpo, el hierro, la hoja...

La poesía de Elías Nandino impacta, sobre todo, por lo que de ella fluye sin reticencias, que es la savia toda de la vida con sus posibles excesos, penurias y contrastes. Y si esperamos que una obra sea el reflejo fidedigno del artista, de su cuerpo y de su espíritu perfectamente fusionados --la poesía no permite tregua alguna--, este autor habló a través de ella sin ambages. El mismo dijo: *Podría decir*

*que viví una esclavitud similar a la que vive el mar bajo el dominio de las fuerzas cósmicas. Mi paz y mis tempestades despertaron de mi temperamento.*⁵³

En términos freudianos, Nandino forjó siempre su poesía en la intención de tratar de exponer las órdenes que su subconsciente le imponía, pues estuvo convencido que el placer, el dolor o el ensueño participan en lo que el hombre ha sido, es y quiere llegar a ser. Entregado en cuerpo y alma a la vida, que fue el mayor sentido y el por qué de su existencia, este cauce poético revela de principio a fin a quien comprendió y aceptó su imperiosa necesidad de vivir intensamente en todos los sentidos.

Y entre esas fuerzas que significan y hacen la vida, la del amor tiene en la obra de Elías Nandino un lugar preponderante. Muy consciente de su naturaleza, este hecho lo llevó a escribir algunos de los versos más intensos de toda nuestra tradición poética; tema esencial que merece un estudio aparte, representa sin embargo la piedra angular de su germen vital.

Y así de su obra emana esta fuerza orgánica, que es la exégesis de su apego al mundo, conforme queda expreso en el esencial poemario Prismas de Sangre, del libro Poesía II que contiene obra entre los años 1945-1948:

Poesía: demonio encarcelado
 en los muros secretos de mi entraña;
 impulso infatigable de una herencia
 que se vierte en el mundo de mis ansias;
 la fuerza de una vida subterránea
 que conmueve los mares de mi sangre...

Poesía emotiva, palpitante, que fluye de la vida y el deseo mismos, parece encontrar en Nandino a su más declarado apóstata cuando hace de la MUERTE el otro de los temas esenciales en su obra. Pero para él la muerte no es la antítesis de la vida, su negación; constituye apenas su complemento. Oscilación por medio de la cual se cierra el círculo de la existencia, los extremos se juntan cuando aquí la necesidad de desaparecer se inhibe, fugazmente, para volver a surgir:

La flor no muere jamás,
 su muerte otra flor empieza.

⁵³ Elías Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 15

De la flor que se desploma
 un fruto viene a la vida...
 La flor se muere y yo siento
 el hueso de la flor que deja.

Sin embargo, la piedra angular en este profundo sentir de Elías Nandino por la vida y sus posibles enigmas adquiere mayores proporciones en el que en su caso resulta ser un muy acendrado e incisivo panteísmo. Desde el epígrafe mismo de Nocturna Suma, uno de sus libros esenciales, que abre con este revelador verso de Emerson ("God is; and God is me"), hace énfasis en una inconmensurable voluntad por comprender el Universo y la Creación.

Consciente nuestro poeta de que el hombre ha sido incapaz de responder a las interrogantes sustanciales, y como decía Papini *...la filosofía y la religión han fracasado en dicho empeño...*⁵⁴, su búsqueda se torna a la vez dramática y gozosa. Un acto en apariencia masoquista, pues se sabe también mortal e imperfecto, la poesía lo lleva tan sólo a aceptarse como una parte más de esa eternidad que, como DIOS, resultará siempre indefinible e impronunciable. La mayor dicha deviene, y en este sentido Nandino se inscribe dentro de nuestra tradición mística, cuando el poeta le atribuye a la palabra un poder más que referencial:

...y si gozo al contar, es porque siento
 que busco a Dios, contando sus estrellas.

Yo siento que es la entraña
 de la abierta corola universal,
 y lo adivino
 lo mismo en el relámpago asesino
 que en la luz que del astro se deserta.

Es imposible atesorar lo inmenso
 --la esencia sin final y sin comienzo--
 en patética forma dolorida.

¡Dios es eternidad!
 y su presencia
 abarca desde el cielo a mi conciencia,
 y El es Todo,

⁵⁴ Giovanni Papini, "Visita a Hitler, o de la dictadura", en Gog y El libro negro, México, Porrúa, 1984, p. 259

y yo parte de su vida.

A pesar de ello, el Dios de Nandino, como el de otros poetas de ascendencia panteísta, es un ser único y sui generis. Producto de una muy especial asimilación del mundo, la que resulta de acercarse a él a través de una sensibilidad igualmente única --el poeta actúa, según Rimbaud, en función de sus "sabias emociones"--, la poesía misma se convierte en una extensión más de ese Todo. Así aparecen dentro de Nocturna Suma, pues la noche proporciona a Elías Nandino el estado óptimo para dichas revelaciones, dos poemas que son de enorme sugerencia. "Poema de mi fe" establece la pauta primera:

Es que no necesito de dogmas religiosos
para creer en Dios.
...y este poema
que, aunque no puede asirse,
me circula por dentro, creo en Dios: ¡Poesía!

"Poema en el espacio", que es el otro y podríamos decir constituye su complemento, nos confirma los antes citados atributos que el propio Nandino confiere a la poesía y quienes con ella intentan abrir las escotillas de lo desconocido:

Hay ojos que no quieren jamás mirar al cielo;
que no saben de estrellas, ni de rayos de luna,
ni de soles errantes; porque están demasiado
pegados a la tierra...

¡Qué pavorosa hondura! ¡Qué abismo de silencio!
¡Qué caída hacia arriba cuando intento mirar
lo que ya no se ve! ¡Qué subir sin llegar
para volver sin nada!

Una nube, mil nubes y millones de estrellas;
la luz que se desnuda de siglos de distancia,
y yo solo en el Mundo que apenas es arena
en el Orbe Infinito...

Ilusos quienes suponen que la literatura, y por ende la poesía, debe ser tan sólo deleite y complacencia. ¡Nada más errado que esto! El arte en general, entre

sus muchos propósitos y obligaciones, está destinado a enfrentarnos con nuestra propia imagen tanto grotesca como sublime. En términos wildeanos, *la poesía impone un tobogán que nos arrastra sin freno hacia adentro*⁵⁵, y para Nandino las más de las revelaciones conducen al poeta a experimentar a diario sus más atroces desventuras y requiebros:

Mas tengo por fuerza que sentir lo que siento,
que sufrirlo en silencio y al exterior callar.
Poeta sin palabras, ¡qué terrible tormento!,
mi voz impronunciada me tiene que matar...

O lo que es aun peor:

Dudar es asistir a la tragedia
de pensar en que somos solamente
dibujos suspendidos en el aire,
espectros en delirio
o pozos de tortura en el espacio.
Dudar es platicar con la zozobra,
inventarnos la voz que nos contesta
sin saber distinguir quién la pronuncia;
cometer el delito de invadirnos
acosando a preguntas
al indefenso cuerpo que habitamos.
Dudar es ver sin ver, es atrevernos
a descifrar a Dios,
y transitar descalzos de la carne
por ámbitos, rincones y torturas,
con la viva obsesión de espera y duda;
y el que duda y espera
es que tiene su fe, y está seguro
de que buscar a Dios es poseerlo.

Otro de sus libros que mejor describen su amor por la vida, a la cual se entregó sin dilación, es Nocturno día, de 1959, todo él un gran y fraternal poema al

⁵⁵ Oscar Wilde, "Observaciones sobre la decadencia de la mentira", en Obras completas, 1a. ed. mexicana, Aguilar, 1991, p. 973

hombre universal. Muestra de indignación ante la barbarie, el dolor y el crimen propios de la guerra (canto de anexión a Cuba), Nandino echa mano aquí de un epígrafe de Rimbaud: *Voici le temps des Assassins*. También canto de esperanza frente al exterminio que presagia el posible empleo de la bomba de hidrógeno (arma letal que acaba por descubrir la estulticia de nuestra condición), las notas de José de la Colina hacen énfasis en un irascible llamado del autor para con la intolerancia de quienes tienen enfrascado al mundo en una guerra fría sin tregua:

Esta vez Elías Nandino abandona el ámbito íntimo de su fervorosa poesía para presentar, con el mismo fervor, pero con intenciones de una mayor comunicación, de un diálogo más universal y necesario, este poema suscitado por la indignación.

Alguien dijo que la indignación es una de las formas más exaltadas del amor. Por eso este libro, al expresar el odio contra el odio mismo y la barbarie, al testimoniar y condenar el gran miedo y la gran vergüenza de nuestros días, es, como otros de Nandino, un libro de amor. Amor a todo lo vivo, como lo ha predicado esa voz sabia y magnífica desde Lambaréne.

Este libro demuestra que si el nuestro es el tiempo de los asesinos, como dice Rimbaud, todavía es el tiempo de los poetas.⁵⁶

Profundamente conmovido por las luminosas palabras de Albert Schweitzer en Paz o guerra atómica, quien sobre todo teme por un desplazamiento de las que él considera las verdaderas preocupaciones culturales, Nandino dio a luz su extraordinario y vitalísimo Nocturno día. Tesis del pensamiento hecha obra de arte, este espléndido poema confirma una vez más cómo la literatura --y en consecuencia, todo el Arte-- puede contener mucha más filosofía que la historia, o incluso que la filosofía misma. Elías Nandino exagera y lleva hasta sus últimas consecuencias lo planteado por el filósofo alemán:

El espíritu constituye una poderosa fuerza en la transformación de las cosas. Lo hemos visto obrar, como espíritu del mal, logrando lo increíble: arrojarnos del estado de preocupación por la cultura espiritual a la barbarie. Pero ahora ¡confiemos en esta capacidad del espíritu para que los hombres y los pueblos vuelvan otra vez a tener conciencia cultural.⁵⁷

⁵⁶ José de la Colina, "Notas preliminares" a Nocturno día, México, Editorial Estaciones, 1959, solapa

⁵⁷ Albert Schweitzer, Paz o guerra atómica, México, F.C.E., 1958, p. 65

Por su parte, el poeta dice:

Un hombre en que convergen las heridas
de los heridos cuerpos en desangre;
la isla en que rebotan los gemidos,
las miradas vidriosas, los tormentos
y el infantil azoro ante el relámpago
de las sierpes en ira detonante
que vuelve quemazón los horizontes...

Un hombre en la oquedad de su volumen
que a fuerza de pensar, su frente enalba,
faro ciego que alumbraba con latidos,
vidente que en el fondo de sus muros
descubre el movimiento del peligro
que ronda sin descanso y que prepara
su golpe ilimitado de exterminio...

Y más adelante, pues Schweitzer asegura *que en una guerra atómica no hay vencedores, sino sólo vencidos*⁵⁸, cierra con su último grito de esperanza:

No se encuentra un rincón en que no vibre
la voz de alarma, la palabra henchida
de rigor humillante y la mentira
embalsamada con letal promesa...

Ni derechas ni izquierdas, frente a frente
nos debemos mirar: todos hermanos
con imanes naciéndonos del cuerpo,
con los brazos en cóncava ternura
y en los labios la auténtica palabra
en floración de rayos fraternales...

...y los bosques, las cumbres, las llanuras,
los rosales, las piedras y los cactus,
como infinito palomar, que canten
EL TOTAL ARMISTICIO DE LOS HOMBRES.

⁵⁸ Ibid., p. 36

Y así llegamos a Nocturna palabra de 1960, el que para Carlos Montemayor representa sin duda el libro esencial y definitivo en la creación de Elías Nandino. Obra de madurez tanto poética como existencial, en ella coinciden todas las obsesiones de quien aquí alcanzó la maestría y el equilibrio absolutos. La voz más auténtica y precisa del autor, con Nocturna palabra consigue su síntesis poética, por antonomasia. Alí Chumacero --su primer editor-- entrevé en este poemario la consumación última de las búsquedas inmanentes en Nandino:

En uno y otro casos, anima al escritor la causa de la poesía que reconoce en el hombre sus miserias y al mismo tiempo su grandeza. Todo ello reducido a la palabra escrita, altamente lírica, en donde aquellas corrientes dan cauce al fluir de las emociones.

Es característica de Nocturna palabra, además, su inclinación a buscar en la noche y a solas los temas predominantes. A oscuras, guiado por la luz de los sentidos, Nandino descubre en los objetos extrañas cualidades que no son visibles a primera vista, y las recrea desde el fondo de sus sentimientos hasta tornarlas en obras artísticas que comparten el testimonio personal y social. Acaso descarnados, concebidos con un vigor que no renuncia a advertir que el mundo existe de acuerdo con un concepto que prevé la lentitud de su desplome --cuando no su permanencia en la impasibilidad--, estos poemas reflejan marcadamente la sombra del poeta hermanada con la angustia del hombre. Tal es el propósito de Nandino al escribirlos y todos los frutos de su pasión por revelarlos.⁵⁹

Libro en el cual incluyó también Elías Nandino sus anteriores Nocturna Suma, Nocturno amor y Nocturno día que apenas había publicado en pequeñas ediciones de autor, y ahora corrigió y aumentó para la hecha por el Fondo de Cultura Económica en el número 60 de su colección Letras Mexicanas, los nuevos poemas que conforman propiamente Nocturna palabra son el hilo neurálgico en este capital texto. Volumen fundamental dentro de la historia de la poesía mexicana moderna, vuelve a insistir por otra parte en ese llamado vital que el escritor le confiere al lenguaje cifrado:

Inaudible latir de excavaciones
son las palabras idas
que siguen existiendo sin semblante
en el libre escondite del espacio.
Son ánimas en pena

⁵⁹ Alí Chumacero, "Notas preliminares" a Nocturna palabra, México, F.C.E., 1960, solapa

que imploran al instante que articule
 el vértigo sonoro de las sílabas
 o la tumba de las letras
 en donde puedan esperar los ojos
 que, al leerlas, exhumen su vivencia
 y de nuevo les hundan
 el albor remozado de la imagen...

Profunda sensación del Todo, que es el origen de la vida y sus incógnitos, la eternidad vuelve a tornarse acento medular de una búsqueda de sí mismo que va más allá de cualquier tiempo y de cualquier espacio:

Entonces palpo mi verdad que asoma,
 el asunto vital de mi cósmica esfera
 compartiendo el dominio del inmortal empuje
 del principio de todo y de todo en principio;
 porque detrás de lo que no se toca,
 de lo que nace y en la muerte acaba,
 está lo que no puede cambiar, lo que es eterno
 por siglos de los siglos de los siglos
 y permanece ileso,
 desnudo, inmaterial, libre, abarcante:
 esencia de esencia recién nacida siempre...

Llamado interior que constituye a un mismo tiempo obligada denuncia y necesidad de redención, pues el SER es al fin de cuentas el destino último en la poesía de Nandino --un firme y declarado humanista, en el más amplio sentido del término--, todo adquiere aquí valor en función del Hombre de hoy y de siempre. Soliloquio en el cual el verso parece fluir solo y llega a sorprender al propio poeta, que se torna a la vez parte observante y observada, el autor contempla atónito el despliegue del Universo; su voz no hace más que nombrarlo.

Producto de esa voz interior que emana sin remedio, pues Elías Nandino considera que el auténtico poeta se limita tan sólo a configurar un mensaje que es de todos y a él no pertenece, la imperiosa necesidad del poema le confiere a su obra inminente atemporalidad:

El poeta, en el lecho derribado,
 sufre el indomable parpadeo
 de la nocturna voz que lo persigue:
 voz propia, ajena o cósmico mensaje
 que al hundirse en la luz de la memoria
 será, tarde o temprano, verbo puro,
 imagen que florezca en la palabra
 o delirio que encuentre su semblante...

Poeta cuya concepción del mundo trasciende lo tangible e inmediato, para inscribirse así dentro de la más estimable tradición poética de alcances filosóficos, Nandino nos descubre un espíritu existencial sin ambages ni retórica. Con una muy particular idea de los que aborda como temas sustanciales de la existencia, y que también lo induce a una sui generis religiosidad panteísta, su mejor poesía representa un ejemplo fehaciente más de la tesis urdida por Pedro Salinas (Jorge Manrique o Tradición y Originalidad) en torno a la figura del autor de Coplas a la muerte de su padre.

Carlos Montemayor, su más agudo y preciso crítico, ha llegado a la esencia del espíritu poético de Nandino, que el ensayista reconoce sobre todo en los mejores versos de Nocturna palabra. Por otra parte, insiste de igual modo en los vínculos categóricos que relacionan a nuestro poeta con los demás Contemporáneos, y que al fin de cuentas le ameritan pertenecer --el propio Montemayor aquí se contradice-- a tan valiosa generación:

La religiosidad de este libro no es cristiana, no es una búsqueda de Dios como Pellicer o Gorostiza lo entendieron. La contemplación del mundo, de la vida compleja y diversa que alberga, del hálito que sostiene la forma de vida en el cosmos, lo integra en una larga tradición de conocimiento iluminado, que de algún modo demuestra la universalidad de su obra.

Sin que me proponga un estudio comparativo a fondo de los Contemporáneos, Nandino coincide con ellos en muchos aspectos. En principio, Cuesta y él fueron los dos únicos científicos del grupo, y también los únicos que hablaron de la materia del mundo como asunto propio, de valores científicos, fragancias o movimientos de laboratorio. Con Cuesta coincide, además, en la intención de alcanzar la esencia, la permanencia secreta de la materia. Para uno, esa búsqueda fue la de un dios mineral, desentrañado como origen del lenguaje; para el otro, en el encuentro con la noche y el fulgor del mundo, lo fue su pasión por expresar su poesía. En Cuesta, la voz del poeta resuena con la voz del demonio; en Nandino,

El poeta, en el lecho derribado,
 sufre el indomable parpadeo
 de la nocturna voz que lo persigue:
 voz propia, ajena o cósmico mensaje
 que al hundirse en la luz de la memoria
 será, tarde o temprano, verbo puro,
 imagen que florezca en la palabra
 o delirio que encuentre su semblante...

Poeta cuya concepción del mundo trasciende lo tangible e inmediato, para inscribirse así dentro de la más estimable tradición poética de alcances filosóficos, Nandino nos descubre un espíritu existencial sin ambages ni retórica. Con una muy particular idea de los que aborda como temas sustanciales de la existencia, y que también lo induce a una sui generis religiosidad panteísta, su mejor poesía representa un ejemplo fehaciente más de la tesis urdida por Pedro Salinas (Jorge Manrique o Tradición y Originalidad) en torno a la figura del autor de Coplas a la muerte de su padre.

Carlos Montemayor, su más agudo y preciso crítico, ha llegado a la esencia del espíritu poético de Nandino, que el ensayista reconoce sobre todo en los mejores versos de Nocturna palabra. Por otra parte, insiste de igual modo en los vínculos categóricos que relacionan a nuestro poeta con los demás Contemporáneos, y que al fin de cuentas le ameritan pertenecer --el propio Montemayor aquí se contradice-- a tan valiosa generación:

La religiosidad de este libro no es cristiana, no es una búsqueda de Dios como Pellicer o Gorostiza lo entendieron. La contemplación del mundo, de la vida compleja y diversa que alberga, del hálito que sostiene la forma de vida en el cosmos, lo integra en una larga tradición de conocimiento iluminado, que de algún modo demuestra la universalidad de su obra.

Sin que me proponga un estudio comparativo a fondo de los Contemporáneos, Nandino coincide con ellos en muchos aspectos. En principio, Cuesta y él fueron los dos únicos científicos del grupo, y también los únicos que hablaron de la materia del mundo como asunto propio, de valores científicos, fragancias o movimientos de laboratorio. Con Cuesta coincide, además, en la intención de alcanzar la esencia, la permanencia secreta de la materia. Para uno, esa búsqueda fue la de un dios mineral, desentrañado como origen del lenguaje; para el otro, en el encuentro con la noche y el fulgor del mundo, lo fue su pasión por expresar su poesía. En Cuesta, la voz del poeta resuena con la voz del demonio; en Nandino,

es la propia voz de cosmos, la palabra de la noche primordial, del Dios que es la comunión de todo lo que, piedra, insecto, ave, fantasma, hombre, vive en el universo: la Nocturna palabra....⁶⁰

Expresión sublime de lo que el cosmos alberga y nuestra propia y frágil naturaleza no es capaz de concebir, Elías Nandino llega a la simbiosis perfecta del Hombre con el Todo. También ilusión de eternidad, el poeta descubre el sentido y la acción de la vida ante lo más inmenso y lo más pequeño:

El hombre es parte, síntesis y suma
del misterio total que lo rodea,
que lo cubre, lo incubre y lo trasciende;
es dinámica gota que se aúna
al sistema solar de donde vino
y al que tiende su mudo acercamiento;
es nostálgico arranque involuntario
que permanentemente lo difunde
hacia el imán eterno de su origen...

Ante una poética que revela la filosofía vital de su autor, su profundo y elevado sentido de la existencia, Nandino se nos enseña sin dogma ni estereotipo alguno. Ajeno a preocupaciones o intereses banales, cuando no vulgares, transparenta en su poesía un panteísmo o empatía universal que encuentra en Dios, que es el Universo mismo, la razón definitiva de cuanto sus sentidos e inteligencia pueden percibir:

El nos forma, nos vive, y nos derrumba
para alzarnos en vuelo sin caminos
por todos los caminos del espacio.
Sin esperar un cielo prometido,
sin tener un infierno incinerante,
sin volcarnos en preces codiciosas,
vivamos nuestras horas sucesivas
como absoluta eternidad gozada,
abrigando la íntima certeza
de que alguna razón tuvo el Misterio
para crear sobre la Tierra al Hombre

⁶⁰ Carlos Montemayor, op. cit., pp. 11-12

¡La total experiencia de la vida
en derroche de amor purificada!

El mismo Montemayor insiste en esta savia vital contenida en la poesía de Nandino, y que al fin de cuenta concentra su tesis última respecto a Dios, al referirse a las "Décimas al polvo" contenidas en Eternidad del polvo de 1970. Afirma, a este respecto, que la muerte en dicho poeta se manifiesta viva y siempre próxima al reconocimiento de su propia existencia:

...es posible encontrar aquí tres afirmaciones principales: una, que la muerte es parte de la sucesión de vidas, y que se muere para nacer y no se nace para morir; segundo, que los hombres están unidos a todo, formando una red de comunión mediante el cuerpo mismo; tercero, que no se trata de una doctrina de la transmigración de las almas, sino de un panteísmo. Y aquí reside su singularidad dentro de la poesía mexicana; no es una postura filosófica, sino la descripción llana de su propia vivencia corporal...

No es aquí el comportamiento piadoso lo que hace trascender, lo que redime; no es una moral cristiana lo que salva al hombre, sino la búsqueda de la esencia, la revelación de su hondo suelo interior en que la vida pertenecerá siempre al cosmos entero, como concluye la penúltima estrofa de "Nostalgia de tierra"...⁶¹

A saber, y conforme su acepción no menos vital del polvo (San Pablo y los místicos más ortodoxos): ***...porque vengo de ti, soy lodo en trance/ que a fuerza de nacer y de morir,/ ha de llegar a definir su esencia/ para ser en el cosmos vida eterna.*** De la vida a la vida, conforme queda implícito tanto en Eternidad del polvo como en Ciclos terrenales, morir implica una EXISTENCIA eterna sin tiempo y sin espacio; otra vez, en definitiva, su gnóstico concepto de Dios:

Al finalizar el plazo
de su vida, el hombre vuelve
a la tierra que lo envuelve
con su maternal abrazo.
En ese oscuro regazo
por años --siglos quizá--
aprimado estará
su cuerpo desfigurado;
pero el regazo cerrado

⁶¹ Ibid., pp. 18-19

EL TIEMPO A TIEMPO ABRIRA...

3. La Muerte

Sin duda el tema preponderante en la poesía de Elías Nandino, por lo que los más de los juicios sobre su obra coinciden en afirmar que hace de él su mayor obsesión, la MUERTE figura en su caso, al fin de cuentas, como una prolongación de la vida. El destino último de su creación, cuando no el erotismo --Eros y Tánatos--, la muerte complementa dentro de su poética el círculo abierto por la vida.

Sincera inclinación por la cual también coincide con algunos de los Contemporáneos, como Villaurrutia, Gorostiza o Pellicer, la profesión de médico le permitió a Nandino tener un contacto directo con la muerte, y por lo mismo una más clara y completa apreciación de sus posibles significados.

Muy cercano a Xavier Villaurrutia, experiencia ya agotada en unidad anterior (Nandino y los Contemporáneos), algo de lo que más compartió con tan entrañable amigo fue precisamente la presencia del tema de la muerte en ambos cauces poéticos. A pesar de ello, y aunque se rescaten innegables puntos en común, existe una notoria diferencia: Nandino experimentó desde muy joven el hecho de que cada instante vivido, como se lo hacían ver sus pacientes, implica una fuga en la que se busca no morir. Por otra parte, y de igual modo dimanada esta idea del sufrimiento y la agonía en sus enfermos, estaba convencido de que el dolor está en la vida y no en la muerte (*la muerte no es la que mata, sino que nada más espera*); para quien siempre quiso saber si el acto de morir es un deleite o un dolor, en su poesía la muerte representa tan sólo la entrada al reino de la calma imperecedera.

Resulta curioso cómo desde sus primeros versos, sin que todavía haya descubierto vocación médica alguna, aparece ya este tema vinculado al dolor, mismo que proviene de los infortunios de la vida y no de la muerte; por el contrario, ésta ya no inspira desconfianza sino promesa:

Es el dolor del fastidio
del indolor que no acaba
y que descubre en la muerte
que se desborda en mis ansias...

...y la muerte
ya no inspira temor,

sino que ahora
es una esperanza amada...

Y si la muerte es un elemento constante desde su primera poesía, éste sin duda se afianzó en el conocimiento inmediato del dolor y de la agonía de sus pacientes, o bien de la desesperación o la hipocresía de los allegados al enfermo. El camino más corto en su sensibilidad hacia la comprensión del ser humano, como lo anota Alí Chumacero que *lo mejor de la poesía de Nandino responde a una perpetua interrogante del dolor del mundo*⁶², la muerte surge aquí como respuesta inmediata y única puerta de salida.

Quien --como también en Villaurrutia-- se propuso dialogar con la muerte y descifrarla, convivir con ella, el autor de Nafragio de la duda creemos logró acceder en vida a la suya propia. La hizo su amante, su más cercano confidente, y como en el amor, que trae consigo gozo y aflicción, deleite y displacer, experimentó en el acto los más contradictorios efectos. Jorge Esquinca define con bastante precisión dicho encuentro:

Amorosamente asediado por la muerte durante toda su vida, Elías Nandino ha logrado lo que muy pocos --aun al filo de la edad-- alcanzan: ver a través de la muerte y ver en ella el fin y el complemento de una existencia. La muerte y el amor son los dos temas que más ha frecuentado Nandino a lo largo de su ya voluminosa obra poética. Y es precisamente en los Nocturnos, pues la noche configura el espacio idóneo, donde se fraguan los momentos más intensos de esta búsqueda incansable en el seno del misterio que la muerte encierra.⁶³

Ya perfectamente compenetrado con esta su mayor preocupación, en Eco (diálogo consigo mismo; un auténtico monólogo) establece el poeta la que será la directriz clave en su obra: MUERTE-NOCHE-SUEÑO. Eje sobre el cual descansa buena parte de su itinerario poético, pues el estado de ensoñación constituye, según la tradición, el más perfecto de los simulacros de la muerte --"costumbre de morir a diario", en palabras del propio autor--, representa de idéntica manera el vehículo que lleva a Nandino a indagar dentro de sí, como se infiere en los siguientes versos de uno de sus "Sonetos de insomnio":

⁶² Alí Chumacero, *ibidem*

⁶³ Jorge Esquinca, "Prólogo" a Costumbre de morir a diario (Siete nocturnos), Guadalajara, México, Departamento de Bellas Artes y FONAPAS de Jalisco, 1982, p. 3

Con mis ojos cerrados miro un mundo,
 un mundo que no miro en plero día
 y llego hasta mis sueños, pero el sueño
 me regresa en sus brazos a mis brazos
 y me clava de nuevo con mi cuerpo
 para evitar que me despierte muerto.

Y más adelante, ya en Río de sombra, se plantea el eterno dilema existencial que, entre otros, Shakespeare y Calderón de la Barca llevaron hasta sus últimas consecuencias:

Tengo miedo de saber
 si estoy dormido o despierto
 y de llegar a creer
 que no soy el que me siento.

Mucho más categórico al respecto se muestra en sus siguientes Poemas árboles, libro que en su extrema retórica --no está, en definitiva, entre los mejores-- contiene algunos atrevidos versos e imágenes de suma revelación. El poema que los concatena se llama precisamente "Instantes de muerte", y en él, vínculo Eros-Tánatos marca el camino:

Una lluvia de alas humedece mi cuerpo,
 un flagelo de lirios desbarata mi carne,
 unos labios de acero van sembrando la muerte
 y una muerte de niebla va cubriendo mi vida.

Unas horas de muerte circularon errantes
 por las venas de esencia que entreveran mi carne;
 quedé muerto esas horas y gocé con el frío
 de azucenas de éter por mi tierra en sequía...

En su poema "Suicidio lento", de este mismo libro, vuelve a hacer énfasis en dicha naturaleza o inclinación mortuoria que lo lleva a establecer un perpetuo circunloquio con el óbito. A partir de su personal y única experiencia cotidiana, pues como escribió Pavese en sus magistrales Diálogos con Leucó ("La Quimera"), en voz de Sarpedonte: *Nadie se suicida. La muerte es destino...*⁶⁴, Nandino reafirma una

⁶⁴ Cesare Pavese, Diálogos con Leucó, México, U.N.A.M., 1991, p. 29

vocación sobre la cual mucho reflexionó (***...y tengo que vencer la muerte viva/ o tengo que sufrir la muerte ajena***) pero jamás pensó siquiera resolver en mano propia:

Suicidio lento, largo, voluntario,
fuego sin llama que me va quemando;
anhelos de llegar yo no sé dónde
en busca de cansancio y de fatiga
para matar la carne de mi carne...

Dicha dualidad apuntala, de igual modo, sus excelentes Sonetos de 1939, en donde el poeta reconoce una insoslayable herencia para con Baudelaire y su indirecto discípulo Ramón López Velarde. Del autor de Las flores del mal se vale, precisamente, para el siguiente epígrafe: *El enamorado, palpitante de emoción, al inclinarse sobre el bello objeto del amor, tiene el aire de un moribundo que acaricia su tumba.*

Y si el sexo es la herida mortal por donde el cuerpo se desangra, la pasión constituye en la poesía de Nandino --en este sentido, de igual modo se inscribe dentro de la más firme tradición lírica de occidente-- aquella vorágine en continua oscilación entre la vida y la muerte:

En el cauce potente de tu vida
voy siguiendo la ruta de mi muerte,
y preso de tus ondas, sin temerte,
prosigo tu carrera enardecida...

Y no puedo matar, porque matarte
es acabar tu vida, en que yo quiero
la mía exterminar, sin alcanzarte.

Quien confesó haber vivido siempre con la muerte a costas ("Costumbre de morir a diario"), en sus Décimas solas, de 1948, prosigue una interlocución --más bien auténtico soliloquio-- que por momentos se torna violenta y hasta trágica. Recordemos al Segismundo de Calderón de la Barca, quien desde la primera jornada de La vida es sueño se pregunta, terriblemente apesadumbrado, cómo es posible que en su mayor albedrío tenga menos libertad y viva opreso en la angustia. La más severa y dramática paradoja que se desprende de nuestra condición

racional, sobre todo con quienes llevan dicha facultad hasta sus últimas consecuencias, nuestro poeta se conduce en esta interrogante sin eufemismos de índole alguna:

¿Por qué no aprendí a vivir
 como viven los demás:
 contentos con existir
 sin interrogar jamás?
 ¿Por qué este afán de inquirir
 con esta duda tenaz,
 que no se puede extinguir
 y crece en ansia voraz?
**¡EL HOMBRE QUE INQUIERE MAS
 SE MUERE ANTES DE MORIR!**

Y más adelante, en este mismo anhelo existencial por descifrarse --otra vez el autor de El alcalde de Zalamea--, Elías Nandino insiste en lo infructuoso de tal embate:

Es inútil asomar
 la mirada a mi vacío;
 es en vano el desafío
 al quererme descifrar.
 Nada me puede explicar
 el error de mi albedrío.

Sin embargo, como escribe Segar, la duda es el comienzo de toda sabiduría... Y la poesía encuentra el por qué de su existencia, que es a la vez sufriente y gozosa, condenatoria y reivindicante, tautológica y reveladora, en un virtual concierto de sensaciones, emociones y conceptos que tienen su primer origen en el interior desordenado del poeta. El será, en consecuencia, el encargado de tratar de restituir dicho equilibrio a través del lenguaje; es su esencia poética capaz de inducirnos a toda clase de cuestionantes, muchas de ellas sin respuesta, y en las mismas encontramos el sentido, unas veces doloroso y otras satisfactorio, a nuestro paso por este mundo.

Nafragio de la duda constituye, a este respecto, uno de los más inquisitivos y aleccionadores libros de Nandino. Un único y largo poema con el que se abisma el

autor en terribles cavilaciones y devaneos existenciales (*Dudo, mi Dios, y sin embargo creo*), nos deja claro que la auténtica poesía no debe tornarse pasiva y mucho menos complaciente. En su virtud de poder ser más filosófica que la historia, e incluso que la filosofía misma --nada resulta ajeno a ella--, su voz poética adquiere aquí vasta dimensión y honda resonancia.

Y así arribamos por fin a Triángulo de silencios, de 1953, donde mucho de lo inquirido encuentra deducciones de muy profundo alcance metafísico. Si en sus anteriores libros no había aún respuesta a tantas interrogantes, en "Décimas a mi muerte", por ejemplo, él mismo deduce con la frialdad y la lucidez que años atrás el propio Villaurrutia había reconocido en la expresión de Nandino:

He de morir de mi muerte,
de la que vivo pensando,
de la que estoy esperando
y en mi obsesión se convierte.
Mi voz oculta me advierte
que la muerte con que muera
no puede venir de fuera,
sino que debe nacer
de la hondura de mi ser
donde crece prisionera.

Y más adelante, en absoluta consciencia, agrega:

De tanto saberte mía,
muerte, mi muerte sedienta
no hay minuto en que no sienta
tu invasión lenta y sombría.
Antes no te presentía
o procuraba ignorarte
pero, al sentirte y pensarte,
he podido comprender
que vivir es aprender
a morir para encontrarte.

El escritor y crítico norteamericano Frank Dauster, en sus Ensayos sobre la poesía mexicana, manifestó a este respecto algunos juicios certeros sobre la obra de

Elías Nandino, a quien empieza por definir como *poeta de muy sincera vena renacentista*⁶⁵. Acucioso y muy atinado lector de nuestra lírica, que con toda fortuna denominó como especialmente proclive a la melancólica y severa introspección, como años atrás había afirmado el propio Villaurrutia en su luminosa Introducción a la poesía mexicana, con muy pocas palabras Dauster consiguió precisar el espíritu poético de Nandino:

La última poesía de Nandino ostenta una bien definida trayectoria religiosa. Triángulo de silencios es el testimonio de un hombre acosado por la duda, debatiéndose entre la fe y el pensamiento que la derrumba... Nandino es un atormentado por la razón, lanzado a los infinitos del razonamiento... Y no es lo de menos en estas líneas subrayar el significado del hecho de que este hombre, atormentado toda la vida por la muerte, ya que la siente cerca, ha sabido transmutar su dolor en amor hacia la humanidad.⁶⁶

En "Décimas a un poeta difunto", que en este mismo libro dedicó a su muy querido amigo Xavier Villaurrutia, recientemente fallecido (*siempre he tenido la certeza de que Xavier se entregó a la muerte*⁶⁷), da cabida a otro de los afluentes que a modo de corolario se desprende del anterior. La SOLEDAD constituye, además, el cauce doloroso en el cual desemboca quien, a través de la catarsis poética, da rienda suelta a la honda aflicción provocada por la pérdida de sus más entrañables seres:

El corazón de tu muerte
palpita sin movimiento
en el hondo firmamento
de mi ardiente soledad...

Estas Décimas surgieron a raíz de un sueño que, como proponía Breton en su Manifiesto surrealista, el propio Nandino interpretó (***Si hubieras sido tú lo que en las sombras, anoche/ bajó por la escalera del silencio/ y se posó a mi lado...***) a partir de muchos de los elementos presentes en la misma obra nocturna y onírica de Villaurrutia. Hecho que lo marcó hasta su propia muerte, fue la pauta también de poemas ulteriores:

⁶⁵ Frank Dauster, Ensayos sobre la poesía mexicana, México, Ediciones Andrea, 1951, p. 87

⁶⁶ Ibidem

⁶⁷ Elías Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 147

Después que él desapareció, una noche soñé que estaba en una casa similar a la mía, acostado. Oí que tocaban la puerta, e hice a un lado las cobijas y fui a abrir. Era Xavier quien llamó y al abrirle dije: "¡Pásale!" "¿Cómo estás?" Al llegar a mi cuarto, se sentó en una silla que estaba cerca de la cama. Nos pusimos a platicar y a reír igual que siempre, y de pronto el dijo: "Dame un cigarro". Al levantarme de la cama en la que estaba recostado mientras hablábamos, puse mi mano en su rodilla... y sentí el vacío. ¡En ese instante regresé a la conciencia plena como si saliera a flote de alguna parte!

¡Tuve que recordarme a mí mismo que él ya estaba muerto!

Ese sueño se quedó dentro de mí como un dolor y luego salió convertido en poesía...⁶⁸

Mucho se ha escrito sobre la poesía como género de inminente expresión juvenil --entre otros casos, el ya muy estudiado de Rimbaud--, y lo mejor de Elías Nandino se encuentra sin duda en su obra de madurez... En este sentido, pues los años anteriores habían sido de gestación y búsqueda incesante, la década de los cincuenta (desde Nafragio de la duda hasta Nocturna palabra) marca el hallazgo definitivo en su transcurso poético. Entre otros versos de innegable y sincera profundidad, y que tanto en su forma como en su contenido responden al más clásico de los Nandino --esta vida, en cuanto temporal, es tan sólo cárcel--, los últimos títulos de Triangulo de silencios abren el período esencial dentro del amplio catálogo de este poeta mexicano:

A ciegas voy caminando
 por la orilla silenciosa
 de tu ausencia misteriosa
 donde te estoy escuchando.
 Yo sé que al irte buscando
 acelero mi caída,
 porque la lucha atrevida
 de mi obstinación por verte,
 es ansiar mi propia muerte
 para asomarme a tu vida.

Y aquí surge otro triángulo, que es el que en última instancia da título al mencionado poemario y va a ser sostén de buena parte de la obra siguiente de Nandino: SILENCIO-MUERTE-SOLEDADE. En "Décimas a mi soledad", con las

⁶⁸ Ibidem

cuales cierra precisamente el libro, el dolor causado por lo terreno y mortal de este mundo establece el vínculo fundamental entre los tres temas arriba citados:

Cuando alcancé a comprenderte,
soledad, pude saber
que vine desde al nacer
a vivir para mi muerte...

En tu espacio perceptivo,
soledad, puedo escuchar
nuestro mudo dialogar
fuera del cauce auditivo...

Soledad cósmica a la que arriba el poeta luego de una severa introspección, de un despiadado examen de conciencia, será la NOCHE, que subraya aquí, por otra parte, la presencia del NOCTURNO en su obra, el espacio expedito para llevar a cabo dicha suerte de auto expurgación. Casi un personaje en la poesía de Nandino, la soledad no contiene el grado de vacío implícito, por ejemplo, en poetas cercanos a él como Villaurrutia y Pellicer. El ya referido estudio de Raimundo Lazo, quien rastrea los destinos y temas de la tradición romántica en la lírica hispanoamericana de las cuatro más recientes centurias, dice al respecto:

El silencio, la muerte, lo nocturno, aparecen con frecuencia en sus poemas, y suelen llegar hasta el título de sus colecciones: Río de sombra (1935), Suicidio lento (1937), Espejo de mi muerte (1945) y Triángulo de silencios (1953), este último libro particularmente valioso. Ese carácter de elegía espontánea y honda puede considerarse concentrado en lo nocturno con que el poeta se auto define en sus últimas series...⁶⁹

Y para explicar lo ingente de dicha soledad, sin duda uno de los puntales que más hieren e impactan al lector frente a su poesía, y que por lo mismo también mejor trascienden --paradójicamente, es compañía y cobijo del poeta--, la décima con la cual concluye Triángulo de silencios resulta del todo determinante:

Te vivo en cada momento,
soledad, ¡soledad mía!,
y me das la compañía

⁶⁹ Raimundo Lazo, El Romanticismo: lo romántico en la literatura hispanoamericana del siglo XVI a 1970, México, Porrúa, 1992, p. 156

con que cercado me siento.
 La desnudez de tu acento
 no cesa de hablar conmigo
 y al escucharte mitigo
 mi zozobra, porque sé
 que al morirme, moriré
 no solo, sino contigo.

Nocturna suma aparece como el volumen intermedio en la etapa esencial y más prolífica de Nandino. También una de las obras de mayor profundidad filosófica, pues en ella se reúnen todos los temas expuestos --en este sentido, junto con Nocturna palabra, Eternidad en el polvo y Cerca de los lejos, es representativa de su síntesis poética--, la muerte juega un papel preponderante. En los doce Nocturnos aquí incluidos, que son el epílogo exacto y a este respecto actúan como el más contundente apartado de la colección, se termina por despejar toda posible duda:

La muerte no lastima,
 la vida es la que duele
 hasta el último pulso que conmueve la sangre,
 y sólo, ya extinguida,
 nos deja invulnerables al dolor de la carne...

Y en otro, para insistir de nuevo en que la muerte puede ser la única capaz de proporcionarnos la salida inmediata al dolor, el hambre, la miseria, la mediocridad y la derrota, escribe:

...sin embargo, a pesar del peligro
 de ignorar lo que el seno del misterio
 nos tenga deparado,
 a veces, yo, tú, todos,
 cuando la furia de la pena hiere
 o el hielo del fastidio momifica,
 con nuestro silencio a gritos hemos implorado
 a la temida muerte,
 porque ella solamente
 podrá decapitar nuestra tortura
 y darnos el descanso en sus entrañas...

Muchas veces la vida que todos conocemos y a diario deseamos se convierte para Nandino en fantasma, en gran falacia que él sustituye en instante de eternidad donde los objetos y sus formas pierden la sustancia que los aferra a este mundo. En su imperioso afán por compenetrarse con el cosmos, por hacerse uno solo con el todo, la muerte se torna ese puente necesario y obligado para arribar a dicho espacio sin límites ni barreras:

Nada se pierde, todo se transforma,
y la muerte, con paso infatigable,
avanza por el mundo
consumiendo las sombras impacientes
que toman la apariencia de estar vivas,
para construir de nuevo
los instantes fugaces de otras sombras...

Y en otro de los Nocturnos, que de igual modo dedica a Villaurrutia, quien aquí es personaje y su interlocutor, vuelve a plantear el sueño como simulacro cotidiano de la muerte; a pesar de ello, las posibles respuestas parecen insuficientes para aclarar los misterios de quien indaga a diario sin alcanzar --representa su mayor derrota-- el enigma absoluto:

¿Quién más pudo venir a visitarme?
Recuerdo que, contigo solamente,
muchas veces hablé de la zozobra
en que el constante asedio de la muerte
nos tiene sepultados,
y hablábamos los dos adivinando,
haciendo conjeturas,
ajustando preguntas, inventando respuestas
para quedar sumidos en derrota,
muriendo en vida por pensar la muerte.
Ahora tú ya sabes descifrar el misterio
porque estás en su seno; pero yo no sé nada...

En Nocturna palabra (1960), que a su vez contiene Nocturna amor y Nocturno día --ya ambos editados antes en pequeñas plaquetas--, y para varios críticos supone la obra cumbre de Elías Nandino, el poeta extrema los motivos neurálgicos

de toda su creación. Libro en el cual incluyó además el citado Nocturna Suma, para la publicación que de él hizo en la colección Letras Mexicanas el F.C.E., figura también una revisión consciente y elaborada del que hasta la fecha ha sido su transcurrir poético.

Donde reafirma su vínculo con otros de los Contemporáneos, Carlos Montemayor plantea algunas de las diferencias más claras en cuanto al tema de la muerte, supuesto que según el inteligente traductor de los clásicos latinos lo relaciona sobre todo con Carlos Pellicer:

Como para todos los Contemporáneos, la muerte y Dios fueron asuntos fundamentales. Pero sólo Pellicer y él vieron la muerte como una presencia viva, como una secreta y sorprendente forma de la vida misma. En Nandino, la muerte nos libera no por la idea cristiana del alma que se desata del cuerpo, sino porque nos incorpora a la fuerza de la naturaleza. Esta coincidencia destaca de la esperanza débil de una próxima vida que, a partir de Miércoles de ceniza, expresa Gilberto Owen o, por supuesto, también de la soledad que implica, como destino de la creación y alejamiento de Dios, en Gorostiza...⁷⁰

Búsqueda de un sí mismo eterno que a través de la NOCHE y el SUEÑO le confiere al poeta la ilusión de volver al origen, de establecer contacto con los que ya se fueron y con quienes aún no llegan, pareciera que a Nandino le aflige y aterra el sordo destino del lenguaje. Llamado profético que a la mayoría pasa inadvertido, pues se pierde en la vastedad inaudible del espacio (***Todo vive latente en el silencio/ como en la sombra habita la luz muerta***), la poesía pierde su virtual fuerza en cuanto sale de los labios de quien la gesta:

Inaudible latir de excavaciones
son las palabras idas
que surgen existiendo, sin semblante,
en el libre escondite del espacio.
Son ánimas en pena
que imploran el instante que articule
el vértigo sonoro de su verbo,
o la mirada ardiente de unos ojos
que, al leerlas en su fosa de letras,
exhumen su vivencia

⁷⁰ Carlos Montemayor, op. cit., p. 12

y de nuevo les hundan
el albor remozado de la imagen.

Nocturna palabra representa, sin lugar a duda, el libro culminante y esencial para entender la poesía de Nandino. Sin embargo, tales son su complejidad y su hondura --producto de un poeta en absoluta madurez--, que difícilmente podremos aclararnos todos sus posibles significados sin haber accedido antes a otros textos suyos preliminares. Su mayor y más solvente herencia a la literatura, allí confluyen, perfilados con estentórea e impecable maestría, las arterias medulares en su obra. El propio Montemayor, en su prólogo ("El nocturno en Elías Nandino") a la edición que de ella hicieron años después y de manera conjunta el mismo F.C.E. y el CONACULTA, opina al respecto:

Cuatro temas principales encuentro en la poesía de Nandino; los tres primeros son el AMOR, la MUERTE y DIOS. Pero especialmente los dos últimos se desdoblan en otros subtemas desde el instante en que Nandino toca su espacio virtual, penetra en su mundo real: la NOCHE. Este descubrimiento hace de ella no un tema, sino el espacio en que todo asume su realidad vasta, diversificada, cierta. En ella el cuerpo, el silencio, la palabra, Dios, la muerte, los pensamientos y cada uno de los seres y presencias del mundo, tienen sentido y fundamentan un cuarto tema: el PANTEISMO O EMPATIA UNIVERSAL, que constituye el más alto logro de su poesía y una especie de transmutación de sus tres primeros temas: del amor personal, que no es capaz de cantar ni de comprender; de la muerte, que no es el temor a la quietud, sino la libertad en la vida del mundo; de un Dios que es el Universo. El descubrimiento de este espacio primordial basta para guiarnos en la poesía de Nandino, para entender que su obra fundamental se condensará en los Nocturnos. En ellos es constante su pensamiento panteísta; en los mejores de ellos aparece su más alta voz, la que el lector deberá buscar, y recibir, y recordar...⁷¹

Y si su sentido de la muerte es tan personal y unívoco como el que tiene del amor, en última instancia producto de una dicotomía indisoluble, percibimos en cada verso la angustia y el aislamiento de quien al fin de cuentas se siente seducido --otra vez Eros y Tánatos-- por vincularse con lo que es eterno e imperecedero. Alcanzarlo se convierte, sin embargo, casi en una falacia, y esto es "Nocturno difunto":

Yo soy una ambulante sepultura
en que reposa tu fugitiva permanencia

⁷¹ Ibid., p. 14

que me va madurando, lentamente,
 hasta que mi existencia entumecida
 se adiestre en vuelo que recobre estrella...

En "Nocturno descenso", que dedica a Jaime Torres Bodet, dicha idea resulta más clara:

Y queremos llegar y no llegamos
 porque tiempo, tinieblas y distancia,
 cenizas, remolinos y presiones
 unen su densidad y van rodando
 fundidos en nosotros --nudo ciego--
 de un desplome total que no haya fondo...

¡Qué cerca de la muerte está la vida!
 la fuerza del pavor es la que logra
 despertar los sentidos y sacarnos
 del vértigo de hondura,
 y al volver a vivir reconocemos
 el mismo cuerpo palpitante y solo
 y el mismo corazón desamparado.

Eternidad del polvo implica un título, en este sentido, más que revelador. Poemario con el cual subraya lo expuesto en el anterior, y por lo mismo fue incluido en la publicación de homenaje hecha por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes --en el nonagésimo aniversario del autor--, reafirma esa personal búsqueda de Nandino donde concibe la vida como un obligado tránsito hacia la muerte eterna. Aunque sin la fuerza y el vigor poéticos de Nocturna palabra, sin duda uno de los textos elementales dentro de la lírica mexicana contemporánea, concentra con mayor claridad los elementos que tan pródiga y explosivamente desembocan en la obra anterior; por lo mismo, cierra el circuito abierto con Nocturna Suma.

Otra vez la muerte surge como puente o pasadizo hacia la eternidad; pero ahora insiste el poeta (***Vuelve el polvo a la tierra, a lo que era...***) en que es polvo, pero un polvo con vida, en lo que todos vamos a parar:

Polvo de nuevo será
 polvo ciego, esperanzado,
 que libre y desmemoriado

otros rumbos buscará.
 Polvo que rodando irá
 por los vientos impelido
 hasta encontrarse reunido
 a insomne polvo, y formar
 un cuerpo que al expirar
 retorne en polvo vivido.

Discurso poético apuntalado en el "natural equilibrio del ciclo de la vida", Eternidad del polvo le permitió a Nandino tener una mayor y más clara consciencia del elemento formal. Sin el vuelco visceral implícito en Nocturna palabra, esta nueva obra lo lleva a centrar una considerable parte de su interés en la búsqueda y el disfrute estéticos, propósito en buena medida expuesto en una expresión --el concepto de "poesía pura", por ejemplo, de Juan Ramón Jiménez-- cada vez mucho más concentrada:

De vida y de muerte
 su alianza en evolución
 de un reptil da un corazón
 o al pez en ave convierte.
 Todo se vierte y revierte
 bajo el impulso integral
 de la fuerza universal...

Donde además ratifica el ámbito ideal de su poesía: la NOCHE, el Nocturno será nuevamente el molde idóneo para trascender en soledad y unirse a lo que es eterno y atemporal en el universo. Encuentro definitivo de sus más personales contenidos y proposiciones, en estos dos libros de innegable madurez poética hace hincapié por otra parte en una persistente búsqueda ya muy próxima (Cerca de lo lejos y Ciclos terrenales) a su cierre definitivo:

A la luz de Eternidad del polvo y Nocturna palabra, podemos comprender las diferencias de cada uno de los poetas de Contemporáneos frente a Nandino; en especial, porque los temas de su poesía fueron lentamente madurando y concretándose por el enfrentamiento con la noche, el sueño, el insomnio; por su

paulatino descubrimiento del Nocturno como su voz esencial; dimensiones que no podían adivinarse en sus primeros libros.⁷²

A este mismo respecto, y con relación a Villaurrutia --con quien más suele comparársele--, Carlos Monsiváis apunta:

Las instancias, las obsesiones son parte de un ordenamiento visual y psicológico. A Nandino, como a Villaurrutia, la noche y la muerte les resultaban los otros nombres del comportamiento marginal: pero en Nandino, la muerte es sinónimo de la consumación humana y poética (no el más allá sino el más acá), y la noche no es, como en Nostalgia de la muerte, la otra ciudad del instinto, la otra orilla del deseo. En la noche, Nandino halla la riqueza de imágenes que ubicará la soledad personal y colectiva. Su dramatismo no depende de la metamorfosis incesante de rostros y lugares sino de la exploración de los sentidos con sus revelaciones al calce...⁷³

Permanente y adolorida interrogación que encuentra respuesta en el desdoblamiento, Nandino consigue a diario simular su propia muerte y, como afirma Voltaire (*La especie humana es la única que sabe que va a morir, y no lo sabe sino por la experiencia*), en dicha rutina descubre también que la vida adquiere mayor sentido. Ejercicio ambivalente, en su continuo diálogo con la muerte inquiera tanto en provecho como en desfavor de la que le proporciona a la vez estados de angustia y de gozo:

Muerte: no sé lo que quieres
con este matarme a pausas,
ni tampoco por qué causas
me revives y me hieres.
En dolores y placeres,
siempre descubro escondida
tu vigilancia encendida,
y no entiendo si sufrir
o gozar con el morir
con que prolongas mi vida.

Vicente Quirarte ha proporcionado de igual modo, a este respecto, algunos de los más fehacientes y luminosos juicios sobre la ingénita presencia de la muerte en

⁷² Ibid., p. 13

⁷³ Carlos Monsiváis, op. cit., p. 11

la obra de Elías Nandino. Quien la vivió a diario y muy de cerca, tanto en su profesión de médico como dentro del cauce de su expresión lírica --fue enemigo, asunto, personaje y confidente--, trae a colación la detenida lectura que habrán hecho casi todos los Contemporáneos del padre Landsberg (Experiencia de la muerte). *La vida --en el sentido biológico de la palabra-- como base de la presencia indispensable para la realización del espíritu personal en el ser humano*⁷⁴, en palabras del propio teólogo, Quirarte hace énfasis en que para el autor de Eternidad del polvo la experiencia mortal tiene lugar sobre todo a partir de la desaparición física de los demás:

Tal vez pocos casos como el de Elías Nandino, donde la experiencia de la muerte es vivida en dos dominios y traducida en dos lenguajes: el de la medicina y el de la poesía. En ambos terrenos, Elías Nandino es un obsesivo. Pero gracias a que la pasión ha sido su móvil para conocer hasta lo último las esencias humanas, sus décimas a la muerte, sus conversaciones con el destino a retornar al polvo del cual nació, sus alabanzas a las manifestaciones vitales que justifican la presencia de la muerte, no son retórica elegante, sino testimonios del que ha estado íntimamente ligado a la experiencia mortal, el que en la mesa del quirófano la ha combatido con todas las armas a su alcance, el que ha retardado su llegada y, a veces, ha sido derrotado...⁷⁵

Cronista certero de su propio insomnio, Nandino recupera con toda precisión y meridiana claridad los detalles que revelan su cotidiana agonía. Víctima y a la vez observante de aquellos vertiginosos momentos (***...como el nacimiento de sollozos/ que se produce cuando el agua cae/ sobre la carne viva de las brasas***), se convierte en severo demiurgo de los que son sus más personales y hondos deseos:

...se trata de su muerte, de su agonía, de su turno de ser como todos los que ya se han ido. Pero aquí se descubre un importante y nuevo elemento; si el amor en realidad nunca cesa de ser un asunto privado, egoísta, la muerte, en cambio, lo une a otros, a los antepasados, a la tierra, al mundo. Es decir, su puerta hacia los otros es la muerte, no el amor. Ante ella, ante la certeza de lo perecible, llegará incluso a desplegar su mejor poema de celebración de la belleza de los cuerpos, "Alquimia de mis sueños", de Eternidad del polvo. Y la plenitud de tal comunión la alcanzará en la noche, a solas, descubriéndose como un minucioso y complejo universo en que seres

⁷⁴ Landsberg citado por Vicente Quirarte, "Prólogo" a Eternidad del polvo, Guadalajara, México, EdiGonvill (2a. ed. facsimilar), 1981, p. 10

⁷⁵ Vicente Quirarte, *ibid.*, pp. 9-10

futuros y ya idos, gérmenes de vida de incalculable vigor, eternidad, sentido, se congregan...⁷⁶

Y aunque puerta de salida y vínculo definitivo al universo, no deja de sentir Nandino el natural temor que todo mortal esconde ante lo desconocido. Ante todo, y como en Unamuno, resultado de su obsesión por trascender, el poema "Tengo miedo" da clara cuenta de quien en última instancia se resiste al olvido y el silencio que los demás prodigan para con el que se va:

...tengo miedo de caer
sin nombre,
sin memoria y sin cuerpo,
en la eternidad
del olvido y del silencio.
¿Para qué soy
si para siempre dejaré de serlo?

Convicción y estado de ánimo productos de su ingente SOLEDAD, la cual, como ya había dicho, es para Elías Nandino la circunstancia en la que realmente vive todo ser humano (*¡Nadie supo en la tierra sombría/ mi dolor, mi temblor y mi pavora...!*, escribió Porfirio Barba-Jacob), el poeta reconoce en la escritura --aunque reincidente y dolorosa-- su único resguardo. En "Con mi soledad a solas", poema a modo de epílogo en Eternidad del polvo, se cierra y completa el triángulo esencial de su poesía SOLEDAD-NOCHE-MUERTE:

Estoy solo,
con mi soledad a solas,
amoldado a ella
como el vino a los muros de la copa,
y viviendo la íntima galaxia
parpadeante,
de una conversación en las tinieblas.

Algunos cambios de tratamiento y contenido, y aunque sin alejarse mucho de los que han sido los temas esenciales de su poesía, se perciben en sus últimos tres

⁷⁶ Carlos Montemayor, op. cit., pp. 14-15

futuros y ya idos, gérmenes de vida de incalculable vigor, eternidad, sentido, se congregan...⁷⁶

Y aunque puerta de salida y vínculo definitivo al universo, no deja de sentir Nandino el natural temor que todo mortal esconde ante lo desconocido. Ante todo, y como en Unamuno, resultado de su obsesión por trascender, el poema "Tengo miedo" da clara cuenta de quien en última instancia se resiste al olvido y el silencio que los demás prodigan para con el que se va:

...tengo miedo de caer
sin nombre,
sin memoria y sin cuerpo,
en la eternidad
del olvido y del silencio.
¿Para qué soy
si para siempre dejaré de serlo?

Convicción y estado de ánimo productos de su ingente SOLEDAD, la cual, como ya había dicho, es para Elías Nandino la circunstancia en la que realmente vive todo ser humano (*¡Nadie supo en la tierra sombría/ mi dolor, mi temblor y mi pavora...!*, escribió Porfirio Barba-Jacob), el poeta reconoce en la escritura --aunque reincidente y dolorosa-- su único resguardo. En "Con mi soledad a solas", poema a modo de epílogo en Eternidad del polvo, se cierra y completa el triángulo esencial de su poesía SOLEDAD-NOCHE-MUERTE:

Estoy solo,
con mi soledad a solas,
amoldado a ella
como el vino a los muros de la copa,
y viviendo la íntima galaxia
parpadeante,
de una conversación en las tinieblas.

Algunos cambios de tratamiento y contenido, y aunque sin alejarse mucho de los que han sido los temas esenciales de su poesía, se perciben en sus últimos tres

⁷⁶ Carlos Montemayor, op. cit., pp. 14-15

libros: Cerca de lo lejos, Erotismo al rojo blanco y Ciclos terrenales. Monsiváis en su prólogo al segundo de estos tres poemarios dice:

A partir de Cerca de lo lejos, Nandino cambia. Si persiste el acento confesional, éste ya no es ambiguo ni inaprehensible. Ante la cercanía de la muerte, ésta pierde su velo retórico y debe poetizarse de otra manera. Nandino se dedica a algo insólito en nuestras letras: una lúcida y dramática indagación de los poderes de la vejez ("Lo trágico es que si el hombre es longevo, tiene que contemplar y sufrir su propio derrumbe")...⁷⁷

4. El erotismo

Y si la muerte en la vida y la vida en la muerte son los dos afluentes básicos en la poética de Elías Nandino, el erotismo representa la mayoría de las veces el vértice que reúne y estrecha los mencionados planos de su obra. Materia y experiencia esenciales en su poesía, el amor irradia la luz necesaria en la pertinaz búsqueda de sus demás contenidos.

Consciente a un mismo tiempo tanto de su inclinación a la muerte como de su natural lascivia --recordemos las constantes zozobras de López Velarde ante los llamados de la carne, de la religiosidad y de la muerte--, el erotismo se llega a convertir para Nandino en la vorágine propicia para encender e intensificar la llama de su poesía. Desde que reconoció sus dos permanentes vocaciones, la de médico y la de poeta, y sobre todo cuando logró crear entre ellas una perfecta simbiosis, también distinguió las que en su obra serían las antípodas vitales: dolor y muerte, amor y misterio, y que en este autor terminan por estrecharse en un mismo plano.

Cuerdas a partir de las cuales se tensa su discurso poético, con todas sus posibles alianzas --así como la muerte le atrae y le angustia, el amor a la vez lo redime y lo encadena, lo ancla, lo destruye--, él reconoció en la pasión aquella fuerza espiritual e instintiva que le permitía percatarse de estar vivo:

Respecto de lo pasional mis amigos no tenían los demonios que yo poseía. En la carrera amorosa yo los superaba a todos porque tenía más ímpetu, más libertad y más pasión. Desde entonces pensaba que el amor no se hace nada más con las palabras, sino sintiendo, llevándose a uno la trampa por cada cosa. Desde el

⁷⁷ Carlos Monsiváis, op. cit., pp. 11-12

principio, para mí, amar no fue una superficie lisa, sino una Sierra Madre en la que hay que desbarrancarse para lograr lo que se quiere.⁷⁸

Quien fue sabio en el arte de amar, entendió que lo ideal está en aprender a dar y recibir --hombre generoso, por su carácter y su profesión hizo mucho más de lo primero--, y bajo este principio consiguió hacer de su vida lo que él quiso. Además quien sin miedo o arquetipo de índole alguna se entregó a la pasión, terreno en el cual fue de igual modo congruente y con no menos honestidad perfiló en su poesía -constituye en ella otro de los temas o motivos esenciales--, Elías Nandino tuvo en el amor otro de los acicates que le dieron sentido a su existencia:

Creo que la única felicidad auténtica, real, que existe en la vida es la de amar, hacer el amor bien, entregándose enteramente a quien se ama y recibiendo lo mismo simultáneamente, porque en el verdadero amor se da y se recibe; es el intercambio de deseos iguales...

En mi existencia he buscado el placer a cada momento, porque eso es lo que nos hace olvidar el peso de la vida. Pero esa búsqueda es algo que hay que saber hacer bien, porque si se persigue el placer irreflexivamente, deja de serlo y se convierte en obligación, en costumbre...

Ahora, a mi edad, puedo decir que afortunadamente viví como se me dio la gana y por eso he sentido que tengo el derecho de hablar para decir que no satisfacer los propios deseos, empezando por los íntimos, es lo peor que le puede pasar a la gente; por ahí comienza una castración que después de ser íntima, se convierte en familiar y acaba por ser social, política, total...⁷⁹

Impetu que encuentra cauce desde sus primeros libros, tanto en Canciones como en Color de ausencia, apenas esbozo los dos en cuanto a búsqueda y reconocimiento de una auténtica vocación poética, se expresa sin embargo aquí este tema aún dentro de una línea de tardío y meliflúo romanticismo. Distante todavía de la arrolladora fuerza que dicho afluente alcanzará sobre todo en su obra de madurez, no pasa de ser en estos versos de juventud un sugerente y primer llamado al respecto:

Yo sé que sientes la vida
con mi propio sentimiento
cuando nos damos enteros

⁷⁸ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 104

⁷⁹ Ibid., pp. 161,162,163

en el misterio del beso...

En este nudo de cuerpos
ya no hay goce ni veneno,
ni aroma en la flor de labios
que resignados hacemos...

Y más adelante, dentro de esta misma tónica:

¡Quiero amor, pero amor hecho vehemencia
en combate incansable de emociones;
una escala infinita de ilusiones
que nos lleve al umbral de la inconsciencia!

Algo más desenvuelto se muestra ya, como era de esperarse, en Espiral, libro de influjo e imágenes vanguardistas que nos descubre a un Nandino mucho más personal y atrevido en cuanto a la presencia de lo erótico. Con mayor consciencia también de los riesgos formales que implica el oficio poético, revela aquí algunos innegables hallazgos en provecho de quien se sabe ya a estas alturas artífice del lenguaje. Este es el caso de "Poema en el Trópico", título del todo sugerente:

El sol
--en un camello de algodón--
camina
por las arenas del cielo.
Un vaho de lujuria
envuelve la tierra...
¡El termómetro se ahoga!

Los insectos se atreven
a besarse en el vuelo,
y no hay nada en el mundo
que no sufra el deseo
de volverse caricia
y pecar con el cuerpo...

En sus impecables Sonetos de amor, incluidos en Eco, se torna mucho más personal cuando vincula al sentimiento los inminentes estados de angustia y soledad que llegan con la pasión. Se trata entonces de una soledad cotidiana e interior, y

desde luego menor a la Cómica que se sugiere con el tema de la Muerte. Resultado de quién ha hecho del cuerpo un tálamo de placer, y por ende también de displacer -los contrarios, como en otros poetas, se suceden y complementan--, el sufrimiento aparece como una de las constancias irrevocables del amor deseado y deseante. Bálsamo y prisión a un mismo tiempo, Nandino logra proveer a las palabras del alcance y el poder necesarios para aliviar en algo --facultad inconcusa del lenguaje-- su citado aislamiento:

 Mi corazón se pierde en la nevada
ascensión de tu cuerpo, sin consuelo,
y congelas la fuerza del anhelo
en medio de tu carne congelada...

 ¡Qué libre sin cadenas y qué preso
en esta libertad que me has dejado,
con la sombra terrible del pasado
y el recuerdo que hiera con exceso!

Bien escribió Villaurrutia, en el que ha sido sin duda uno de los más acertados comentarios sobre la obra de Nandino y sirvió de prólogo al citado poemario, sobre esta especie de auto expurgación del autor:

 Este hombre que arde y se consume en los ejercicios más diversos; que halla equilibrios momentáneos de la razón y del instinto, pero que se distrae y da con su cuerpo en la red que él mismo ha tendido a sus pies, pero que se levanta y vuelve a empezar... Este hombre que, en una palabra, vive y, sin tener una conciencia lúcida de su deseo, quiere verse vivir, se llama ahora Elías Nandino...⁸⁰

En "Poemas en la sombra", de Río de sombra, dicho cauce erótico se manifestará ya sin dilación ni eufemismos. Libro en el cual también los motivos nandinianos se suceden y sobreponen con mucha mayor claridad, una sensual descripción del cuerpo cobija la nocturna búsqueda que de sí mismo el escritor acomete. Enunciación desinhibida de su propia naturaleza, lo concupiscente adquiere ahora razón causal e intransferible:

 ¿Por qué no soy yo tu boca
para besarme en el fuego

⁸⁰ Xavier Villaurrutia, en el "Prólogo" a Eco, México, Imprenta Mundial, 1934, p. 8

que se despierta en mis labios,
 y sentir que soy yo mismo
 que se vierte en otro vaso?
 ¿Por qué no vivo en tu vida
 para sentir lo que siento,
 en el fondo de tu pecho,
 y mirar que te me acercas
 como imagen del espejo?

Otro tanto ocurre en los subsiguientes Poemas árboles, libro en el que Eros y Tánatos terminan por fundirse en indivisible unidad. Voz inmanente de quien tiene en el erotismo y la muerte sus más explícitas divisas, sus más personales miramientos (***Hoy supe amar la muerte con placeres sensuales...***), en dicho maridaje descansa buena parte de la fonación poética de Nandino:

Tengo miedo de morir no por la muerte
 ni por la ausencia del pecado o roce
 ni por el fruto sazonado y dulce;
 tengo miedo de morir porque sin cuerpo
 esta fiera apresada queda libre
 y en su flama salvaje iré presente,
 y moveré otros brazos y otros labios,
 y pecaré otros cuerpos y otras almas
 y no tendrán reposo
 mis cenizas, en sexo renacidas.

Perseverante e incisivo escrutamiento que a estas alturas presupone ya un encuentro, el propio Elías Nandino dará fe de él en sus Sonetos de 1939. Donde por primera vez reconoce además su obligado débito para con poetas como Baudelaire, y por qué no también de teóricos como Freud (*Todo gira al derredor del sexo*), de quienes ha sido acucioso lector, dichas palabras nos sitúan sin duda ante quien está decidido a perfilarse a través de un estilo poético que le permita extraer todo el gusto por la vida y los placeres en ésta contenidos:

Debo hacer presente que toda mi poesía está trascendida por un erotismo implacable. Pienso que el erotismo es al hombre, lo que el sol a la tierra. Comencé a escribir a los catorce años y medio. No sabía lo que era el pecado cometido en el cuerpo ajeno, pero ya lo soñaba. En seguida, mi vida se convirtió en una continuada

incineración. El amor al amor, como el verdugo más dulce que, conjuntando el cielo y el infierno en las mismas llamas, hizo que escribiera desde mi adolescencia positivos fuegos, no poemas; avernos de placer, no imágenes puras...⁸¹

Y si **...el sexo es la herida mortal por donde el cuerpo se desangra**, como afirma el propio Nandino, los sonetos de amor y de pasión aquí incluidos constituyen la autobiografía de un alma en profundidad. Alberti escribió, con respecto al mismo Baudelaire: *...situado más allá del séptimo cielo de la luz, de los siete subterráneos de las tinieblas...*⁸², y nuestro poeta oscila sin perturbación por espacios similares:

Del infierno carnal de nuestro instinto,
de la gris tempestad de los pecados,
del sabor de los goces escanciados
de los besos de aroma de jacinto:

llegamos al misterio de un recinto
de milagros de hielos ignorados
donde brotan amores, depurados
en el ansia de amar con sexo extinto...

Y más adelante, en los versos de afección y furor citados, y que en su aplomo clasicismo nos recuerda a los místicos:

Imán de delirios que me anuda entero
a su cruz calcinante, enardecida,
donde sangro mi fruto agonizante;

red en que me debato, prisionero
al hirviente cadalso de la vida
donde muero de goce en cada instante.

En la síntesis que él mismo ofrece en Prismas de sangre, de 1945, el tema que ahora nos ocupa es precisamente con el cual abre esta especie de manifiesto. Documento elemental para acercarse a la obra del coculense --como en otros autores, no podía faltar aquel texto donde declara sus propias impresiones sobre lo que "debe ser la poesía"--, la lascivia circula indómita por la venas y arterias del poeta:

⁸¹ Elías Nandino, Sonetos "1937-39", México, Katún, 1983, solapa

⁸² Rafael Alberti, "Prólogo" a Diarios Íntimos de Baudelaire, México, Editorial Premia, p. 9

Poesía: demonio encarcelado
 en los muros secretos de mi entraña;
 impulso infatigable de una herencia
 que se vierte en el mundo de mis ansias;
 la fuerza de una vida subterránea
 que conmueve los mares de mi sangre.

Discípulo indirecto del llamado, por antonomasia, "Poeta Maldito", en Nandino se suceden devaneos y torbellinos semejantes a los que experimentara el autor y protagonista del Spleen de París; ángel y demonio ocultos, el erotismo prevalece como la llave que permite entrada a donde todo ser presente es su origen y quisiera regresar:

Quiero ser el veneno de tu entraña;
 lo bueno, lo tremendo, lo imposible;
 el ángel y el demonio en un abrazo,
 sierpe y paloma en tu ramaje verde...

Y quisiera vivir de tus anhelos,
 sangrar tu boca, y contagiar mi lumbre
 en la luz juvenil de lo que esperas
 y en la cruda verdad de lo que gozas.

Muy significativos resultan de igual modo los versos de Conversación con el Mar, que en su franca ánima baudelaireana no parece casual dedique *...al espíritu del poeta mexicano Ramón López Velarde*. Mundo misterioso e infranqueable, y en torno al cual mucho se ha fabulado, los sonetos aquí comprendidos figuran sin duda entre los más bellos poemas que sobre el MAR se han escrito. Cúmulo cuasi infinito de pasiones y tormentas, a él van a dar los cuerpos consumidos bajo la llama de su instinto:

En ti queda sembrado el polvo mártir,
 la carne calcinada en los avernos
 del beso, del amor, de la lujuria;
 la angustia del placer insatisfecho.

El ti se anida el huérfano despojo
 el imán de los átomos sexuales,
 los desalmados restos de lo extinto

que esperan levantarse en otro cuerpo...

O cuando el propio poeta se compara, en torrente implícito e insaciable voluptuosidad, con el mar:

Como tú, tengo abismos, tempestades,
misterios de tramontos y de auroras,
iras clamantes, horas de ventura,
y peces errabundos en las venas.

Como tú, soy también remordimiento,
pulso atrevido, conmovida sangre,
delirio de una espuma atribulada
y floración interna de lujurias.

Más adelante, en las Décimas desnudas con que cierra el plural compendio Poesía II (1948), hace énfasis en su natural apego al autor de La sangre devota. Quien también anheló expulsar de sí cualquier palabra o sílaba no nacida de la combustión de sus huesos, parafraseando al vate jerezano, Elías Nandino prosigue dicho aserto íntimo:

Carne impura, carne mía
tormento de mi existencia:
en ti, apresada mi esencia
goza y sufre su agonía.
Eres, de noche y de día,
mi verdugo y mi consuelo,
mi pasión y mi desvelo...
Más, con martirios sexuales
y con pecados mortales
también se conquista el cielo.

En Nocturna suma, que ya he dicho corresponde a un texto de enorme alcance tanto filosófico como panteísta, el amor y su fluvial erótico apenas se esbozan. Debilitado por la presencia de Dios, el silencio, la soledad y la muerte, y su consecuente que es la vida eterna, el amor toma aquí místicos matices. Renuncia o momentáneo aplazamiento de los dolores y placeres de la carne (***La muerte no lastima,/ la vida es la que duele...***), el poeta se eterniza y parece invulnerable

dentro de esta especie de continuo simulacro de la muerte; una odisea más del espíritu que de los sentidos, Nocturna suma encuentra puerto en el hallazgo último e infinito de Dios:

Estoy ya convencido
de que existe. Y no porque capte algún sentido
de mi cuerpo el roce de sus tactos misteriosos,
ni tampoco porque lo invente
en los peligrosos instantes,
para darme valor. Si yo he creído,
es porque lo escucho hablar en mi entraña,
escondido en el mar de mi sangre,
dictándome amoroso
con una voz inmensa que parece fundirse
con mi propio silencio,
en íntima armonía...

Con los espléndidos sonetos de Nocturno amor, en los cuales el malestar causado por la pasión le da otra vez sentido a la vida, Nandino regresa a la senda de lo corpóreo y tangible. Búsqueda atormentada pero también gozosa del amor, pues la poesía hace de él su mayor razón de ser (*...quien ama, ¡oh maravillosa desventural, consume a diario su existencia!*), el autor recrudece el concomitante paralelismo entre Eros y Tánatos:

Está próximo el fin, ya se avizora
el labio del abismo en que comienza
la flotación de la caída inmensa
en esa inmensidad de hora sin hora.

Mas mi nocturno amor que se enamora,
y enamorado siente que se intensa
su amor en cada día, nunca piensa
en que amando la muerte se elabora.

Hermosísimos poemas de amor y muerte, recae de nuevo en la personalización de sí mismo --el rostro de ambos temas habita en su interior--, pues en ningún momento expresa el encuentro a fondo con alguien, con el otro mundo de

la pareja o de un ser en particular. El otro personaje es, en esencia, el amor, aquí ya del todo mundano y corporal:

Sólo de noche, cuando ya no alcanzas
a distinguir miradas ni colores,
regresas a mi cuerpo. Yo te siento
llegar con tus heridas esperanzas
y el caudal de tus íntimos dolores
al corazón sin luz de mi aislamiento.

Experiencia egocéntrica, privada, como lo es de igual modo su no menos ensimismada representación cotidiana de la muerte ("Espejo de mi muerte"), el único y real personaje que todo lector reconoce en estos sonetos se llama ELIAS NANDINO. Un ininterrumpido desdoblamiento del yo poético (*...mi sueño, mi muerte, mi amor y mi derrota*), la constante oscilación y el no permanecer marcan la pauta en Nocturno amor:

Vuelves, amor, con tu esperar desnudo,
casto, bajo tu huella de impudores,
con las manos estériles de flores
y en la garganta, con la voz en nudo...
Y de nuevo aquí tengo tu fatiga
en esta densa oscuridad en llamas
que soporta tu fuga y tu regreso...

Amor propio y personificado, y con quien habla a solas el poeta, Nandino aparece a la vez como primera y segunda personas, como quien inquiere y a un mismo tiempo responde. Otra constancia más de quien fincó su obra en una del todo pertinaz búsqueda e indagación de su propio ser (*Sí, todavía no sé qué es la poesía; pero si alguien quiere saber ciertamente quién soy yo, mis poemas sí lo saben, se lo pueden preguntar, ellos poseen las mejores respuestas*⁸³), aquí se corrobora por otra parte cómo es en el amor donde el poeta encuentra un único y real aliciente. Aunque fugaz y no siempre fehaciente reflejo de su persona, contrariamente a lo afirmado por el poeta, Nandino entrevé en su poesía una imagen fidedigna de sí mismo:

⁸³ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 164

Por eso, acaso, sales en el día,
 descubres, imaginas, enamoras,
 seguro de que puedes todavía
 inculcarme la fuerza que atesoras.
 Tú no sabes, amor, que mi agonía
 es sólo vida por contadas horas.

Sin embargo, aquí el instante sin tiempo y sin espacio del amor se sublima, eterniza, cuando Nandino hace énfasis en la esperanza del que desnuda el firmamento de su amorosa entraña y lo trasciende con el amor de todo lo creado -- otra vez en sentido metafísico-- dentro y fuera del ser. De nuevo en su vena mística, el AMOR que expresa, y por el que canta, alcanza total significación:

Dicen que la esperanza finaliza
 cuando la carne muere, mas yo espero
 que después de ese último latido
 que el cauce de la sangre inmoviliza,
 seamos juntos, polvo leve, pero
 polvo por esperanza trascendido.

Para Nocturna palabra, libro de terminante madurez donde Nandino reelabora con sobrados recursos y maestría lo esencial de su expresión, poemas fundamentales como "Nocturno cuerpo" o "Nocturna astronomía" corroboran la experiencia narcisista y corporal que sustenta buena parte de su obra:

El cuerpo es otro cosmos, con gérmenes de vidas, con futuros, con pasado, con sus venas y arterias; un cosmos en sí mismo, desde el que se anhela y se percibe la huella de la forma, de Dios, del universo que imprime su peso en la mayoría de las páginas de Nocturna palabra...⁸⁴

Los siguientes versos de "Nocturna astronomía", precisamente, no dejan lugar a dudas sobre dicha experiencia corporal contenida en casi todos sus nocturnos -- recorrido, al fin de cuenta, erótico--, no en balde su preferida forma poética:

En el ardiente engranaje de fracciones
 que fincan el volumen que nos guarda,

⁸⁴ Carlos Montemayor, op. cit., pp. 16-17

hay galaxias, crepúsculos y días,
 luceros celulares que recorren
 la órbita sexual de su destino
 y tormentas de llanto que humedecen
 las selvas planetarias de la espera...

En los "Epitafios" (*Para que hablen de mí/ después de muerto*), de su siguiente y elemental poemario: Eternidad del polvo, prorrumpen una vez más sus propias vida y muerte. Décimas en las cuales avanza las que serán sus inscripciones mortuorias y también se descubre a fondo, entregarse a la vida significa haber extinguido los placeres que sentidos, cuerpo e instinto apetecieron para obligada consumación:

Es todo lo que perdura
 de mi carne enardecida
 que, por arder sin medida,
 expiró y me dio la suerte
 de no morir de mi muerte.
 A mi me mató la vida.

Poemas donde Eros y Tánatos terminan por fundirse --*No hay mejor medio de familiarizarse con la muerte que aliarla a una idea libertina*⁸⁵, como escribió el marqués de Sade--, el primero se convierte en la aprobación de la vida incluso después de la muerte. Y como lo divino toma de igual modo aquí parte, la experiencia mística y la poesía conducen al mismo punto que cada forma del erotismo: a la indistinción, parafraseando a Georges Bataille... La poesía de Nandino nos conduce a la eternidad, a la cual arriba a través de su propia experiencia de la muerte; por lo mismo, en palabras de Rimbaud, *la poesía es la eternidad*⁸⁶:

Por lo que gocé y sufrí
 en misticismo infernal
 de torbellino carnal,
 nada quedó inmaculado
 de mi cuerpo encarcelado

⁸⁵ Marqués de Sade citado por Georges Bataille, El Erotismo, Madrid, Tusquets, 1984, p. 21

⁸⁶ Arthur Rimbaud citado por Alfonso Reyes, "Exégesis fácil de Mallarmé" en Estaciones, Año I, No. 2, Verano de 1956, México, p. 163

en el fondo sepulcral.

Y más adelante, en su soneto "Amor sin muerte", donde toma como epígrafe un verso característico de Quevedo (*Polvo serán, mas polvo enamorado*), escribe en términos similares:

Mas cuando amar ya no intente
 porque mi cuerpo apagado
 vuelva a la tierra absorbente:

todo será devorado,
 pero no el amor ardiente
 de mi polvo enamorado.

En "Décimas al amor", del mismo libro Eternidad del polvo, el poeta refiere los contrastes de toda pasión. Estrecha concatenación entre vida, amor y muerte, pilares sobre los cuales se apuntala casi toda la obra de Nandino, supone en suma la más elocuente confesión de quien para nada se ha negado el vital e incinerante impulso de la entrega:

Eres, amor: sed y anhelo,
 hambre, delirio, locura,
 azúcar de la amargura
 y amargura del desvelo.
 Eres infierno, eres cielo,
 la esperanza enardecida,
 el desangre sin herida,
 lo que nos forma y deshace.
 Eres la muerte que nace
 continuamente en la vida.

Otro tanto ocurre con los sonetos que dentro de este poemario reúne en el título "Desasosiego", donde la búsqueda de la pasión lacera a un Nandino cada vez más consciente (*El fuego quema y consume./ El hielo quema y conserva.*) del implacable paso del tiempo:

Esta esperanza encendida
 que me lanza a caminar
 en un constante buscar

la emoción desconocida.

Esta lucha sumergida
de creer y de dudar
y mi juventud perdida
sin que la pueda olvidar...

Y si el dolor acompaña siempre a los placeres de la pasión, las "Decimas al corazón" dejan constancia de que dicho sufrimiento es la razón de la vida. Imperativo de la existencia humana, el autor insiste en conferirle al amor la importancia mayor entre los motivos del ser:

...hoy sé compartir
el suplicio que te enciende,
porque ya mi vida entiende
que existen en conclusión:
razones del corazón
que la razón no comprende.

Memoria de quien se ha entregado a la vida sin miedo, sin premura --*Lo único doloroso será no haber podido vivir más*⁸⁷, escribió en alguna ocasión el propio Nandino--, con "Palabras a oscuras" cierra esta especie de testamento poético que es Eternidad del polvo. Epílogo cargado de sumas clarividencia y sinceridad, "Debo llegar..." representa una de las páginas más transparentes dentro del cabal e incitante autorretrato poético de Nandino:

Ya se acerca el final. ¡Playa a la vista!
La orden de bajar vibra en el aire
Debo llegar... Pero llegar ¿a dónde?
Y si llego sin mí... ¿para qué llego?
--Sin mi cuerpo no hubiera yo tenido
el infierno carnal que me dio temple;
por eso en el me quedo, hasta que juntos,
al mismo tiempo nos volvamos tierra.

Y si Eternidad del polvo figura un puerto imprescindible en el navegar poético de Nandino, su autobiografía se complementa y adquiere mayor validez con Cerca

⁸⁷ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., p. 172

de lo lejos. Donde se concentran y advierten los espacios definidos en que su poesía alcanza una gran resonancia, incluso hasta sofocarse (***Estoy muerto de la cintura para abajo***), el autor aserta sobre su ya próximo y confinante adiós. Declaración desgarradora de quien confiesa haber vivido espiritual y corporalmente en continua travesía (*¡Qué tan arrepentido estaría ahora, a mis años, si hubiera aceptado someterme a esta sociedad hostil e injusta en la que los mexicanos tenemos la desgracia de vivir! ¿Cómo estaría si hubiera aceptado tener una vida humillada?*⁸⁸), este libro constituye además una lección de ejemplar humanidad:

En el tiempo sin tiempo que demoro
orillado al ocaso
donde el hombre consuma su naufragio:
me interrogo en silencio y analizo
lo que queda de mí, lo que me apoya
para impulsar mis últimos arrestos...

Soy amor hecho garras,
añejo cementerio de recuerdos,
un hombre que sin rumbo
prosigue resbalando cuesta abajo
sin que nada ni nadie lo detenga...

Cerca de lo lejos irrumpe como el grito desbordado e invernal de un ser --ya casi octogenario-- que percibe en su propia vejez el recuento sumario y totalizador de una existencia consumida, y en su caso del todo consumada. Documento de rigor para trazarnos el retrato de este inmenso poeta, que supo hacer de su vida y de su obra una sola y única sustancia, también subraya la omnipotente fuerza interior de quien tuvo en el poder referencial de la palabra a su mejor aliado. "Casi a la orilla", poema dedicado a José Emilio Pacheco, es una clara exégesis al respecto:

Después de lo gozado
y lo sufrido,
después de lo ganado y lo perdido,
siento
que existo aún
porque ya,

⁸⁸ Ibid., p. 160

casi a la orilla
de mi vida,
puedo recordar
y gozar
enloquecido:
en lo que he sido,
en lo que es ido...

Para cuando el cuerpo ya no responde a aquellos llamados de la carne, y el poeta se tiene que conformar únicamente con recordar un pasado plebético de encuentros y pasiones, una especie de "Tardío aprendizaje" conduce a Nandino a experimentar, en soledad, el éxtasis de su personal agonía:

...he tenido que aprender
a platicar a solas,
a sufrir sin queja,
a llorar sin llanto
y a crearme,
en las quemantes noches
de los insomnios vagabundos,
la dócil compañía
de mi almohada,
haciéndola que duerma entre mis muslos.

Otro de los monólogos de Elías Nandino en suprema soledad, en medio de su acariciante noche, distante de todos y de todo, Cerca de lo lejos nos lleva de la mano a presenciar una de esas prácticas de auto reconocimiento donde la obsesiva penetración y la zozobra por ella producida se llegan a tornar dramáticas. Bien escribió Oscar Trejo Zaragoza en el prólogo a Dos poemarios afines... De siglo, homenaje editorial que reunió en un mismo tomo Cerca de los lejos y Ciclos terrenales:

Uno tras otro, entusiasmado volví a disfrutar la obra del poeta; entendí que si había rebasado cronológicamente al llamado grupo sin grupo "Los Contemporáneos", es porque sus versos han hablado por él, y en ese recorrido de palabras Elías Nandino se ha mostrado ante todo como un ser auténtico, sin dobleces ni disfraces.

Ser humano que en sus líneas nos transporta de la metafísica a la violenta, naturalista realidad...⁸⁹

Tal revelación se sintetiza en el poema "Obsesivo anhelo", en el cual Nandino confiere a su poesía, a su palabra, la verdad límpida y sincera de quien la expresa:

Sí.
 Quiero crear un poema
 transparente y cínico,
 pequeño e infinito
 como una gota de rocío,
 para expresar en él
 todo lo que miro,
 mis secretos más íntimos
 y que sea
 la verdad desnuda de mí mismo.

Otro tanto ocurre en "Imprecación", donde el autor se lamenta una vez más por la hecatombe que primero sufre en su cuerpo marchito, y ante la cual el espíritu todavía joven del poeta expía su inminente deterioro. Existencia senil que le causa a Nandino desolación y pesadumbre, es una clara imprecación más a la muerte:

Soy lo que resta de una brasa muerta,
 el cóncavo delirio de un brazo,
 un inquietante asedio que no encuentra
 dónde acampar su tímida lujuria:
 simulada erección de carne enjuta
 que ni busca, ni quiere, ni apetece...
 La muerte, cuando tarda, es una inepta,
 estira una existencia sin derecho,
 prolonga una ansiedad que nada ansía,
 se obstina en incendiar lo que no arde...

Reclamo que en el epígrafe de Luis Cernuda comprueba su trágico origen (***Morir es duro, mas no poder morir, si todo muere, es más duro quizá***), se adivina aquí una fúnebre codicia que rebasa del todo los precedentes soliloquios del

⁸⁹ Oscar Trejo Zaragoza, "Presentación" a Dos Poemarios Afines...De Siglo, Guadalajara, México, Agata, 1993, pp. 9-10

poeta con su muerte. Si el cuerpo ya no responde al llamado de un lascivo fuego que aún incendia el ánimo del escritor, su erótica naturaleza, Tánatos debe infundir ya un último y definitivo arresto:

Soy el instinto sofrenado, todo
 todo lo que sufre un impulso sin deseo,
 santo laico, el huir que se consume
 con querer caminar sin dar un paso,
 o el sediento que calma su sequía
 con la humedad que bebe en espejismos...

La existencia senil es un absurdo,
 una intemperie de desolaciones,
 un inútil acecho de recuerdos,
 un impotente alucinado infierno...

Por este lúcido y a la vez doloroso camino de la vejez, conformado por Cerca de lo lejos, Erotismo al rojo blanco y Ciclos terrenales, Elías Nandino se somete a la imagen que de su figura maltrecha por el paso de los años cotidianamente le ofrece el espejo. Experiencia que para muchos podría resultar masoquista, quien concede a la poesía todas facultades --lejos está, en esencia, de ser complaciente-- deberá aceptar que también tiene la virtud de enfrentarnos con nuestra realidad tanto exterior como interior. En palabras del propio Nandino:

Al cumplir 72 años se terminó en mí el enorme poder sexual que hasta entonces había sido mi principal impulso a través de la vida. Es que amé, comí, bebí, viví más de la cuenta sin percatarme... Hasta esa dicha tuve, conocer lo que es estar totalmente saciado de sexualidad, aunque, la verdad, saber que había llegado hasta ahí fue deprimente al principio. Cuando lo supe, del puro sentimiento dejé que el coñac se llevara mi conciencia, en una de las pocas borracheras, si no es que la única, que me permití...

Y es que, ciertamente, cuando noté que iba envejeciendo dejé de darme placer vivir, lo admito, porque yo gustaba de gozar la vida con cabal salud, cabal potencia ¡y con concupiscencial Pero cuando todo se va yendo paulatinamente y uno de va quedando a prescindir de una cosa tras otra, por pudor, porque ya sólo se tiene para dar un rostro marchito y un cuerpo flácido, se siente un dolor tremendo, da tristeza y se llega a desear la muerte, la que sí habría aceptado si por alguna razón no hubiera podido escribir...⁹⁰

⁹⁰ Elías Nandino citado por Aguilar, op. cit., pp. 167, 168

Producto de un erotismo recurrente y descarnado, y que algún día enardeció al rojo vivo, ahora está obligado el poeta a conformarse con caminar a tientas, transido y agobiado, por la senda última de su vida: *Lo trágico es que, si el hombre es longevo, tiene que contemplar y sufrir su propio lento derrumbe...*⁹¹ Penosa realidad para quien reconoce haber dado libre cauce a un desbordamiento erótico semejante al de un río que no pudo ni quiso nunca controlar, "Llega el día" irrumpe como uno de esos poemas que impactan por su diáfana franqueza. Ante este panorama, sólo la muerte emerge como posible salvadora:

Llega el día en que el hombre se satura y se cansa
del amor, del placer, del dolor, de la esperanza.
y se vuelve solitario, empedernido, mudo
como soltera piedra varada en el desierto.

Llega el día en que nada, absolutamente nada
le despierta deseo. Lo ayer apetecido
hoy carece de encanto, de sabor, de alegría,
y no lo incita al beso ni tampoco al orgasmo.

Llega el día en que el hombre, insensible, no ambiciona
ni excitar ni excitarse, ni hacer nido con nadie,
porque cualquier contacto ya le produce náusea
o repulsión a humores muy antes deleitosos...

Libros estos últimos donde Elías Nandino además abrevia y concentra su expresión, los "Improntus" agrupados en la segunda de las tres partes que componen Cerca de lo lejos ejemplifican su cada vez más denodado interés por lograr una poesía exacta y minuciosa. Resultado de continuos expurgamientos y reelaboraciones, y ya casi al grado de la obsesión juanrramoniana por alcanzar la "unidad perfecta" --lejos de cualquier oropel, altisonancia o exotismo injustificado--, a partir de este momento la poesía de Nandino se torna mucho más abstracta y desnuda, absolutamente simple en su complejidad. Es el caso, impecable, de su poema en letanía "El amor":

El amor
es una mentira;

⁹¹ Elías Nandino, Apunte inicial a "Llega el día", en Cerca de lo lejos, México, F.C.E., 1979, p. 38

pero una mentira
 que existe,
 que ama,
 que crece,
 que embriaga,
 que hiere,
 que mata
 y que muere.

Reflejo también de esta deslumbrante sencillez del poema, desprovisto de todo artificio y alejado de cualquier signo anecdótico, "Súplica" corrobora que lo indispensable aquí es la esencialidad del lenguaje, su absoluta desnudez. (*Llegar al nombre exacto de las cosas; que el nombre sea la cosa misma: Leyenda*), como decía Juan Ramón Jiménez, la palabra y el concepto tienen ahora para Nandino vital trascendencia:

Ya muérete,
 amor.
 Si yo
 muero antes
 que tú,
 vas a quedar huérfano
 y ardiendo
 como fuego fatuo
 sin cementerio.

Otro tanto ocurre en Erotismo al rojo blanco, desgarrador encuentro donde el poeta termina por extremar las sórdidas confesiones de su anterior obra. Último arresto sexual de un ser ya casi muerto en vida, y que en dicho acto de apremiante lujuria confirma la que ha sido su naturaleza, el tema del amor nunca antes personificado --el amor terreno se atreve por fin a decir su nombre-- se expresa sin eufemismos y como si ahora quisiese el poeta saldar cuentas con una sociedad mojigata y mentirosa.

Y como nunca es tarde para reivindicarse consigo mismo, para exponer su auténtica naturaleza, este escritor octogenario opta por la autobiografía traslúcida y carente de ambages. Sin romper ni acaso distanciarse de los que han sido los temas

medulares en su poesía, Erotismo al rojo blanco reafirma ante todo la coherente filiación que entre vida y obra hay en Nandino, como afirma Monsiváis:

La palabra confesión se llena aquí de múltiples significados. El poeta confiesa sus dudas metafísicas, sus certidumbres e incertidumbres sobre los límites de la vida y la muerte; el enamorado confiesa su angustia, su miedo a que los términos comunes oculten una verdad sólo traducible a la poesía; el ser marginal confiesa su incapacidad de engaño o simulación. ¿Es o no autobiografía la poesía de Villaurrutia o la de Nandino? (La de Novo lo es, expresamente). ¿Hasta dónde la tensión singular de estos textos responde a un aprendizaje retórico y a una preferencia formal, o hasta qué punto, como sugiere Carmen Galindo en su nota sobre el poeta "que salió del closet", Elías Nandino dice "dificultosamente" su verdad para burlar un medio opresivo? ¿Qué tanto hay en esta poesía de simbolismo desentrañable y de sinceridad esquiva, de rescoldos de existencia subterránea, de lenguaje codificado para transmitir las experiencias "prohibidas" de la heterodoxia sexual?⁹²

Sería injusto condenar la grandeza poética de Elías Nandino porque en buena parte de su obra precedente, es cierto que revestida de profunda retórica pero también plena de enormes alcances, no había cantado antes al amor anecdótico y en su real presencia. Si con su obra precedente hay algún resquemor por este motivo, y a sabiendas de que *los escritores responden inevitablemente a sus prejuicios y presiones*⁹³, en palabras del propio Monsiváis --no todos podrán ser Wilde, Barba Jacob o Cernuda--, Erotismo al rojo blanco debe diluir cualquier reserva al respecto (EL AMOR NO TIENE SEXO, TIENE AMOR):

No me importa
como juzguen mi vida,
yo traté de vivirla
haciendo estrictamente
lo que ella apetecía.
No hubo deseo
tentación o capricho
que no le realizara
con eficaz esmero...

Por ella fui lascivo
y no he dejado puro

⁹² Carlos Monsiváis, op. cit., p. 9

⁹³ Ibidem

ni un poro de mi cuerpo.
 Fue tal mi apego
 a los desmanes
 de su carnal orgía,
 que a mis ochenta y dos años
 de su infierno en ruinas
 aún estoy creando mi poesía.

Realidad vedada tan sólo a la poesía en otros autores como García Lorca y el mismo Novo, la clandestinidad enigmática y austera de los versos eróticos de Nandino --mucho de ello hay, de igual modo, en las imágenes de similar naturaleza en Villaurrutia--, este libro pretende no dejar duda alguna sobre la que fue una existencia plena. Aunque algunas de sus aseveraciones pueden resultar francamente extremas ("...YO ESCRIBO COMO VIVO Y VIVO COMO ESCRIBO"), aquí comparte las horas de insomnio y auto flagelación, lo que le costó y dio origen a tan lacerante y nítido poemario:

Estuve o creí estar (con palabras de Rimbaud) "una temporada en el infierno" de cinco o seis meses, que fueron para mí, como cinco o seis interminables siglos. Durante ese tiempo sufrí, gocé, morí, me resucité, desesperé, lancé candentes gritos con mi silencio más agudo y, en las noches confidentes, me curaba de tanto delirio escribiendo poemas que luego guardaba en uno de los cajones de mi escritorio...

Es lógico --pensé-- que lo que el poeta escribe lleva implícito el deseo de comunicarlo. Más todavía, el poema no existe sino hasta cuando es violado por los ojos humanos. Por otra parte, yo escribo como vivo y vivo como escribo. La poesía la creo de mi propia vida vivida. Admitido todo esto por mí mismo, reafirmé mi decisión de publicarlos bajo el nombre de Erotismo al rojo blanco, aunque yo sé que más que eróticos, son trágica y amargamente humanos, porque son el testimonio de una pasión senil, delirante, obsesiva, que en su locura pasional creyó posible juntar el amanecer con el ocaso...⁹⁴

Efectivamente, Nandino emprendió el ejercicio poético de sus últimos años como la más enconada y postrera intención de su vida; en ella, inaplazable aliciente, refrenó el angustioso y agónico dolor de quien aún palpitante (***La luna está muerta/ y sin embargo se mueve***) asiste a la claudicación de su cuerpo. Y si este infierno sofocado no tiene todavía rostro ni nombre --es ya ahora, definitivamente,

⁹⁴ Elías Nandino, *ibid.*, p. 27

circunstancia personal y aislada--, concentra la experiencia que sufrió y gozó el poeta en carne propia, en su conciencia transida por el escozor de lo perdido:

Longevidad maldita:
 ¿por qué si soy ceniza
 mi cerebro está en brama
 y su lujuria cunde
 hasta las marchitas zonas
 de mi carne aniquilada.

Longevidad maldita:
 llamarada helada,
 tantálico averno
 de concupiscencia rezagada.

Toda belleza humana
 aún me despierta la esperanza
 de gozarla,
 y vivo y me desvivo
 eyaculando:
 orgasmos de lágrimas.

Corrosiva y a la vez alentadora rememoración por lo perdido, tentativa propuesta ya en Cerca de lo lejos, el epílogo que acaba por arremeter y agota tal odisea, sin posible anexo ulterior al respecto, es precisamente Erotismo al rojo blanco. Constituye el refrendo de una necesidad interior e impostergable --*si no hablo ahora, ¿entonces cuándo?*⁹⁵--, y que de no haberse manifestado en los términos que lo hace, la vida no hubiera tenido para Nandino el mismo valor. El texto no corrobora, y sobre todo al propio autor, lo expresado en toda su obra anterior:

Deben creerme, que al dar a conocer este poemario no me mueve ninguna presunción cínica o exhibición malsana. No y de ninguna manera, no. Esta experiencia que he sufrido y gozado en mi propia carne, la sufren casi todos los que llegan a una edad avanzada con el cuerpo casi muerto, pero con el infierno sexual, oculto y vivo. La vejez externa es una apariencia que guarda en sus adentros, casi intacto, el deseo sexual erecto en el martirio doloroso de su carne enjuta. Todos los ancianos somos Tántalos que ambulan con la sed en la mirada.

⁹⁵ Ibid., p.28

En palabras claras: mis poemas nacieron de la verdad de una pasión intempestiva e indomable. La larga vivencia fue auténtica. La experiencia vital, inaudita. Por lo mismo yo no voy a publicar mis poemas con un seudónimo, o a dejarlos que se apolillen en un cajón o a despedazarlos por cobardía. Que chillen los puritanos (que son puritanos), pero yo amparo con mi firma estos poemas...⁹⁶

Poemas todos ellos donde el cuerpo recobra su intrínseca sexualidad y el ser fuente inagotable de placer, al menos en el discurso memorial de Nandino, en la imagen poética, no deja de sorprender cómo un hombre en terminante invernada se sostiene pertinaz, aunque no incólume, en su natural lascivia:

--Hay un placer inmenso
 en sentirlo y no hablarlo...
 Y nos duele el tiempo,
 y nos duele el alma,
 y nos quema el cuerpo;
 mientras los muslos captan
 un gotear secreto.

Prueba fehaciente de que en este libro están contenidos los últimos arrestos de quien tuvo en su cuerpo al más devoto cómplice, y por lo cual considera debe rendirle una acción final de confiable gratitud (***Con él muere mi anhelo***), Erotismo al rojo blanco representa un dramático pero también maravilloso acto de obstinación:

Tu juventud incendia
 mis ochenta años
 y somos
 el nudo en llamas
 del alba y el ocaso.
 El día y la noche
 se han juntado
 íntimamente
 para crear el caos
 de este amor insensato.

⁹⁶ Ibid., pp. 27-28

Y más aun:

Déjame estar en ti, contigo,
para que me defiendas
de las leyes de la gravedad,
de la grave edad,
que sin descanso tratan
de restituirme al seno de la tierra.

Si en dichos textos postreros de "obsesiva" confesión, pues toda su obra responde en principio a tal necesidad, la poesía de Nandino perdió en profundidad metafísica, en retórica elegante y encumbrada, en cambio ésta ganó en transparencia y sencillez. Por su fuerza y su coraje intrínsecos, por su rotunda verdad, Erotismo al rojo blanco es un poemario sui generis y rebasa cualquier expectativa:

Defensa y contra ataque, lamentación y cántico de arrogancia, Erotismo al rojo blanco es el riesgo final de una vida. A los ochenta y dos años, con el Premio Nacional de Letras, los reconocimientos largamente pospuestos y el afecto de los jóvenes, Nandino se arriesga, declara que "El amor no tiene sexo, tiene amor", y cuenta la historia de su amor imposible: un anciano se enamora de una persona joven y escribe versos de amor...

Un octogenario, un hombre nacido en 1900, celebra con frenesí el amor físico. Erotismo al rojo blanco es, simultáneamente, una ruptura y un testimonio de fidelidad a la obra propia. Desde los años veinte, Nandino estuvo seguro: la manera más elocuente a su disposición para expresar su marginalidad era la libre aceptación del pecado, la conversión de un término teológico en expresión triunfal: (¡Crisol ardiente es el vacío/ en que el alma se depura!)...⁹⁷

Si Elías Nandino había trazado ya su curso dentro del acervo de la poesía mexicana, le faltaba concebir aquella obra personal y diáfana que le permitiera recuperarse íntegramente. El más terreno y, por lo mismo, también personal y corpóreo de sus libros, Erotismo al rojo blanco aparece como uno de esos documentos autobiográficos que muy escasos escritores se dan el gusto de vivir y redactar. De igual modo producto de un excepcional acto de valor, el poeta confesó haber extendido su vida en cuanto en su interior lo iluminó una imperiosa necesidad por crearlo.

⁹⁷ Carlos Monsiváis, *ibid.*, pp. 12-13, 14

Poemario que a la vez ostenta las imágenes y expresiones más atrevidas en los casi ochenta años de intensa creación nandiniana, en él la vehemencia sensual se reproduce en el instante mismo de la pasión:

Si son los besos
nuestro mudo lenguaje preferido:
¿por qué siempre terminan
en confusión de lenguas
que nos deja
sin pensar, sin mirar y sin sentido?

Efluvio emanado del merodeo, las caricias y los besos circunstanciales que los amantes se prodigan (***Todo el universo/ cabe/ en la emoción/ sexual/ instantánea/ de nuestro orgasmo/ unánime***), lo anecdótico desplaza aquí del todo a lo retórico:

Hacer el amor
significa gozarnos
sin asco ni miedo
y, a través
de la entrega total
de los cuerpos,
también cohabitar
nuestro propio
misterio...

Quien se propuso desmitificar a través de este libro la suerte de la pasión, expurgar en algo a la poesía amorosa de su tradicional solemnidad, buscó ante todo desentrañar el código completo y efectivo del erotismo. Tarea harto difícil dentro de una sociedad especialmente santurróna e hipócrita, Nandino extrema su audacia al incluir en Erotismo al rojo blanco algunos poemas ya rayanos en la procacidad.

Consecuencia de una determinación más que premeditada, y como ha sucedido en muchas otras ocasiones dentro de nuestro medio literario, esta fue la obra más vendida del autor en toda su larga producción. Los alburemas, las picardías y los epigramas, que cierran este volumen y contienen los poemas más desinhibidos, cínicos, también subrayan el enorme ingenio del escritor, y quien llega incluso a vacilar con su propia desgracia senil:

Antes me vengaba
de todo.
Ahora no me vengo
con nadie.

O, en su caso:

Es que hace tanto tiempo
de la última vez,
que ahora, francamente,
ya no sé qué escoger.

Pero dicha apertura antes que reivindicarlo con los demás, o pretender buscar el definitivo menoscabo de los llamados mojigatos, lo acaba de reconciliar consigo mismo. Un auténtico auto de fe, pues delinea otro de los temas neurálgicos en su obra, el EROTISMO, confirma lo que con toda claridad escribió René Menard: *Si el poeta no deja que la poesía lo habite orgánicamente, más vale que renuncie a ella*⁹⁸. Erotismo al rojo blanco representa el último y más sincero eslabón en el curso poético de Elías Nandino:

Elías Nandino se atreve a decir, y en eso radica gran parte de la novedad y el vigor de Erotismo al rojo blanco, en la plena aceptación de la rabia y el hambre sexuales, en el relato de ese amor extenuado y ávido que explica y reivindica su vejez. Nandino exalta y niega a la vez la mitología que hace del sexo el centro de la vida y convierte a los ancianos en cadáveres insepultos. Sin pudor, él utiliza a la poesía como el espacio de recuperación de sus poderes seminales y como el ámbito de una serenidad que usa a la resignación y a la desesperanza. No se aferra a la vida, se aferra a la poesía que es, interminablemente, la recuperación y la permanencia.⁹⁹

⁹⁸ René Menard citado por Nandino, *ibid.*, p. 25

⁹⁹ Carlos Monsiváis, *ibid.*, pp. 15-16

CONCLUSIONES

Quien desde muy joven descubrió y perpetuó su más auténtica vocación, la poesía de Elías Nandino resulta un soplo emocionado y a la vez silencioso. Lo primero que conmueve en su obra, incluso en la inicial y de franca formación, es la sinceridad con la que ha sido elaborada. Experiencias y emociones padecidas por el artista forman lo neurálgico de su temática, y entre lo consumado en vida del autor y su existencia soñada --deseos y apetencias sin destino-- se extiende una pareja superficie de vasos comunicantes.

Creación poética que en principio deviene de los placeres y tormentos implícitos en la VIDA, en la lucha diaria que entabla contra la MUERTE, palpando en nuestros prójimos su vecindad estremecedora --como médico, se propuso vencerla--, Nandino se convirtió en el cantor excelente de la tragedia que a todos nos asombra. Sin embargo, para el poeta la MUERTE adquirió, y he ahí uno de los milagros afluentes en su excepcional curso literario, la certeza potencial de una catarsis. Hundido en los sopores de la NOCHE, el poeta formula la explicación metafísica de su vida y aprende a cultivar el trato amigable con la muerte.

De sus observaciones luminosas e implacables en torno a la naturaleza humana, y que Elías Nandino llevó hasta las últimas consecuencias, arranca un muy importante sector de su poesía que tan emocionadamente refleja el íntimo latir de la entraña humana. A la par de otros enormes líricos de nuestra lengua, como Unamuno, la fe de sus primeros años bebida durante su niñez pueblerina, y puesta durante su travesía intelectual sobre el blanco caos de la duda, el Nandino maduro resolvió tal tragedia del espíritu en amoroso incendio y fiebre hacia DIOS.

Quien en su extendido y fatigoso vivir experimentó todas las tempestades morales, que sin dilación pintaron en él su latigazo, este poeta descubrió en la SOLEDAD la redención de sus dolores. Sin embargo, terminó por entender y realizar dicho aislamiento como una atmósfera en la que inteligencia y sensibilidad formulan respuestas a los eternos temas de hombre y del mundo, de la muerte y de Dios. Poesía francamente solipsista, como la de su cercano amigo y maestro Villaurrutia,

la obra de Nandino requirió largos años de reflexión; en este sentido, el punto central de la poética de Rilke (*Trabajo, jerarquía y oficio*) se cumplió cabalmente.

Producto de la experiencia y las adquisiciones de toda una vida, a partir de Nocturna suma Nandino corroboró su sabio y enriquecedor servicio --tanto en espíritu como en verdad-- a la poesía mexicana. Juzgada en su totalidad, esta obra nos ofrece una nota dominante, y que al fin de cuentas lo acaba de situar dentro del grupo de los Contemporáneos: un avance progresivo para otorgar a su labor poética pureza, sencillez y claridad absolutas. Más allá de cualquier teoría excluyente y de extremos resabios --su otra profesión lo mantuvo, en tiempo, un tanto al margen--, él también se propuso, y ¡vaya que lo consiguió!, la búsqueda de la POESIA ABSOLUTA.

En el instante delicioso de su madurez poética, desde Naufragio de la duda hasta Ciclos terrenales --casi cuarenta años de intensa e inaplazable creación--, Nandino colocó sus vivencias bajo el espejo cóncavo de la introspección, a sabiendas de que sólo allí podía darse el canje dramático de preguntas y respuestas a todas sus inquietudes metafísicas. Aunque reuniendo múltiples y obligadas diferencias, y que son al fin de cuenta las que enriquecen nuestro variado panorama poético, Elías Nandino merece y exige ser incluido dentro de la generación de los Contemporáneos. Si es imposible que el hombre pueda escaparse de la sensibilidad común a su época, este autor compartió con ellos, y amén de otras muchas circunstancias y preocupaciones contextuales, el ya citado carácter solipsista de su poesía existencial.

El trato con autores como Eliot y Supervielle, el segundo de ellos muy cercano sobre todo a Villaurrutia, y una acuciosa lectura de quienes como Rilke les revelaron patéticamente el descubrimiento de nuestra soledad en el mundo, completaron el círculo de lecturas en el que los Contemporáneos nutrieron sus ensueños. Este y otros débitos están presentes, de igual modo, en Nandino, escritor que también se impuso una lucha encarnizada por ganar en hondura --la obra de Freud constituyó, a este respecto, un vínculo más-- lo que antes de ellos se perdía en extensión...

La obra de Nandino, en forma adicional, da cabida a las SOMBRAS que emanan de la jauría de los instintos (Villaurrutia y Gorostiza), y las veredas por las cuales transita su poesía también se sitúan dentro de los márgenes de la fantasía hipnotizada. En este ámbito se expresan, precisamente, muchos de sus visos

imaginativos y sensuales, aunque para llegar a ellos primero desconociera los hitos de las lindes lógicas y los habituales enlaces sintácticos, principio iconoclasta figurado en casi todos los demás Contemporáneos.

Poeta de formas tanto clásicas como románticas, como lo afirmó alguna vez el ensayista Alfredo Hurtado, el pródigo y audaz eclecticismo de Nandino da igual cabida a otras voces mucho más cercanas a él. En quien llegaron a coincidir la precisión y la armonía críticas del clasicismo, buena parte de su discurso poético, al menos el de madurez, florece en la profundidad y el rigor frenéticos de la herencia romántica. En términos valerianos, dicha fusión dimana de *un escritor que lleva un crítico consigo y lo asocia íntimamente a sus trabajos*, paradoja esencial para alcanzar a descifrar la síntesis poética de quien consiguió fundir en su obra las más cruciales etapas de todo el acervo lírico.

Como consecuencia de un acto voluntario y reflexivo, y donde es posible reconocer la prioridad de la razón sobre las demás facultades del hombre -no por ello, su poesía carece de sentimiento y emoción-, entendemos por qué Elías Nandino prefirió el soneto y la décima. En ambas formas, que heredó de los clásicos y en ellos tienen su más profunda raíz, hallamos otras de las esencias perfectamente imbricadas en su madurez poética: solemnidad, color, amargura, intimidad, movimiento y pasión. Sincera confesión de su angustia metafísica, la poesía de Nandino logra expresar ante todo la historia punzante de un alma atormentada y en constante devaneo.

El espíritu clásico/romántico de este autor es el efluvio inmanente de la emoción humana, en su más amplio y hondo sentido --pasión en movimiento, en permanente caos--, por lo que una resuelta aspiración al INFINITO constituye otro de los ejes esenciales dentro de su poética. Su concepción dialéctica del UNIVERSO, que no conoce límites ni se detiene en lugar preciso alguno, lo impulsa a verlo como un órgano viviente, armónico y evolutivo, prefiguración que lo lleva a su vez a conferirle enorme importancia a los aspectos nocturnos de la vida. Toda la teoría psicoanalítica y sus seguidores consideran al SUEÑO como el fenómeno regulador de nuestra vida, en donde priva una categórica presencia del inconsciente, y a través de este conducto Nandino arriba al reino del SILENCIO y de las sombras que es la NOCHE.

Y si la NOCHE representa la atmósfera o el espacio propicio para consumir su poesía solipsista, es allí donde su angustia primera se trueca milagrosamente en una dichosa e incontenible aspiración a la inmensidad. Como en los más grandes panteístas y místicos, dicho propósito se evidencia por esa fuga permanente del alma que logra por fin burlar la estrecha tramazón de la unidad humana. Es, en última instancia, la consumación suprema de quien consigue a través de la poesía revelar las iniquidades de la existencia humana, y en consecuencia resolver también no pocos de los desórdenes implícitos en el caos de la vida terrena. En ese mundo de símbolos que es la Poesía, Nandino realiza el poder asombroso de su intuición al captar los valores inamovibles en la realidad cósmica y humana.

Ascender al infinito, para luego volver a bajar a los abismos secretos del espíritu, de su espíritu, justifica buena parte del recorrido poético de Elías Nandino. Y si el verdadero camino del poeta debe concentrarse en un imperioso deseo por ir hacia el interior del ser y descifrarlo, parafraseando a Novalis, nuestro autor sublimó dicha búsqueda al comprender que es precisamente dentro de nosotros donde se halla la ETERNIDAD con todos sus posibles mundos. Pasado, presente y porvenir se concentran en el instante poético mismo, y el TODO encuentra explicación del poeta: ***(Caído en soledad, hondura y sombra/ soy atento pensar que se agudiza/ en fervor de contacto/ con la desnuda sangre del misterio).***

Al regresar Nandino a los abismos de su mundo interior, y al fundirse con la espesa niebla del silencio y la noche, da inicio la estructura de su verdadero mensaje; en él vislumbramos, con absoluto asombro, el pivote esencial en la arquitectura de su mejor poesía. En Naufragio de la duda, Triángulo de silencios, Nocturna suma, Nocturna palabra, Eternidad del polvo, Cerca de lo lejos y Ciclos terrenales, que hacen dos terceras partes de su transitar poético, se manifiesta la unidad cósmica ambicionada por el escritor. El Dios de Nandino es la única fuerza capaz de mantener esa continuidad, de fundir lo múltiple y diverso en el crisol de lo unitario, y el mayor milagro de su poesía es conseguir darle forma a lo que por su naturaleza ontológica carece de ella.

Entonces aparece en su discurso otra vez la muerte, pues sólo al sobrevenir de ella, al rodar en nuestra soledad, vamos a fundir nuestra esencia en el gran Todo universal sin tiempo y sin espacio. Por lo mismo, su triángulo muerte-noche-soledad no es precisamente doloroso; por el contrario, constituye el vehículo expedito para

poder arribar a la esencial y verdadera eternidad. Su poesía responde, ante todo, a una concepción del universo que en él aparece ligada constantemente a la idea de la muerte y a sus convicciones teológicas. Conforme la filosofía oriental, y así la entendió de igual modo Nietzsche, la muerte viene a representar en Nandino el tránsito obligado hacia una vida más perfecta:

Ojalá y éste sea el último suplicio
que tenga que purgar
para alcanzar mi muerte, definitivamente
y por ella fundirme
en el pulso infinito de la cósmica esfera
donde ser es estar en todo lo que existe.

Cercano a la "ley continua" de la NATURALEZA que sedujo a escritores como Goethe, y por lo cual se deduce que la muerte no es sino un peldaño en la pretendida evolución del ser, Nandino prodiga un hondo y grávido mensaje de predicciones filosóficas: **...y a fuerza de vivir y de morir, he de llegar a definir mi esencia/ para ser en el cosmos vida eterna.** Dicha aseveración nandiniana descubre, en palabras de Claudel, la verdad oscuramente adherida en el fondo de cada uno de nosotros; Nandino, como poeta auténtico que es, reconoce y decodifica tal axioma inmanente en el ser.

Y gracias al valor conferido al imperio de la noche, en que silencio y calma, soledad y angustia se suceden, la obra de Elías Nandino desemboca en un hemisferio sembrado de referencias táctiles. Entonces aparece también el amor corpóreo y mundano, que el poeta contrasta con el espiritual y eterno, y que traza la vertiente erótica por la cual de igual modo se sublima el protoplasma más íntimo y de cercana emotividad en su obra. Observante implacable de su sensual naturaleza, y hacia el final de sus días, de su dramática e ineludible impotencia física (**Yo mismo no entiendo:/ si ya soy/ de hielo/ ¿por qué sigo/ ardiendo../ pero no mis ingles/ sino/ en mi cerebro?**), en sus últimos libros opta por burlarse del que él mismo considera ya un deseo obsesivo y absurdo.

La idea que a modo de colofón nos queda después de haber revisado todo el curso poético de Elías Nandino, quien si algo consiguió a través de su obra fue encontrarse a sí mismo --supremo hallazgo contenido en un poeta de sus dimensiones--, es que vida y creación alcanzaron en él absoluta compenetración.

Síntesis inequívoca de tamaña conquista, en sus últimos libros (Cerca de lo lejos, Erotismo al rojo blanco y Ciclos terrenales) logró la más luminosa auto exégesis de sus propias existencia y obra, ambas verdades de sorprendente diafanidad. Reflejo fehaciente de lo que debemos entender por auténtica vocación lírica, la herencia poética de Nandino es la consumación ulterior de quien ¡vivió amando la muerte y murió queriendo la vida!

BIBLIOHEMEROGRAFIA

Bibliografía directa:

Nandino, Elías

Canciones, Color de ausencia y Espiral, Editorial Katún, Colección Poesía selecta, núm. 0, 2a ed., México, 1983.

Eco, Imprenta Mundial, México, 1934.

Eco, Editorial Agata, Colección Poesía, 2a ed., Guadalajara, México, 1994.

Río de Sombra, Imprenta Mundial, México, 1935.

Eco y Río de Sombra, Editorial Katún, Colección Poesía selecta, núm. 1, 2a ed., México, 1982.

Sonetos (1939), Publicación de autor, Cuadernos de México Nuevo, núm. 6, México, 1939.

Sonetos (1937-39), Editorial Katún, Colección Poesía selecta, núm. 4, 2a ed., México, 1983.

Poemas árboles, Ediciones "Norte", México, 1938.

Sonetos, Editorial Agata, Colección Poesía, 2a ed., Guadalajara, México, 1991.

Sonetos de amor, Editorial Tritones, México, 1974.

Prismas de sangre, Conversación con el mar y otros poemas, Editorial Agata, Colección Poesía, Guadalajara, México, 1991.

Naugrafio de la duda, Editorial Nueva Voz, México, 1950.

Triángulo de silencios, Ediciones Et Caetera, Colección Todos los rumbos, 2a ed., Guadalajara, México, 1974.

Triángulo de Silencios, Editorial Agata, Colección Poesía, 4a ed., Guadalajara, México, 1992.

Nocturna suma, Editorial Tezontle, México, 1955.

Nocturna suma, Editorial Katún, Colección Poesía selecta, núm. 2, 2a ed., México, 1982.

Nocturno amor, Editorial Porrúa, Colección Cuadernos del Unicornio (editor Juan José Arreola), núm. 9, México, 1958.

Nocturno día, Editorial Estaciones, México, 1959.

Nocturno día, UNAM, Homenaje a Elías Nandino en su 88 aniv., México, 1988.

Nocturna palabra, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas, núm. 60, México, 1960.

Nocturna palabra, UNAM, Colección Poemas y Ensayos, México, 1976.

Eternidad del polvo, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1970.

Eternidad del polvo y Nocturna palabra, CONACULTA, Colección Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, núm. 43 (ed. revisada por el autor), México, 1991.

Eternidad del polvo, EdiGonvill, Colección Cerca de lo Lejos, 4a ed., Guadalajara, México, 1990.

Cerca de lo lejos, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas, México, 1979.

Erotismo al rojo blanco, Editorial Agata, 3a ed. revisada y aumentada, Guadalajara, México, 1991.

Ciclos terrenales, EdiGonvill, Guadalajara, México, 1989.

Elías Nandino para jóvenes, CONACULTA-INBA (Selección de Jorge Esquinca), México, 1990.

Dos poemarios afines...de siglo, Editorial Agata, Guadalajara, México, 1993.

Costumbre de morir a diario, ABA y FONAPAS, Guadalajara, México, 1982.

La noche y la poesía, CONACULTA-INBA, Colección Nuestras Escrituras, México, 1992.

El Coronelito, Editorial Agata, Colección Cuento, Guadalajara, México, 1991.

"Tarumba", en **Metáfora**, núm. 8, México, mayo-junio, 1956.

Bibliografía indirecta:

Aguilar, Enrique, Elías Nandino: una vida no/velada, Editorial Grijalbo, Colección Narrativa, México, 1986.

Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, núm. 156, 6a ed., México, 1974.

Bachelard, Gaston

La poética del espacio, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, núm. 183, 2a ed. en español, México, 1975 (traducción de Ernestina de Champourcin).

El aire y los sueños, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, núm. 139, México, 1958 (traducción de Ernestina de Champourcin).

Baudelaire, Charles

Diarios íntimos, Editorial Premia, Colección La nave de los locos, 3a. ed., México, 1982 (traducción y prólogo de Rafael Alberti)

Poesía Completa, Editorial Libros Río Nuevo, Serie Poesía/III, 3a ed., Madrid, 1976 (traducción de Enrique Parellada).

Bradú, Fabienne, Antonieta, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Cuesta, Jorge

Antología de la poesía mexicana moderna, Cultura S.E.P.,
Colección Letras mexicanas, núm. 99, México, 1985

Poesía y crítica, CONACULTA, Colección Letras Mexicanas,
Tercera Serie, núm. 31 (selección y presentación de Luis Mario
Schneider), México, 1991.

Dauster, Frank, Ensayos sobre la poesía mexicana, Ediciones Andrea,
México, 1951

Jiménez, Juan Ramón, Antología General, Ediciones Orbis, Barcelona, 1983.

La poesía mexicana del siglo XX, Notas, selección y resumen cronológico de
Carlos Monsiváis, Empresas Editoriales, S.A., México, 1966.

Lazo, Raimundo, El Romanticismo: lo romántico en la lírica hispanoamericana
del siglo XVI a 1970, Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos...", núm.
184, México, 1971.

Monsiváis, Carlos, Jorge Cuesta, Editorial Terra Nova, Colección Grandes
Maestros Mexicanos, núm. 8, México, 1985.

Omnibus de poesía mexicana, Presentación, compilación y notas de Gabriel
Zaíd, Siglo XXI editores, Colección Creación Literaria, 12a ed., México, 1986.

Papini, Giovanni, Gog y El Libro Negro, Editorial Porrúa, Colección "Sepan
Cuantos...", núm. 421, 2a ed., México, 1984.

Pavese, Cesare, Diálogos con Leucó, UNAM, Colección El Puente, México,
1991 (traducción de Guillermo Fernández).

Poesía en movimiento, Selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero,
José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, Siglo XXI editores, Colección Creación
Literaria, 18a ed., México, 1985.

Ruvalcaba, Eusebio, Forjadores del México contemporáneo, Tomo II, Editorial
Planeta, México, 1990.

San Agustín, Confesiones, Editorial SARPE, Madrid, 1983.

Spinoza, Ética, UNAM, Colección Nuestros Clásicos, núm. 52, México, 1983
(traducción de José Gaos).

Villaurrutia, Xavier, Obras, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras mexicanas, 2a. edi. Aumentada, México, 1966

Wilde, Oscar, Obras Completas, Aguilar, Colección Grandes Clásicos, México, 1991 (recopilación, traducción, prefacio y notas explicativas por Julio Gómez de la Serna).

Hemerografía:

Ayala, Leopoldo, "Conversación con Elías Nandino", en **Gaceta Politécnica de Taller, de Lectura y de Redacción**, núm. 5, México, 5 de octubre de 1979.

Estaciones, Colección Completa de la Revista, núms. del 1 al 18, México, de la Primavera de 1956 al Verano de 1960.

Lumbreras, Ernesto, "Los Ciclos Terrenales de Elías Nandino", Entrevista aparecida en **Metrópolis**, México, 16 de abril de 1992.

Martínez, Uriel, "Elías Nandino: erotismo al rojo blanco", en **La Jornada**, México, jueves 30 de Diciembre de 1993.

Rosales y Zamora, Patricia, "Mi poesía se ganó el derecho de difusión", en **Excélsior**, México, 18 de mayo de 1990.

Solana, Rafael, "El mejor poeta vivo que tenemos", en **El Universal**, México, sábado 27 de junio de 1992.

Zendejas, Adelina, "Elías Nandino", en **El Día**, México, sábado 29 de octubre de 1977.